

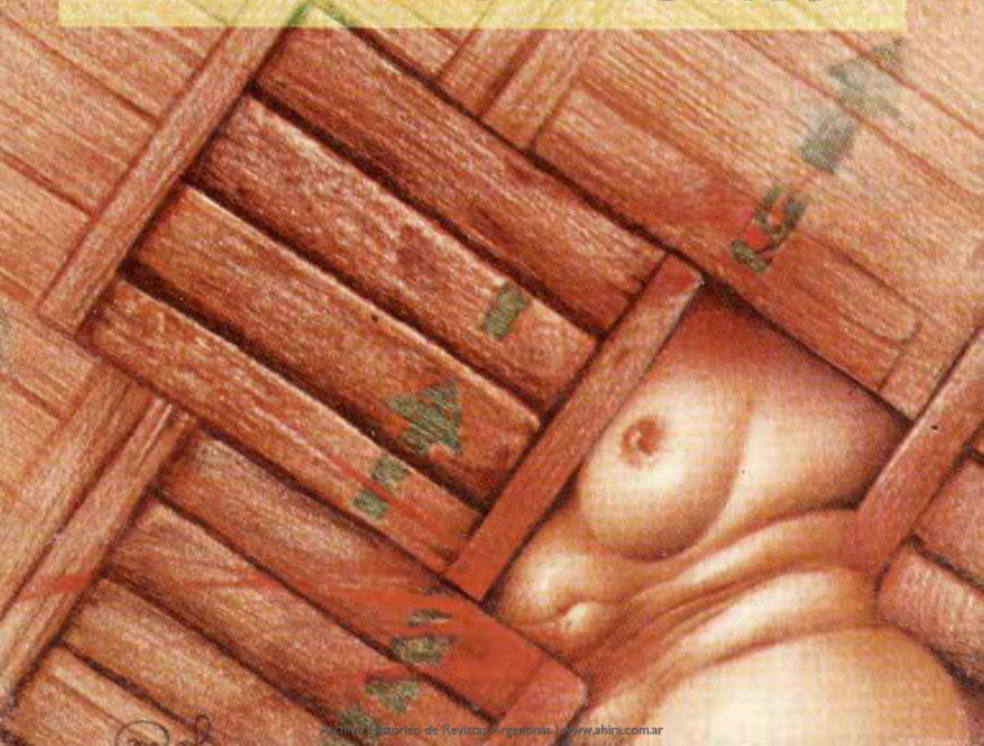
MINOTAURO 4

ALFRED BESTER

PABLO CAPANNA

JAMES TIPTREE, JR.

FREDRIC BROWN



ROGELIO RAMOS SIGNED

LAS ESCAMAS DEL SEÑOR CRISOLARAS

Metamorfosis inesperadas e implacables. Las fisuras en la trama de la realidad. La travesía del desierto más ancho del universo: el desierto de la imaginación. El cuarto libro de una colección que abarcará los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

NOVEDAD DE DICIEMBRE

MINOTAURO

ÍNDICE

2	<i>Editorial</i>
5	<i>Etcétera</i>
23	ALFRED BESTER <i>Tiernamente Fahrenheit</i>
43	CHARLES PLATT <i>Entrevista con Alfred Bester</i>
53	RAÚL ALZOGARAY <i>Una flor lenta</i>
63	PABLO CAPANNA <i>Cordwainer Smith: El hombre y el autor</i>
81	JAMES TIPTREE, JR. <i>Y desperté y me encontré aquí en la fría ladera</i>
91	LUISA AXPE <i>Retoños</i>
97	FREDRIC BROWN <i>Los ondulantes</i>
116	PABLO CAPANNA <i>Libros: La imaginación al poder</i>
121	ELVIO E. GANDOLFO <i>Libros: Los países de la mente</i>
124	ÁNGEL FARETTA <i>Cine: Dos films</i>

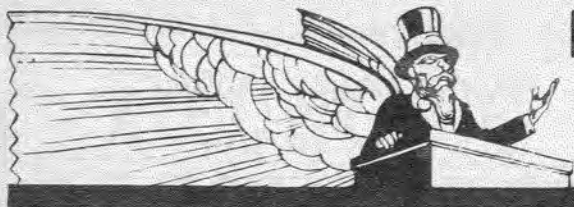
Dirección: MARCIAL SOUTO

Colaboran en este número: PABLO CAPANNA, ÁNGEL FARETTA
ELVIO E. GANDOLFO, CARLOS GARDINI

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

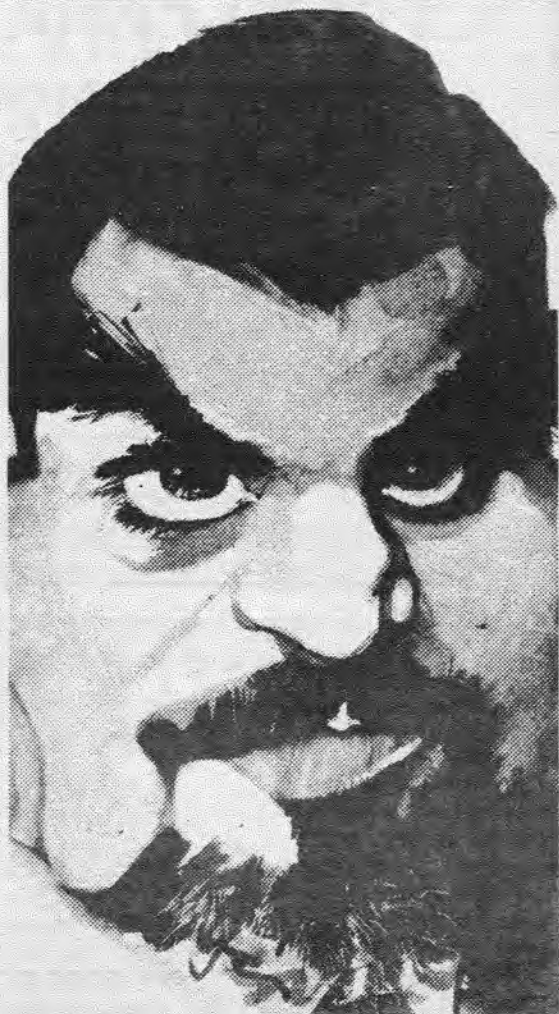
Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

Ilustración de la tapa: KIKE SANZOL



EDITORIAL

Alfred Bester (Nueva York, 1913) es uno de los maestros indiscutidos de la ciencia ficción, a pesar de su escasa producción dentro del género. Su primer cuento, "The Broken Axiom", apareció (y fue premiado) en 1939. En los tres años siguientes publicó otros trece cuentos en varias revistas y luego entró en el mundo de la historieta y de la radio: durante años trabajó escribiendo guiones para famosos héroes de papel (*Superman, Batman, Captain Marvel*), y en radios preparando series como *Charlie Chan* y *La sombra*. La experiencia de estos años le permitió crear, en la década del 50, textos de ficción especulativa considerados hoy como verdaderos clásicos: las novelas *El hombre demolido* y *Tigre, tigre*, y un puñado de cuentos asombrosos, entre los que podríamos señalar, casi al azar, "Los hombres que mataron a Mahoma", "El hombre pi", "Antes la vida era distinta", "Esto o nada", "El gran sueño" y el que ofrece-



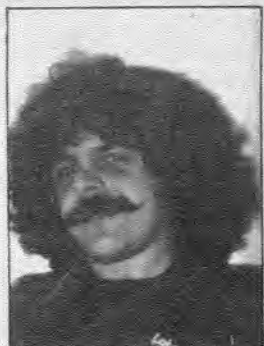
Bester



Axpe



Brown



K. Sanzol

mos hoy: "Tiernamente Fahrenheit", una muestra de virtuosismo narrativo que combina con elegancia la cibernética, la psicología y la gramática.

Charles Platt (1945) es inglés. Publicó su primer cuento en 1964, fue ayudante de dirección (con Michael Moorcock) y por un breve período director de la revista *New Worlds*. Es autor de siete novelas, tres de ellas de ciencia ficción, y de *Dream Makers*, un admirable volumen de entrevistas con los principales maestros de la imaginación. A ese libro pertenece el certero retrato de Alfred Bester que presentamos en este número.

Fredric Brown (norteamericano, 1906-1972) fue corrector de pruebas, periodista y finalmente escritor, ante todo de novelas de detectives (la primera, *The Fabulous Clipjoint*, obtuvo en 1947 el premio Edgar) y de ciencia ficción (*Universo de locos* es uno de los clásicos indiscutidos de esta especialidad). Sin embargo, donde ejerció con mayor éxito su maestría de narrador fue en el marco del cuento corto: los volúmenes *Amo del espacio* y *Luna de miel en el infierno* lo

confirman ampliamente. "Los ondulantes", tal vez su cuento más famoso, y seguramente uno de los más influyentes en la historia del género (véase "Hombre, androide, máquina" de Philip K. Dick en *Minotauro* 3, pág. 47), muestra las consecuencias de una sorprendente forma de invasión.

James Tiptree, Jr. (v. *Minotauro* 3, pág. 12) es el seudónimo más conocido de la escritora y psicóloga norteamericana Alice B. Sheldon (n. 1915). Empezó a publicar en 1968, y dos años más tarde fue finalista del premio Nebula en la categoría de cuento. En 1974 ganó los premios Hugo y Nebula, iniciando una notable serie de triunfos. "Y desperté y me encontré aquí en la fría ladera" examina, en varios niveles, los efectos del encuentro del hombre con seres de otros mundos.

Luisa Axpe nació en Buenos Aires en 1945, y es psicóloga. Su primer cuento apareció en la revista *El péndulo* en 1982. Desde entonces ha publicado en otros lugares y terminado su primer libro, al que pertenece "Retoños", un ejemplo adecuado de su especial manera

de explorar los niveles más fantásticos de la vida cotidiana.

Raúl Alzogaray (1960) nació y vive en Lanús. Estudia en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales y fue colaborador de último momento de la revista *El péndulo*. "Una flor lenta" es el primer cuento que publica en una revista profesional.

José Pedro Díaz (Montevideo, 1921) es profesor de literatura francesa, especialista en Bécquer y Felisberto Hernández, autor de las novelas *Los fuegos de San Telmo* y *Partes de naufragios* y de dos volúmenes de relatos inclasificables pero emparentados de algún modo con la literatura fantástica: *Tratados y ejercicios* (México, 1967) y *Nuevos tratados y otros ejercicios* (Montevideo, 1982). A ellos pertenecen los seis textos breves que ofrecemos hoy.

Pablo Capanna, en "Cordwainer Smith: el hombre y el autor" (fragmento del libro *Conjeturas en torno de Cordwainer Smith*, que Editorial Sudamericana publicará en mayo de 1984), compara los hechos de la vida real de Paul Linebarger con los símbolos más per-

durables asociados con su famoso seudónimo: el subpueblo y la instrumentalidad. En la sección "Libros" comenta los resultados de un notable simposio dedicado al tema de la utopía, recogidos en un volumen imprescindible. Y en la sección "Etcétera" habla de la inteligencia, la física y la metafísica.

Elvio E. Gandolfo analiza otra vez un libro emparentado con la literatura fantástica y la ficción especulativa pero no publicado como tal: *En otros lugares*, de Henri Michaux.

Ángel Fareta, en "Cine", describe la última obsesión de Herzog y otro producto artesanal de Ibáñez

Serrador, tardíamente estrenado en Buenos Aires.

Carlos Gardini, de quien Editorial Sudamericana publicará en diciembre su segundo libro de cuentos, *Primera línea*, se refiere en "Etcétera" a las teorías de Roger Sperry sobre los hemisferios cerebrales y a otras conjeturas.



ETCÉTERA

PREMIOS, NOMINACIONES Y TRANSMIGRACIONES

El Nobel

Respetando el curioso manerismo borgiano que consiste en no ganar el premio Nobel de Literatura, la Academia Sueca ha resuelto otorgarlo este año al escritor inglés William Golding, con lo cual ha respetado también el tácito requisito de cambiar año a año la latitud favorecida por el célebre galardón creado por el inventor de la dinamita. William Golding nació en 1911, estudió en Oxford y fue maestro hasta la publicación de *Señor de las moscas* (1954). Aunque en general es conocido por esa novela, publicada en castellano por Ediciones Minotauro (1962) y magníficamente adaptada para el cine por el director británico Peter Brook (*Lord of the Flies*, Allen Hodgdon Productions/Two Arts, 1963), Golding es autor de una extensa obra, traducida a nuestro idioma casi en su totalidad: un libro de poemas (1934), *Los herederos* (1955), *Pincher Mar-*



Golding

ILUSTRACIÓN DE CARLOS NINE

tin (1956), *Caida libre* (1959), *The Spire* (1964), *The Pyramid* (1967), *El dios escorpión* (1971). Se ha relacionado a Golding con la ciencia ficción, pero también se ha dicho que el tono que predomina en él es el de la fábula simbólica y moral. "La relación de William Golding con la ciencia ficción — escribe el australiano Peter Nicholls en su *Encyclopaedia of Science Fiction* — es tan tangencial como su relación con la novela convencional; sobre todo en sus primeras obras, recorre el límite entre la alegoría y la novela con resultados asombrosamente fructíferos."

Señor de las moscas cuenta la historia de varios niños atrapados en una isla desierta que sufren un paulatino proceso de involución. En cierto modo es la parodia o la refutación de *La isla de coral* de R. M. Ballantyne, una novela victoriana donde niños ingleses en una situación similar sobreviven heroicamente. Golding, como en una prueba de laboratorio, intenta mostrar cómo hubieran actuado realmente esos niños. *Los herederos* es una pieza de "ciencia ficción antropológica", por calificarla de algún modo, donde personajes Neanderthal contemplan el triunfo de los Cro-Magnon y quizá el origen de nuestros males. *Pincher Martin* ha sido comparada con el clásico cuento de Ambrose Bierce "El puente sobre el río del Búho": un oficial naval cuyo buque ha sido torpedeado sobrevive aferrándose a una roca, pero el final sugiere que esa supervivencia ha sido alucinatoria. Las reflexiones sobre la religión y la ciencia son también frecuentes en las demás novelas de Golding, de quien el crítico Ga-

bril Josipovici (*The World and the Book*, 1973) comenta enfáticamente: "Al leer sus novelas se tiene la misma sensación de exploración que al leer a los grandes revolucionarios del siglo: Proust, Joyce, Virginia Woolf. Hay la misma sensación de relevancia inmediata, la misma sensación de irreductibilidad de la obra. Se necesita menos de una página para saber que estamos leyendo el trabajo de un maestro que utiliza su medio en vez de ser utilizado por él, y que lo fuerza un poco más en cada nuevo intento." Según Josipovici, la frase de un personaje de *Caida libre* es perfectamente aplicable al mismo Golding: "El arte es en parte comunicación, pero sólo en parte. El resto es descubrimiento. Siempre he sido una criatura amante del descubrimiento." El premio Nobel obligará sin duda a muchos críticos indolentes, no tan amantes del descubrimiento, a descubrir a Golding.

El Hugo

En ConStellation, la 41ª Convención Mundial de Ciencia Ficción, se otorgaron los premios Hugo 1983. Correspondieron a *Foundation's Edge* de Isaac Asimov (mejor novela); "Souls" de Joanna Russ (mejor novela corta); "Fire Watch" de Connie Willis (mejor cuento largo); "Melancholy Elephants" de Spider Robinson (mejor cuento corto). Otros premios Hugo fueron otorgados a Edward L. Ferman (mejor editor profesional), James Gunn (por su ensayo *Isaac Asimov: The Foundations of Science Fiction*), la revista *Locus* (mejor fan-



Asimov

zine) y la película *Blade Runner*. Jeff Walker, representante de la Ladd Company, recibió el Hugo de *Blade Runner* en nombre del director Ridley Scott, y lo dedicó a la memoria de Philip K. Dick, autor de *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, la novela en que se basó el film. Como se recordará, Connie Willis recibió este año dos premios Nebula, por "Fire Watch" y "A Letter from the Clearys", en las categorías de cuento largo y corto respectivamente. *Blade Runner* también había recibido el premio de la British Science Fiction Association.

En la misma ceremonia de la Convención se entregó también el premio John W. Campbell al mejor escritor novel a Paul O. Williams. La próxima convención mundial de ciencia ficción se celebrará en 1984 en Los Angeles.



Shua

El Don

En octubre de 1983 se otorgó el primer premio del Concurso de Cuentos Eróticos organizado por la revista porteña *Don* a la escritora argentina Ana María Shua, por su cuento "Viajando se conoce gente". El jurado (integrado por Eduardo Grüner, Enrique Pezzoni y Nicolás Rosa) también otorgó diez menciones entre otros a los escritores Juan José Hernández y Antonio Brailovsky. El premio consiste en mil dólares y la publicación del cuento ganador en el número de noviembre de la revista que auspició el concurso. Ana María Shua (1951) es autora de *El sol y yo* (poemas, 1967), *Soy paciente* (novela, 1980) y *Los días de pesca* (cuentos, 1981). En *Minotauro 1* ha publicado "La sueñera", una fascinante serie de poemas en prosa. "Viajando se

conoce gente" es una historia de ciencia ficción acerca de la exploración de otros mundos y la exploración de otros cuerpos, no necesariamente humanos.

Nominaciones

Se han dado a conocer las nominaciones para los premios World Fantasy 1983. Son las siguientes: a) mejor novela: *Fevre Dream* de George R. R. Martin, *The Nestling* de Charles L. Grant, *Niffit the Lean* de Michael Shea, *Phantom* de Thomas Tessier, *The Sword of the Lictor* de Gene Wolfe; b) mejor novela corta: "Beyond All Measure" de Karl Edward Wagner, "The Breathing Method" de Stephen King, "Confess the Seasons" de Charles L. Grant, "Horrible Imaginings" de Fritz Leiber, "Night's

Swift Dragons" de Charles Grant; c) mejor cuento: "Deathtracks" de Dennis Etchison, "Firestorm" de Steve Rasnic Tem, "The Gorgon" de Tanith Lee, "The Man Who Met Picasso" de Michael Swanwick, "Petra" de Greg Bear. Como de costumbre, también se concederán premios a las mejores antologías y mejores ilustradores del género, así como premios especiales a quienes se han destacado de uno u otro modo por su actividad en el campo de la fantasía.

Transmigraciones

"El misterio rodea aun la muerte de un escritor de ciencia ficción local", rezaba un titular del *Oakland Tribune* del 28 de agosto de 1983. El "escritor local" era Philip K. Dick, que vivió varios años en Oak-



Dick

land, California. Laura Coelho, hija mayor de Dick y administradora de sus derechos sucesorios, ha comentado ciertas irregularidades relacionadas con la hospitalización y el certificado de defunción del padre. "Los misterios de que habla el artículo del *Tribune*—resume la revista *Locus*—incluyen el ingreso en coma de Dick de la noche a la mañana después de un ataque cardíaco relativamente li-

gero; la confusión y los conflictos familiares en los días siguientes a la declaración de su muerte cerebral; la falta de identificación del cadáver por sus familiares; su «abrupta» cremación sin ceremonia fúnebre; y el destino desconocido de miles de dólares que Dick ganó con sus escritos en los últimos años." La última novela de Dick, *La transmigración de Timothy Archer*, hablaba de la muerte de

un personaje y el enfrentamiento de su hija con un joven retardado a quien habría transmigrado el alma del muerto. Alguien ha sugerido que la muerte de Dick fue un fraude que le ha permitido transmigrar (sin cambiar de cuerpo) a una nueva vida con un nuevo nombre. Si la teoría es falsa, los restos de Dick están sepultados en Colorado, con las cenizas de una hermana gemela que murió durante el parto. [CG]



ETCÉTERA

MORIR DE AMOR

The *Void Captain's Tale* (1983) es la última novela de Spinrad y, según dicen algunos, la mejor. Entre ellos se cuentan Gregory Benford y Michael Moorcock. Descarto la opinión del primero, cuya vinculación con la editorial no lo hace enteramente confiable, y luego de leer el libro encuentro que la segunda es un tanto aventurada; en ningún momento se alcanza aquí la fuerza y la solidez interna de *El sueño de hierro*, para mencionar el trabajo más logrado de Spinrad.

Los mejores recursos que despliega la novela son la creación de un lenguaje sintético y una audaz hipótesis central, que es explotada hasta darle alcances inesperados.

El libro simula ser un cuaderno de bitácora hallado en el espacio, procedente de una nave interestelar perdida, el equivalente galáctico del clásico "mensaje encontrado en una botella"; pero es precisamente esta convención la que atenta contra el *crescendo* de su



Spinrad y su último libro

ritmo, que va prometiendo cada vez más, para esfumarse en las últimas páginas; de haber culminado el libro como cabía esperar, quedaría sin explicar la manera cómo el relato ha llegado hasta el lector; aparentemente el autor se ha visto obligado a sacrificar la lógica interna a la coherencia externa del relato.

Para escribir su mensaje perdido en el espacio, Spinrad ha imaginado una lengua terrestre futura (el "lingo"), mezcla de todos los idiomas europeos, surgida en una era de supuesta convergencia planetaria, la cual volvió luego a dividirse en dialectos al expandirse la humanidad en el cosmos: la obra simula estar escrita en el dialecto inglés del lingo. Para muestra, basta la dedicatoria de la obra: "Für mi Kameraden de todas partes - No mondo nostro - No spirito uno - J'essaie esto Traum futuro - in an english sprach - de nuestro Lingo" (sic).

La idea, por supuesto, no es nueva, y quien mejor la ha utilizado es Anthony Burgess en *La naranja mecánica*; si queremos ser pedantes, diremos que se remonta al surrealismo y a las vanguardias poéticas de principios de siglo. Aquí, la jerga se reserva esencialmente para los diálogos; el relato está escrito en un inglés bastante corriente, salpicado de algunas expresiones en francés, para todo lo que se refiere al erotismo, o en sánscrito para los términos filosófico-religiosos. Hasta parecería que por momentos el autor se olvida de la convención que él mismo ha establecido y se expresa directamente en inglés durante páginas enteras.

La acción se desarrolla a bordo

de una nave interestelar en viaje prolongado hacia mundos coloniales. No se trata de una nave de "generaciones" como las que fueron clásicas en ciencia ficción, aunque el cruce es lo suficientemente largo como para que los viajeros posean toda una cultura propia. Recogiendo ideas de Cordwainer Smith, Spinrad concibe un "cargamento" de colonizadores hibernados que hacen el viaje en estado de coma, dentro de sus cápsulas, y un reducido grupo de pasajeros en viaje de placer: éstos disponen de todos los recursos tecnológicos para vivir una perpetua fiesta del más refinado hedonismo: la nave hasta cuenta con el simulacro de un bosque terrestre para negar la presencia del mundo exterior. El viaje en sí se desarrolla a velocidades tan elevadas como para que pueda apreciarse la contracción relativista del espacio, pero igualmente demoraría siglos si no fuese acortado de tanto en tanto por sucesivos "saltos" a través del hiperespacio.

Esta cultura decadente del Grand Palais, el mundo de los pasajeros que algunos han elegido como forma definitiva de vida, resulta bastante convincente: su objeto es hacer que los viajeros no reparen en el Vacío que los rodea, un Vacío en el cual ya se intuyen caracteres metafísicos.

La época es la tercera o cuarta Edad Espacial, un mundo que combina la omnipresente tecnología con las creencias del hinduismo clásico, y en el cual domina la magia sexual del tantrismo. Se trata de una cultura caracterizada por refinados ceremoniales; todos poseen tres nombres (como Marco

Tulio Cicerón o Iván Fiodorovich Karamázov) que se eligen como señal de identificación con un personaje mítico; esto explica que un físico se llame Einstein o que un iniciado sea conocido como Boddhi. "Intercambiar historias" significa contarle a otro la historia del personaje que se desea emular, y es un rito solemne que implica quedar ligado como amigo íntimo.

Aparte del lenguaje, el otro rasgo destacado de la novela es lo que podríamos llamar hipótesis central, sin duda original. Se había hecho hasta ahora ciencia ficción a partir de las ciencias naturales, de la psicología o de las ciencias de la cultura, pero pocos eligieron la fisiología sexual como "ciencia" para sus ficciones.

La idea de Spinrad consiste en resaltar el orgasmo como una de las "experiencias-pico" (como diría Maslow) de la existencia, y en reconocer que la capacidad de orgasmo de la mujer supera con creces a la masculina. Se trata pues de utilizar las energías psíquicas que se concentran en el orgasmo para hacer "saltar" las naves a través del hiperespacio.

La tecnología que lo permite no ha sido producida por los terrestres sino por una raza de semidioses que colonizaron el cosmos mucho antes que el hombre, y su destino original, según sospechan algunos, no era emplearla para un fin tan práctico, sino lograr la unión mística con el Grande y Único, especie de divinidad que está más allá del mundo de apariencias en que vivimos. El corazón del sistema impulsor es pues el Piloto, una mujer (casi una médium) cuyo psiquismo es activado electrónica-

mente por el Capitán, produciendo un orgasmo descomunal que "mueve" la nave varios años-luz en una fracción de segundo.

El Capitán y su Piloto nunca se conocen; en realidad, casi nadie puede ver al Piloto, que permanece en estado comatoso entre salto y salto. La trama se anuda cuando el capitán Genro "intercambia historias" con su Piloto Dominique, y se siente atraído por ella, espiando sus reacciones tras cada explosión orgásmica.

Esta mezcla de Wilhelm Reich con el tantrismo tibetano y el yoga sexual constituye un cóctel bastante fuerte, pero mirando atentamente veremos que se reduce a un tópico bastante corriente; a fin de cuentas, es la vieja historia del rudo vaquero (quizá John Wayne) y la sargento del Ejército de Salvación (digamos, Katherine Hepburn). Sólo que aquí la mujer es una especie de sacerdotisa del sexo quien, a los efectos corrientes, siente un total desinterés por los hombres.

Las peripecias que ocurren, contadas con frías descripciones fisiológicas y jerga mística oriental, sin pizca de erotismo ni pornografía, son previsibles a partir de aquí. El Capitán no puede llegar a culminar

un coito normal con Lorenza, la anfitriona del Grand Palais que el ritual de a bordo le asigna como amante, y comienza a sentirse morbosamente atraído por la exangüe y cadavérica Dominique, cuyo aspecto extenuado lo excita de modo incontenible.

Aparecen varios rasgos de marcada necrofilia, masturbaciones, escenas de celos y *coitus interruptus*, hasta que por fin la Piloto comienza a persuadir al Capitán para que la secunde en su objetivo secreto: hacer que le transmita una sobrecarga de energía que la lleve al éxtasis definitivo (con la promesa de compartirlo), aunque sabe que al intentarlo probablemente la nave no volverá a salir del hiperespacio. El precio de la unión mística es pues la muerte de toda la tripulación, pasajeros y emigrantes. Genro vacila, y para disipar sus dudas Dominique lo obsequia por fin con una sesión de sexo normal, aderezado con grandes refinamientos orientales; un tercer personaje termina de convencerlo, al explicarle que quizás ése fuera el designio de los Antiguos, y que el Cosmos sería un gigantesco mandala en cuyo centro está el Vacío, la aniquilación.

A esta altura uno comienza a

preguntarse cómo se las arreglará el autor para transmitir con palabras una experiencia que parece ser inevitable por definición. Se produce el "salto a ciegas", resuelto en una página, Dominique muere de gozo, y con ella también el adepto de los Antiguos, logrando alcanzar la deseada aniquilación; pero el Capitán sobrevive, y con él todo el pasaje. A partir de entonces vagan a la deriva entre las estrellas, hasta que el Capitán seleccione otro Piloto a partir de sus artes amoratorias. Fin.

Por ingenioso y legible que resulte todo esto, no deja de suscitar algunas aprensiones. Al parecer, la cultura postmoderna, que se ha empeñado durante un siglo en mostrar que el sexo podía desligarse del amor hasta volverse una simple actividad fisiológica o un placentero deporte, parece ahora, a través de éste y otros ejemplos, querer convertirlo en una religión: una religión de la salvación egoísta que culmina en el suicidio. Esto es sólo una novela, pero nunca faltan delirantes que se la tomen en serio, y ya existen sectas (como la del Gurú Rojo o los Niños de Dios) que parecen haberlo hecho, creando nuevas formas de adicción y esclavitud.

[PC]



ETCÉTERA

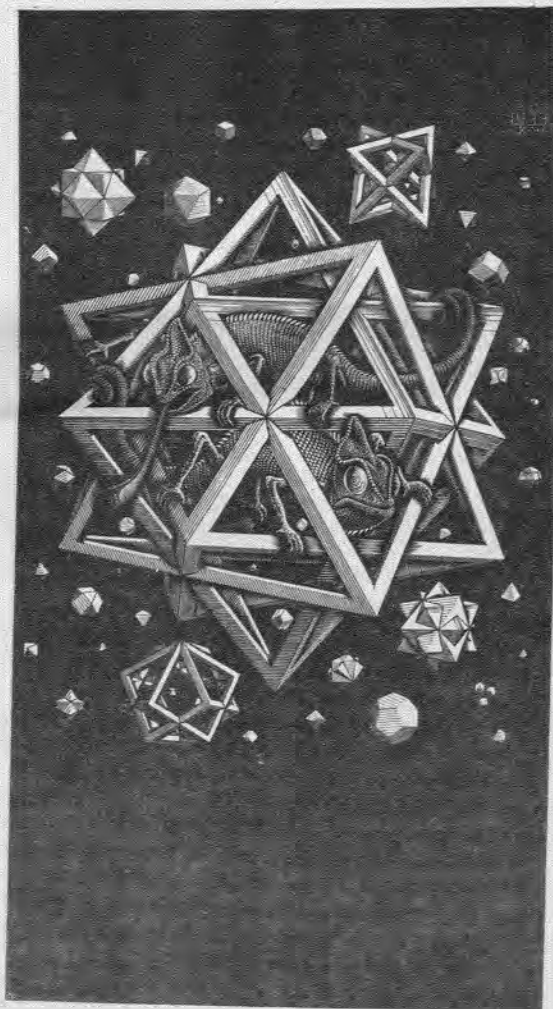
CUANDO DOS MUNDOS CHOCAN

El cerebro y la mente

CEREBRO: Órgano con el que pensamos que pensamos.

AMBROSE BIERCE *Diccionario del diablo*

En lo que precariamente se llama ciencia ficción, se ha acentuado en los últimos años una tendencia a la exploración de los paisajes de la mente, y la literatura del "espacio interior" ha desplazado en cierta medida los muestrarios de tecnologías futuras y monstruos del espacio cambiando esos fáciles deslumbramientos por una aventura imaginativa que invita al lector a incursionar en mundos realmente extraños y lejanos. Algunos han reaccionado con disgusto, y aun con alarma, ante estos desvíos "subjetivistas" o "surrealistas" (una palabra que para muchos comentaristas apresurados no alude a una de las tendencias poéticas más decisivas del siglo veinte sino simplemente a lo



ILUSTRACION: "ESTRELLAS" DE M. C. ESCHER

que ellos no entienden) pero en realidad no debería llamar la atención que una literatura tradicionalmente vinculada con la ciencia procure abordar con elementos heterodoxos una realidad que aun para las ciencias naturales se ha vuelto literalmente inabisa. "El universo —escribió sir James Jean en *The Mysterious Universe* (1937)— empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran maquinaria." O, como reza el célebre epigrama de Eddington: "La estofa del universo es estofa mental." Y así como las ciencias físicas se han apartado paulatinamente de los modelos mecanicistas, privilegiando cada vez más elementos no tangibles de la realidad (o demostrando que lo tangible sólo tiene una realidad engañosa), las neurociencias han progresado hacia un enfoque cada vez menos reduccionista de los fenómenos de la conciencia, privilegiando cada vez más un "espacio interior" que por cierto no es tangible pero tiene una existencia tan objetiva como la materia misma, o más. ("La materia —escribió Bertrand Russell— es una fórmula conveniente para describir lo que ocurre donde ella no está.") Si el universo de los físicos puede llegar a compararse con un gran pensamiento, los pensamientos han adquirido en la psicología "mentalista" el status de elementos capaces de influir causalmente en la física y la química del cerebro. Uno de los pioneros de esa tendencia ha sido el neurofisiólogo norteamericano Roger Sperry, que en 1966 escribía en su *Brain and Conscious Experience*: "Quizá no haya búsqueda más importante en toda la ciencia que la

tentativa de comprender los hechos específicos de la evolución que permitieron a los cerebros desarrollar esa aptitud especial que los capacitó para añadir, al esquema cósmico de las cosas, el color, el sonido, el dolor, el placer y todas las demás facetas de la experiencia mental." El tono vehemente de la frase no debe engañarnos: Sperry no es un místico sino un investigador cocienzudo que en 1981 recibió el premio Nobel por sus aportes en medicina y fisiología sobre el hoy célebre "cerebro dividido", una noción cuyas implicancias aún son tema de controversia entre los especialistas.

La división del cerebro humano es doble. Por una parte, existe el bien conocido fenómeno de que cada hemisferio cerebral controla el lado contrario del cuerpo (es decir que el hemisferio izquierdo controla, por ejemplo, la información captada por el ojo derecho); por lo demás, cada hemisferio tiene funciones específicas, algo que los científicos denominan "lateralización". El hemisferio izquierdo manipula la información en forma secuencial y analítica, y sobresale por sus aptitudes verbales. El hemisferio derecho es el más apto para reconocer patrones visuales y objetos tridimensionales, y sobresale por sus facultades intuitivas, aunque lamentablemente carece de aptitudes para articular verbalmente sus intuiciones. Ambos están unidos por un cuerpo de fibras nerviosas llamado cuerpo caloso.

En la década del 40, el neurofisiólogo Karl Lashley sostenía que el cuerpo caloso era apenas algo más que un recurso mecánico para impedir que ambos hemisferios se

derrumbaran. (El concepto pertinente era el de la absoluta "plasticidad" del cerebro, opuesto al de lateralización.) La extracción del cuerpo caloso en pacientes epilépticos no producía efectos ulteriores visibles. Sperry, discípulo de Lashley, disenta con su maestro: sostenía la noción de un cerebro *prewired*, término tomado de la electrónica que alude a la información asentada en un lugar determinado y se relaciona aquí con la separación de funciones (cuanto más *prewiring*, menos plasticidad). Sucesivas experimentaciones con animales fueron dando la razón a Sperry: cada hemisferio era en cierto modo un mundo diferente que aprendía, recordaba y sentía cosas sin que el otro lo supiera, con lo cual Sperry llegó a la conclusión de que el cuerpo caloso era un elemento de conexión vital para producir una conciencia integrada. De lo contrario, nos sentiríamos como dos conciencias y no como una sola (algo que de todos modos no ocurre a menudo). Esos estudios valieron a Sperry varios premios además del Nobel, entre ellos el Albert Lasker, la máxima distinción en medicina en los Estados Unidos. Cuando en 1979 recibió el premio Ralph Gerard de la Sociedad de Neurología, Sperry comentó sarcásticamente: "El gran placer y satisfacción que siento mi cerebro derecho excede las palabras que mi cerebro izquierdo podría encontrar para expresarlas."

En la actualidad Sperry sigue siendo un disidente resuelto a luchar contra las ideas aceptadas. Interesado en la probable aplicación de sus conocimientos en un nivel

más global, suele internarse en áreas tradicionalmente reservadas para lo que con bastante imprecisión llamamos humanidades. Considera que el reduccionismo es de algún modo la manifestación cultural del cerebro izquierdo: una manera de pensar que necesita fragmentar la realidad para captarla. En su libro más reciente, *Science and Moral Priority*, uno de los blancos favoritos de sus ataques es el conductismo, cuyos puntos de vista han predominado en la psicología norteamericana aun hasta la década del setenta. Sperry expone algunas de sus ideas sobre ética y conciencia en una entrevista realizada recientemente por la revista *Omni* (agosto de 1983).

"La psicología de pronto empezó a tratar los acontecimientos subjetivos —imágenes mentales, pensamientos, sensaciones, sentimientos, ideas y demás— como factores que desempeñaban un genuino papel causal en la función y conducta del cerebro. Los contenidos de la introspección, todo el mundo de la experiencia interior, de pronto fueron aceptados como elementos que podían influir en los procesos físicos y químicos del cerebro", declara. Oponiéndose a la visión de que la ciencia no tenía "nada que hacer" con la conciencia, lo cual dejaba un margen cada vez más estrecho de consideración para los valores humanos, Sperry y otros investigadores han adoptado un nuevo modelo del cerebro y la mente, el mentalismo.

"El mentalismo —aclara Sperry— contrasta en psicología con el conductismo y el materialismo. Es una doctrina que sostiene que los procesos mentales, tal como

son experimentados concientemente por la mente, determinan y explican la conducta. Las cualidades mentales solían ser concebidas en términos no físicos, sobrenaturales, pero ahora los encaramos como propiedades emergentes de procesos cerebrales." Lo que él denomina propiedades emergentes se relaciona con una visión holística (del griego *holos*, todo) en que, como reza la máxima tradicional, el todo es mayor que las partes y diferente de ellas. En cada nivel de organización de lo existente aparecen propiedades distintas y características que no pueden ser explicadas por las leyes que gobiernan un nivel inferior. "Ya no estamos sujetos ni atrapados por las leyes de la física y la química, como los objetos inanimados. Ni tenemos que obedecer a las leyes de la fisiología, como nuestras respuestas autónomas y reflejas, nuestras hormonas y nuestro pulso cardíaco. En general estamos libres de las fuerzas materialistas y mecanicistas con que la ciencia quería someternos." Como el nuevo modelo cerebromente que proponen los mentalistas (emparentado con ciertas nociones propugnadas por Arthur Koestler) utiliza el concepto de "causación hacia abajo", los mentalistas consideran causales los procesos mentales, con lo cual los antecedentes de cualquier acto deseado concientemente son mentales y no sólo fisiológicos.

Estas causas mentales no son sólo las ideas, los recuerdos y los razonamientos lógicos, sino también los sentimientos, los deseos, las necesidades y los valores. "No debemos olvidar al cerebro dere-

cho —advierte Sperry—. Recordemos además que la mente puede escudriñar rápidamente no sólo el pasado sino las consecuencias de una elección proyectadas al futuro. Su dinámica trasciende el tiempo y el espacio de la fisiología cerebral. Cuando uno aglutina todo según estos términos revisados, terminamos por hacer lo que nos gusta, lo que decidimos que queremos hacer." De esta manera, aunque existan leyes y causas que nos limitan, nuestro cerebro (o nuestra mente) es un ejemplo inédito de libertad en el mundo conocido: en realidad, las limitaciones son necesarias para impedir un caos absoluto.

Esa revalorización del cerebro derecho y los sentimientos ha conducido a Sperry a un intento de abarcar los llamados "valores humanos" desde una perspectiva científica. Aunque muchos de sus colegas no ven con buenos ojos que se aparte tanto de su propia disciplina, Sperry sostiene que con las nuevas visiones de la conciencia los valores éticos y morales pasan a integrar legítimamente la ciencia del cerebro. En la medida en que esos valores son determinantes universales de las decisiones humanas, son las fuerzas causales más decisivas en la gestación de los acontecimientos internacionales. La determinación de las funciones específicas de cada hemisferio (cerebral), el papel que cada uno de ellos desempeña en la sexualidad y la creatividad, aún siguen pareciéndole, desde luego, temas científicos importantes, pero pierden relevancia si de algún modo no se insertan en una visión global que contribuya a la solución

de problemas fuera del laboratorio. Los adelantos de la ciencia y la tecnología carecen de valor si no contribuyen a sacar a la humanidad de sus actuales atolladeros. "Las respuestas tecnológicas en sí mismas, al no existir un control demográfico, sólo nos hundirán más y más en una espiral viciosa de población creciente, más exigencias energéticas y de recursos, y demás." Sperry sugiere como solución un sistema de valores basado en la ciencia, o, mejor dicho, la inserción de las propuestas y hallazgos de la ciencia en los campos donde los viejos valores ya están cuestionados. "La solución más indolora y razonable visible en la actualidad es alterar los valores y creencias por los cuales vivimos y nos gobernamos."

¿En qué sentido difiere un sistema de valores basado en la ciencia como el que propone Sperry de los propuestos por Karl Marx, Jacques Monod u otros? "Creo que ellos estaban mal encaminados, como la mayoría de nosotros en otros tiempos. Aceptaron la ciencia como si ello significara abrazar la filosofía del materialismo y las interpretaciones de la naturaleza humana y la sociedad que ella implica. El marxismo sostiene valores y una visión del mundo radicalmente opuestos a los que emergerían de un sistema basado en la ciencia como la entendemos ahora. En el marxismo, lo que cuenta en la modelación del mundo y los asuntos humanos son los actos que realiza un hombre para satisfacer sus necesidades materiales. Pero esto pasa por alto el principio clave de la causación hacia abajo. Según la visión materialista, las

propiedades idealistas más elevadas que han desarrollado el hombre y la sociedad pueden dominar, controlar y satisfacer esas necesidades más primitivas."

El acercamiento de muchos humanistas a la ciencia ha implicado un rechazo de la religión institucionalizada. Sperry lo considera un error dadas las condiciones del mundo actual: se requieren valores más elevados que el interés en sí mismo, el provecho económico y las necesidades cotidianas de subsistencia personal para dar paso a prioridades más elevadas, y por lo tanto aboga por una colaboración entre las religiones, las ciencias y las artes. "Las separaciones estrictas ya no se sostienen", insiste una y otra vez. No se trata de rechazar la revelación, sino de no confundirla con las verdades verificables y de someter las "verdades" a verificación, ya que el cerebro humano tiene una peligrosa tendencia a la creación de circuitos cerrados; no se trata de rechazar el misticismo y la fantasía, sino de situarlos en su propio ámbito.

"Antes de la aparición de la percepción conciente en la evolución —escribía Sperry en *Brain and Human Consciousness*—, la ciencia nos dice que todo el proceso cósmico era sólo, como ha comentado alguien, «una representación ante butacas vacías», y para colmo incolora y callada, pues, de acuerdo con la física actual, antes del advenimiento de los cerebros no había color ni sonido en el universo." El esfuerzo de Sperry al combatir las perspectivas "materialistas" de su sociedad es en buena medida un esfuerzo por preservar los

ojos y oídos que el universo ha creado tan laboriosamente en miles de millones de años. Como él mismo declara, "lo principal es que nuestras nuevas perspectivas en la ciencia de la mente y el cerebro alteran radicalmente nuestras creencias tradicionales sobre la naturaleza del hombre y del mundo, sobre la relación entre mente y materia, entre ciencia y valores, entre libre albedrío y responsabilidad moral."

El cerebro y el sexo

"Siempre he dicho que el cerebro es un órgano sexual."

ROGER GORSKY neurocientífico de la UCLA

Como las nuevas perspectivas en la ciencia de la mente y el cerebro alteran radicalmente las creencias tradicionales, las discusiones y comentarios han trascendido el ámbito de la universidad y el *journal* especializado. Como no sólo hay dos o más cerebros en conflicto sino dos o más sexos en conflicto, no han faltado las teorías e interpretaciones maliciosas.

En una nota donde arremete contra los abusos de la ciencia sexista ("Feminism and the Brain", *Omni*, julio de 1981), Judith B. Hooper cuenta que una prestigiosa revista de psicología inmortalizó la curiosa teoría de que las hormonas sexuales ejercen misteriosos efectos en el equilibrio entre el sistema nervioso simpático (activo) y el sistema nervioso parasimpático (inhibitorio). Así, el estrógeno estimularía los nervios simpáticos, lo cual explicaría el buen desempeño de las mujeres en tareas

simples, perceptivo-motrices, como la dactilografía. La testostérrona incrementaría la actividad parasimpática, lo cual explicaría el buen desempeño de los hombres en tareas perceptivo-estructuradas. "Léase: todas las funciones intelectuales superiores —comenta burlonamente Judith B. Hooper, que añade a continuación—: Eso fue en 1968, dos milenios después que Aristóteles se preguntó si las mujeres tenían alma y llegó a la conclusión de que no la tenían. Como las mujeres superan regularmente a los hombres en capacidad verbal, los autores del manifiesto simpático/parasimpático tuvieron que arrojar la lectura y escritura al cesto de las capacidades motrices simples (suponemos que escribir *Orgullo y prejuicio* habrá requerido una exquisita habilidad manual)."

Si la ciencia es una de las bendiciones ambiguas de nuestra época, la superchería como ciencia es sin duda uno de sus flagelos: se la ha usado para "demostrar" la superioridad de ciertas razas (generalmente rubias) y se la puede usar para "demostrar" la inferioridad de cierto sexo (generalmente el femenino). Por lo tanto, muchos científicos suelen ser cautos en sus declaraciones sobre un área tan especializada pero de tanta incidencia sobre las cuestiones políticas y sociales, pues no quieren arriesgarse a interpretaciones erróneas debidas a la desidia, la estupidez o la simple mala fe. "Mucha gente ha armado un gran alboroto político a raíz de nuestros trabajos —declaraba Anne Petersen, directora de un laboratorio del Michael Reese Hospital and Medical

Center de Chicago, a Pamela Weintraub ("The Brain: His and Hers", *Discover*, abril de 1981)—. Los han usado para decir que los movimientos feministas fracasarán, que las mujeres son inherentemente inferiores. Claro que nuestras investigaciones no revelan nada por el estilo. Hay cosas que los hombres hacen mejor, y hay cosas que las mujeres hacen mejor. Es muy importante diferenciar entre las inferencias y los descubrimientos científicos."

La psicóloga Sandra Witelson de la Universidad de McMaster, Ontario, señala que cada sexo parece utilizar de modo desigual cada mitad del cerebro. Las mujeres sobresalen en tareas analíticas y verbales propias del hemisferio izquierdo, y los hombres en tareas visuales-espaciales típicas del hemisferio derecho. Pero aclara con prudencia: "La gente que se siente contrariada por esto es la que piensa que los hombres y las mujeres son iguales. Sería muy sorprendente que fueran iguales."

Existe una tendencia a admitir un menor grado de lateralización en las mujeres, lo cual explicaría por qué los hombres tienden a sobresalir en matemáticas o ingeniería y las mujeres en el aprendizaje de una lengua, y sería corroborado por el hecho de que una mujer cuyo centro de lenguaje ha sido afectado por un ataque de apoplejía recobra la capacidad del habla antes que un hombre: el otro lado del cerebro puede hacerse cargo con mayor rapidez. Un cerebro menos lateralizado puede utilizar con mayor eficacia el hemisferio derecho en tareas específicas. "Con menos interferencia del cere-

bro izquierdo —declara Jerre Levy, neuropsicóloga de la Universidad de Chicago—, un hombre podría usar su hemisferio derecho con mayor precisión para descifrar un mapa o encontrar un objeto tridimensional en una representación bidimensional."

La antropóloga física Christine de Lacoste-Utamsing tuvo que diseccionar durante un tiempo cerebros humanos por exigencias de su especialidad. Descubrió que los cerebros de ambos sexos son físicamente diferentes: el cuerpo calloso es mucho más grande y bulboso en las mujeres, y por lo tanto la comunicación entre ambos hemisferios es mayor, lo cual corroboraría la idea de que en los cerebros femeninos hay menos lateralización. Pero el hecho de que el cerebro masculino esté más lateralizado no implica necesariamente, como creen algunos, que la lateralización en sí misma sea mejor, advierte de Lacoste en declaraciones a la revista *Omni* ("Sex and the Split Brain", agosto de 1983). "Se puede interpretar lo contrario. Quizá las mujeres tengan zonas más vastas del cerebro de donde extraer capacidades."

De Lacoste también observa que las diferencias no deberían sorprender, pues las hormonas influyen en la formación del cerebro tanto como en la formación del cuerpo. Señala por otra parte que las presiones ambientales pudieron influir para que los cerebros femeninos fueran menos lateralizados, partiendo del hecho de que los homínidos macho y los homínidos hembra ocupaban nichos ecológicos diferentes cuando el cerebro estaba evolucionando: las

hembras, que recogían alimentos y cuidaban de la prole, quizá necesitaban de una comprensión más integral del mundo, mientras que los machos, dedicados a la caza, requerían capacidades más especializadas, como la de conservar en la memoria imágenes tridimensionales. No se trata sin embargo, aclara de Lacoste, de dos cerebros que evolucionan separadamente, sino de un cerebro único que refleja las diferencias en hormonas sexuales y funciones reproductivas. "Estamos hablando de las diferencias en el modo en que hombres y mujeres perciben la información." Las mujeres tendrían mayor capacidad para captar la información presentada verbalmente y los hombres mayor capacidad para captar la información visual-espacial.

"Pero una vez que la información es seleccionada, sus cerebros funcionan del mismo modo y con el mismo potencial."

El fantasma que persigue a muchos especialistas cuando llega el momento de las conclusiones es la noción reduccionista de que la biología es destino, y por lo tanto el temor de que el descubrimiento de un factor congénito lleve a inevitables inferencias sexistas. ¿Un cerebro más lateralizado supera a un cerebro menos lateralizado? Además de ponerlo en duda, la doctora de Lacoste quita toda relevancia a la cuestión, pues cuando hablamos de inteligencia o conducta humana lo que cuenta es la interrelación entre el potencial genético y el medio ambiente: "Al margen de las diferencias estructurales, los

factores culturales son enormes."

En otras palabras, y coincidiendo con el criterio de Roger Sperry, la biología *no* es destino cuando hablamos del cerebro humano y ninguna dote "natural" puede justificar abusos sociales por parte de uno u otro sexo. Desde luego, por esos caprichos del hemisferio derecho, esto no nos librará de soportar a sexistas a ultranza que aprovecharán cualquier teoría para "fundamentar" la inferioridad congénita de las mujeres, ni a feministas a ultranza que pondrán el grito en el cielo cada vez que alguien insista en la asombrosa revelación de que entre hombres y mujeres existen diferencias anatómicas, fisiológicas y aun de percepción intelectual.

[CG]



ETCÉTERA

LA INTELIGENCIA Y SUS IMITADORES

En su conocido libro *Los dragones del Edén*, Carl Sagan sucumbe a la seducción de algo que parece ser la última palabra en materia de inteligencia artificial: el programa de psicoterapia ELIZA, diseñado por Joseph Weizenbaum, capaz de entretener durante horas a un paciente con el simple recurso de volver a formular en términos más objetivos las frases emotivas de aquél.

Ocurre que el programa fue concebido como una broma, y Weizenbaum fue el primero en sorprenderse al ver que se había tomado en serio lo que en su intención fue una simple caricatura de la psicoterapia no-directiva de Carl Rogers.

Esto lo dice Ulric Neisser, una de las figuras más interesantes de las ciencias humanas de hoy, creador de la "psicología cognitiva", en un artículo que lleva el provocativo título de "Las computadoras no pueden pensar" (*Creative Computing*, enero 1980).



ILUSTRACIÓN DE LIZÁN

La revista *Psychology Today*, en su número de mayo 1983, publica una larga entrevista con Neisser, que produce el efecto de un verdadero baño de *sensatez*, si esta palabra aún puede usarse sin suspiros.

A quienes aun siguen impresionados por la genial computadora HAL, del film *2001*, y piensan que eso es la inteligencia artificial, Neisser les recuerda que en todo caso el verdadero genio sería su programador. Cualquier computadora adquirida en un negocio de electrónica puede ganarle a uno una partida de ajedrez, pero eso no significa que piense. La computadora operará por un camino totalmente distinto al de la mente humana, efectuando una enorme cantidad de cálculos que la intuición no requiere. Neisser recuerda una frase de Capablanca; cuando le preguntaron cuántas jugadas barajaba mentalmente antes de mover las piezas, contestó: "Solo una, pero es la correcta."

Respecto del llamado "test de Turing", que permitiría discernir si una computadora piensa, cuando a través de una teletipo no podemos distinguir si es un ser humano o no, Neisser piensa que se trata de una falacia; de la misma manera podría afirmarse que existe la magia cuando un ilusionista hace un truco que no podemos entender.

Para Neisser la inteligencia no es una "cosa" que pueda medirse; podemos estudiar la manera cómo los seres humanos razonan, leen o resuelven problemas, pero en

todo caso eso nos ayudará a entender mejor tales actividades; "inteligencia" es por ahora sólo un rótulo para una cualidad compleja, que incluye percepción, intuición y aspectos emocionales que un test no puede medir.

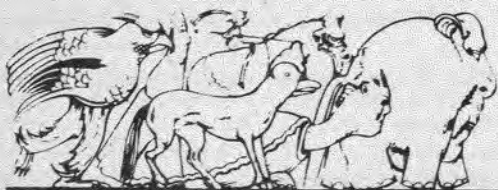
Los tests están hechos para medir sólo aquellas cualidades que privilegia la inteligencia *académica*, precisamente la que más parecido tiene con lo que hacen las computadoras. Neisser recuerda que Edward Boring, su primer profesor de psicología, acuñó esta memorable fórmula: "Inteligencia es lo que miden los tests de inteligencia": con esto se convierte en patrón único aquello que el diseñador del test tenía por supuesto. Si (como decía Wittgenstein) es imposible dar una razonable definición de "silla", lo mismo ocurre con "inteligencia"; cuando preguntamos "cuánta" inteligencia tiene una persona es como si dijésemos cuánta "silleidad" tiene un sofá.

Si se piensa que sólo tiene inteligencia aquél que aprueba el test, llegamos a la conclusión de que los demás sufren una carencia, y de allí a atribuir esas "carencias" a factores hereditarios o congénitos, sólo hay un paso. Tal parece haber ocurrido con Arthur Jensen, quien sostuvo seriamente que las minorías norteamericanas, especialmente los negros, tienen bajos rendimientos escolares y obtienen bajos puntajes en los tests por un déficit genético incorregible. Esto hizo que, recientemente, tanto los racistas confesos como aquéllos

que sucumben al prestigio de la estadística, pensaran que no tenía objeto seguir invirtiendo dinero en educación para las minorías raciales.

Es evidente, sostiene Neisser, que esos resultados provienen de factores culturales: la escasa estimulación intelectual que reciben los niños de pocos recursos económicos; el diseño de los tests, concebidos para la clase media blanca, y aun el complejo de inferioridad de los negros que puede inhibir su rendimiento en los tests. Neisser admite haber quedado impresionado al escuchar una conferencia del antropólogo nigeriano John Ogbu, quien tras estudiar el sistema escolar norteamericano, llegó a la conclusión de que EE.UU., pese a su Constitución, es un sistema de castas, al igual que Japón, donde no hay diferencias raciales. Según Ogbu, en todo el mundo las castas relegadas a las tareas inferiores tienen cocientes de inteligencia 15 puntos por debajo del resto. Esto vale aun para nuestro medio, donde es tan difícil probar que uno puede ser inteligente aun sin provenir de una familia próspera o haber estudiado en París.

El escepticismo de Neisser reconforta a todos aquéllos que nunca pudimos entender cómo Isaac Asimov podía ser considerado un genio en base a su C.I., y por qué tantos individuos con C.I. de más de 140 detectados en los países donde los tests son rutina, jamás sobresalen como creativos o geniales. [PC]



ETCÉTERA

DE LA FÍSICA A LA METAFÍSICA

En 1935, Einstein y sus colaboradores Podolsky y Rosen descubrieron un fenómeno que hasta hoy carece de explicación racional. Se lo conoce como el "efecto EPR": dos partículas subatómicas que han interactuado alguna vez pueden responder instantáneamente a sus recíprocos movimientos aun cuando hayan transcurrido milenios desde su encuentro y estén separados por años-luz, y a pesar de que la Relatividad hace imposibles las interacciones a velocidades mayores que la de la luz; es como si estuvieran unidas "telepáticamente".

La escuela de Copenhage, orientada por Niels Bohr y dominante en el campo de la mecánica cuántica, ha renunciado a explicar tanto éste como otros fenómenos "surrealistas"; niega formalmente la posibilidad de entender las causas del movimiento de las partículas subatómicas. Al universo pensado por Newton como un gran mecanismo de relojería, ha sucedido un

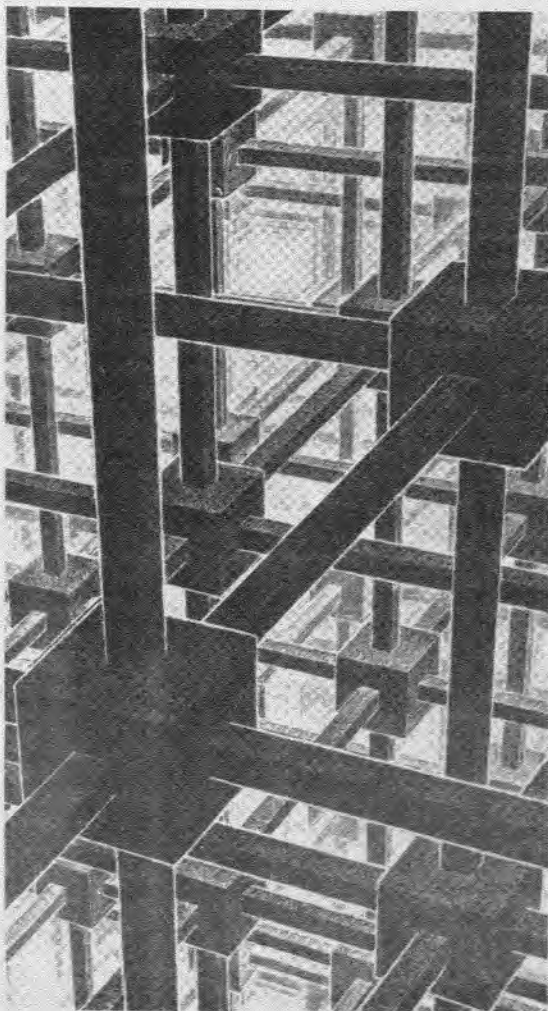


ILUSTRACIÓN: "DIVISION DEL ESPACIO CUBICO", DE M. C. ESCHER

mundo casi onírico y una materia "inmaterial", cuyo comportamiento absurdo se resignaron a no entender algunos físicos.

Uno de los nombres más reconocidos de la física actual es David Bohm, de 65 años, que enseña en la Universidad de Londres; él es quien propone una nueva visión de esos fenómenos, a través de una ambiciosa síntesis que evoca viejas concepciones filosóficas.

Bohm es autor del libro *La Totalidad y el orden implícito*, donde sostiene, según leemos en *Science Digest* de marzo 1983, que la física se ha estancado luego de trescientos años de triunfal carrera, y ha llegado la hora de trascender las categorías de espacio y tiempo.

Bohm llama "orden explícito" a la realidad física conocida, con sus leyes newtonianas y relativistas, pero cree que no es más que el reflejo de una realidad mucho más compleja, el "orden implícito", que trasciende las limitaciones del espacio y el tiempo (¿la eternidad?).

El universo, según Bohm, sería algo así como un inmenso holograma, una proyección tetradiimensional de una realidad que existe en niveles mucho más profundos. Al articulista de *Science Digest* esto le recuerda a Platón, para quien la realidad sensible no es más que una copia empobrecida de la auténtica realidad, la Idea o paradigma eterno. Pero el lenguaje de Bohm evoca de un modo mucho más sorprendente las ideas del Cardenal Nicolás de

Cusa, el filósofo del Renacimiento que propuso un universo infinito y creó las categorías neoplatónicas de *complicatio* y *explicatio*.

De este modo, Bohm, quien no es demasiado crédulo respecto de la parapsicología, viene a ofrecer con su teoría una inesperada ayuda a los estudiosos de la telepatía y los fenómenos "psi", que hasta ahora estaban en abierto conflicto con la física clásica.

Bohm y piensa que la conciencia es un proceso "material", pero su idea de la materia, como proyección holográfica, es bastante *sui generis*. Puesto que cada partícula de materia se vincula con cualquier otra en el orden implícito, se sigue que, en algún sentido, los cerebros y las mentes están también interconectados, penetran unos en otros.

La psicología y la neurología pueden considerar a los cerebros como aislados entre sí, porque las relaciones ordinarias entre personas tienen tal grado de entropía que en la práctica las mentes pueden ser tratadas como entidades independientes. Pero en un nivel más profundo están vinculadas; del mismo modo, en los niveles macro y microscópicos podemos usar la física newtoniana, pero a partir de ciertos niveles y ciertas velocidades debemos recurrir a la cuántica y la relativista. Bohm se atreve a pensar que grupos de individuos "iluminados" pueden desarrollar una conciencia colectiva o mente grupal uniendo sus fuerzas en el orden "implícito", con lo

cual en el nivel "explícito" se verificarían los fenómenos parapsicológicos. Esto viene a ofrecer el comienzo de una teoría física para sustentar las hipótesis de la parapsicología, lo que alguna vez Jung y Pauli quisieron formular con su concepto de "sincronicidad".

Lo cierto es que los físicos siguen dando sorpresas, y se puede hablar de un "encuentro entre física y metafísica", como sostiene Abner Shimony en *Nature* (junio 1981).

Los griegos descubrieron que la naturaleza posee un orden racional, los modernos aprendieron a usar ese orden en su provecho, y ahora parece que nos vemos en la necesidad de tener que admitir hipótesis tan atrevidas como las de Bohm, que vienen a borrar las fronteras entre ciencia y especulación, tan crudamente trazadas por el positivismo.

El neurofisiólogo Karl Pribram, de Stanford, se siente atraído por las hipótesis de Bohm y sugiere que el cerebro puede estar organizado de modo holográfico, aunque esta interpretación no sea incompatible con las teorías corrientes, que se mueven en un nivel más superficial. Según Pribram, pasarán varias generaciones antes que estas revoluciones sean asimiladas, pero irá desapareciendo el abismo que separa a los científicos de los místicos. "Los extremos se unirán cuando los físicos comiencen a aplicar sus técnicas científicas a los aspectos espirituales de la naturaleza humana." [PC]



Quiero una mujer
que me ame
por quien
yo amo
y que me ame
y que me ame

WOLFE SANZOL

ALFRED BESTER

TIERNAMENTE FAHRENHEIT

*Una nueva forma de
esclavitud, y una vieja forma
de autoridad.*

Ilustración de Jorge Sanzol

Él no sabe cuál de nosotros soy ahora, pero ellos saben una verdad. No debes poseer nada salvo tú mismo. Debes hacer tu propia vida, vivir tu propia vida y morir tu propia muerte... de lo contrario morirás la de otro.

Los arrozales de Paradigma III se extienden cientos de kilómetros como tundras ajedrezadas, un mosaico azul y pardo bajo un ardiente cielo naranja. Al caer la tarde las nubes se deshilachan como humo, y los arrozales susurran y murmuran.

Una larga línea de hombres marchaba por los arrozales la tarde en que escapamos de Paradigma III. Iban callados, armados, atentos; una larga fila de estatuas perfiladas

contra el cielo humoso. Cada hombre empuñaba un arma. Cada hombre llevaba un equipo portátil de comunicaciones, el auricular en el oído, el micrófono contra la garganta, el visor reluciente sujeto a la muñeca como un reloj pulsera de ojos verdes. La multitud de pantallas no mostraba más que una multitud de sendas diferentes a través de los arrozales. Los parlantes no emitían ningún sonido excepto el murmullo y el chapoteo de los pasos. Los hombres hablaban poco, con gruñidos sordos, todos con todos.

—Nada aquí.

—¿Dónde es aquí?

—Los campos de Jenson.

—Te has desviado mucho hacia el Oeste.

—Cierren la línea aquí.

—¿Alguien ha registrado el arrozal de Grimson?

—Sí. Nada.

—Ella no pudo haberse alejado tanto.

—Pudieron haberla llevado.

—¿Piensas que está viva?

—¿Por qué iba a estar muerta?

El lento estribillo recorría la larga línea de batidores que avanzaban hacia el poniente humoso. La línea de batidores oscilaba como una serpiente sinuosa, pero nunca detenía su avance implacable. Cien hombres con quince metros de separación entre uno y otro. Mil quinientos metros de ceñudo rastro. Un kilómetro y medio de feroz determinación extendiéndose de este a oeste en una medialuna de calor. Cayó la noche. Cada hombre encendió su linterna. La serpiente sinuosa se convirtió en un collar de diamantes trémulos.

—Aquí no hay nada.

—Nada aquí.

—Nada.

—¿Y los arrozales de Allen?

—Los estamos rastrillando.

—¿La habremos pasado por alto?

—Tal vez.

—Regresaremos para cerciorarnos.

—Esto nos llevará toda la noche.

—Nada en el arrozal de Allen.

—¡Demonios! ¡Tenemos que encontrarla!

—La encontraremos.

—Aquí está. Sector siete. Sintonicen mi aparato.

La línea se detuvo. Los diamantes se quedaron quietos en el calor. Hubo silencio. Cada hombre miró la reluciente pantalla verde que llevaba en la muñeca, sintonizando el sector siete. Todas sinto-

nizaron lo mismo. Todas mostraron una pequeña silueta desnuda hundida en el agua lodosa de un arrozal. A lo largo de la silueta el letrero de bronce de un propietario rezaba: VANDALEUR. Los extremos de la línea convergían en el campo Vandaleur. El collar se convirtió en un racimo de estrellas. Cien hombres se reunieron alrededor de un cuerpecito desnudo, una niña muerta en un arrozal. No tenía agua en la boca. Tenía marcas en la garganta. La cara inocente estaba aplastada. El cuerpo estaba lacerado. En la piel había una dura costra de sangre coagulada.

—Ha muerto hace tres o cuatro horas por lo menos.

—Tiene la boca seca.

—No la ahogaron. La mataron a golpes.

En el oscuro calor del atardecer los hombres maldijeron en voz baja. Recogieron el cuerpo. Uno detuvo a los otros y señaló las uñas de la niña. Había peleado contra su asesino. Bajo las uñas había partículas de carne y gotas brillantes de sangre escarlata, aún líquida, aún sin coagular.

—Esa sangre también debería estar coagulada.

—Raro.

—No tan raro. ¿Qué clase de sangre no se coagula?

—La sangre de androide.

—Parece que la mató uno de ellos.

—Vandaleur tiene un androide.

—No pudo matarla un androide.

—Lo que tiene bajo las uñas es sangre de androide.

—Será mejor que la policía lo confirme.

—La policía demostrará que tengo razón.

—Pero los androides no pueden matar.

—Es sangre de androide, ¿verdad?

—Los androides no pueden matar. Están hechos para no matar.

—Pues parece que a uno lo hicieron mal.

—¡Cielos!

Y ese día el termómetro registraba 92,9 grados gloriosamente Fahrenheit.

De modo que abordamos el *Reina de Paradigma* rumbo a Megastro V, James Vandaleur y su androide. James Vandaleur contaba su dinero y lloraba. En el camarote de segunda clase lo acompañaba su androide, una magnífica criatura sintética con rasgos clásicos y grandes ojos azules. Sobresalían en su frente, en un camafeo de carne, las letras AM, indicando que era uno de los raros androides de aptitudes múltiples, que valían 57.000 dólares a la cotización del día. Allí estábamos, llorando y contando y observando con calma.

—Doce, catorce, dieciséis. Mil seiscientos dólares —sollozó Vandaleur—. Eso es todo. Mil seiscientos dólares. Mi casa valía diez mil. El terreno valía cinco. Había muebles, autos, mis pinturas, grabados, mi avión, mi... Y de todo eso sólo quedan mil seiscientos dólares. ¡Demonios!

Salté de la mesa y encendí al androide. Saqué una correa de una de las maletas de cuero y golpeé al androide. No se movió.

—Debo recordarte —dijo el androide— que valgo cincuenta y siete mil dólares a la cotización del día. Debo advertirte que estás poniendo en peligro una propiedad valiosa.

—Maldita máquina loca —gritó Vandaleur.

—No soy una máquina —respondió el androide—. El robot es una máquina. El androide es una creación química de tejidos sintéticos.

—¿Qué diablos te pasó? —gritó Vandaleur—. ¿Por qué lo hiciste? ¡Maldito seas! —Golpeó salvajemente al androide.

—Debo recordarte que no puedo ser castigado —dijo—. El síndrome de placer-dolor no está incorporado en la síntesis androide.

—Entonces ¿por qué la mataste? —gritó Vandaleur—. Si no fue por gusto, ¿por qué...?

—Debo recordarte —dijo el androide— que los camarotes de segunda clase de esta nave no son herméticos.

Vandaleur soltó la correa y se quedó jadeando, mirando fijamente a la criatura de su propiedad.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué la mataste? —pregunté.

—No sé —respondí.

—Primero fueron travesuras malignas. Cosas pequeñas. Destrucciones menores. Debí saber que algo te pasaba entonces. Los androides no pueden destruir. No pueden dañar. No...

—No hay síndrome de placer-dolor incorporado en la síntesis androide.

—Luego pasaste al incendio premeditado. Luego a las destrucciones serias. Luego al ataque violento... ese técnico de Rigel. Cada vez peor. Cada vez teníamos que largarnos con más prisa. Ahora es asesinato. ¡Demonios! ¿Qué pasa contigo? ¿Qué ocurrió?

—No hay relés de autoinspección incorporados en el cerebro androide.

—Cada vez que teníamos que huir perdíamos más. Mírame. En un camarote de segunda. Yo, James Paleologue Vandaleur. En una época mi padre era el más rico... Ahora, mil seiscientos dólares en total. Es todo lo que tengo. Y tú. ¡Maldito seas!

Vandaleur alzó la correa para golpear de nuevo al androide, luego la soltó y se desplomó en un catre, sollozando. Al fin recobró la compostura.

—Instrucciones—dijo.

El androide múltiple reaccionó de inmediato. Se levantó y esperó órdenes.

—Ahora mi nombre es Valentine. James Valentine. Hice escala en Paradigma III sólo por un día para trasbordar a esta nave con rumbo a Megastro V. Mi ocupación: agente de un androide AM disponible para alquilar. Propósito de mi visita: instalarme en Megastro V. Arregla los documentos.

El androide extrajo el pasaporte y los papeles de Vandaleur de una bolsa, tomó lapicera y tinta y se sentó a la mesa. Con una mano precisa y perfecta —una mano habilidosa, capaz de dibujar, escribir, pintar, tallar, grabar, cincelar, fotografiar, diseñar, crear y construir— fraguó meticulosamente credenciales nuevas para Vandaleur. Su propietario me miró con aflicción.

—Crear y construir —masculé—. Y ahora destruir. ¡Dios mío! ¿Qué haré? Cielos. Si tan sólo pudiera librarme de ti. Si no tuviera que depender de ti para vivir. ¡Dios mío! Si tan sólo hubiera heredado agallas, en vez de heredarte a ti.

Dallas Brady era la principal di-

señadora de joyas de Megastro. Era baja, corpulenta, amoral y ninfómana. Contrató al androide de aptitudes múltiples de Vandaleur y me puso a trabajar en su taller. Sedujo a Vandaleur. Una noche en su cama preguntó abruptamente: —Te llamas Vandaleur, ¿verdad?

—Sí —murmuré. Luego—: ¡No! Me llamo Valentine. James Valentine.

—¿Qué ocurrió en Paradigma? —preguntó Dallas Brady—. Pensé que los androides no podían matar ni destruir bienes. Les incorporan directivas e inhibiciones primarias cuando los sintetizan. Todas las compañías garantizan que no pueden matar.

—¡Valentine! —insistió Vandaleur.

—Oh, vamos —dijo Dallas Brady—. Hace una semana que lo sé. Y no he llamado a la policía, ¿verdad?

—Me llamo Valentine.

—¿Quieres probarlo? ¿Quieres que llame a la policía? —Dallas extendió la mano hacia el teléfono.

—¡Por amor de Dios, Dallas!

—Vandaleur se incorporó de un brinco y forcejó para quitarle el teléfono. Ella lo esquivó, riéndose de él, hasta que él se desplomó avergonzado y resignado.

—¿Cómo lo averiguaste? —preguntó al fin.

—Los diarios no hablan de otra cosa. Y Valentine se parece demasiado a Vandaleur. Eso no fue muy listo de tu parte, ¿verdad?

—Supongo que no. No soy muy listo.

—Tu androide tiene todo un pronuntuario, ¿verdad? Ataque violento. Incendio premeditado. Destrucción. ¿Qué sucedió en Paradigma?

—Secuestró a una niña. La llevó a los arrozales y la asesinó.

—¿La violó?

—No sé.

—Terminarán por alcanzarte.

—¿Crees que no lo sé? ¡Diablos! Hace dos años que estamos huyendo. Siete planetas en dos años. Debo haber abandonado bienes por valor de cincuenta mil dólares en dos años.

—Será mejor que averigües cuál es el problema.

—¿Cómo? ¿Quieres que entre en una clínica de reparación y pida que lo revisen? ¿Qué voy a decir? "Mi androide se volvió asesino. Arréglenlo." Llamarían a la policía en un santiamén. —Empecé a temblar. —Harían desmantelar al androide en un día. Y tal vez me acusarían de complicidad en el homicidio.

—¿Por qué no hiciste que lo repararan antes que empezara a asesinar?

—No podía correr el riesgo —explicó irritadamente Vandaleur—. Si empezaban a someterlo a lobotomías, procesos químicos y cirugía endocrina, tal vez hubieran destruido sus aptitudes. ¿Qué me habría quedado para alquilar? ¿Cómo habría sobrevivido?

—Con el sudor de tu frente. Como muchos.

—¿Trabajando en qué? Sabes que no sirvo para nada. ¿Cómo podía competir con androides y robots especializados? ¿Quién puede competir con ellos, a menos que tenga un gran talento para una tarea determinada?

—Sí, es verdad.

—Mi padre me mantuvo siempre. ¡Maldito sea! Tuvo que ir a la quiebra justo antes de morir. Me

dejó el androide y nada más. Sólo puedo mantenerme con lo que gana él.

—Será mejor que lo vendas antes que la policía te encuentre. Cincuenta mil es suficiente para vivir. Inviértelos.

—¿Al tres por ciento? ¿Mil quinientos por año? ¿Cuando el androide me da el quince por ciento de su valor? Ocho mil por año. Eso es lo que gana. No, Dallas. Tengo que seguir adelante.

—Y ¿qué harás con sus inclinaciones violentas?

—No puedo hacer nada... excepto vigilarlo y rezar. ¿Qué harás tú?

—Nada. No es cosa mía. Salvo un detalle... merezco algo por cerrar el pico.

—¿Qué?

—El androide trabajará gratis para mí. Que otros te paguen, pero para mí es gratis.

El androide de aptitudes múltiples trabajaba. Vandaleur cobraba las tarifas. Podía costearse los gastos. Sus ahorros empezaron a aumentar.

Cuando la templada primavera de Megastro V se transformó en verano caliente, empecé a investigar las granjas y las fincas. En un par de años podríamos establecernos definitivamente, siempre que Dallas Brady no se extralimitara en sus exigencias.

El primer día del caluroso verano, el androide se puso a cantar en el taller de Dallas Brady. Rondaba el horno eléctrico que, junto con el clima, volvía sofocante el taller, y cantaba una antigua melodía que había sido popular medio siglo atrás.

*Cuánto sopor provoca el calor.
¡Valor, valor!
Ven por favor
amor amor
y dame tu ardor,
oh primor...*

Cantaba en una voz extraña y entrecortada, y sus habilidosos dedos, entrelazados detrás de la espalda, se contorsionaban libremente bailando una rumba. Dallas Brady se sorprendió.

—¿Por qué cuernos estás tan contento? —preguntó.

—Debo recordarte que el síndrome placer-dolor no está incorporado en la síntesis androide —respondí—. ¡Valor, valor! Ven por favor amor amor y dame tu ardor, oh primor...

Los dedos dejaron de contorsionarse y recogieron unas pesadas pinzas. El androide las introdujo en el corazón ardiente del horno, inclinándose para escrutar el adorable calor.

—¡Cuidado, idiota! —exclamó Dallas Brady—. ¿Quieres caerte adentro?

—Debo recordarte que valgo cincuenta y siete mil dólares a la cotización del día —dije—. Está prohibido poner en peligro bienes valiosos. ¡Valor, valor! Oh primor...

Tomó un crisol de oro reluciente del horno eléctrico, se volvió, brincó maliciosamente y derramó una lenta cascada de oro derretido en la cabeza de Dallas Brady. Ella gritó y se desplomó, el pelo y la ropa en llamas, la piel crujiente. El androide vertió más mientras brincaba y cantaba. "Ven por favor amor amor y dame tu ardor, oh primor..." Cantaba mientras derra-

maba lentamente el oro derretido. Entonces me fui del taller y me reuní con James Vandaleur en la suite de su hotel. Las ropas chamuscadas y los dedos nerviosos del androide advirtieron a su dueño que algo andaba muy mal.

Vandaleur corrió hacia el taller de Dallas Brady, miró una vez, vomitó y huyó. Tuve tiempo suficiente para empacar una maleta y juntar novecientos dólares en valores transportables. Reservó un camarote de tercera en el *Reina de Me-gastro*, que salía esa mañana hacia Alfa Lira. Me llevó con él. Lloró y contó el dinero y golpeé de nuevo al androide.

Y el termómetro del taller de Dallas Brady registraba 98,1 grados bellamente Fahrenheit.

En Alfa Lira nos alojamos en un hotelucho cerca de la universidad. Allí Vandaleur me magulló cuidadosamente la frente hasta que las letras AM fueron borradas por la inflamación y la decoloración. Las letras reaparecerían, pero no en varios meses, y entre tanto Vandaleur tenía esperanzas de que se olvidara el revuelo causado por un androide AM. El androide fue alquilado como obrero a la usina de la universidad. Vandaleur, como James Venice, sobrevivió con las magras ganancias del androide.

No me iba tan mal. La mayoría de los residentes del hotel eran estudiantes universitarios, igualmente pobres, pero deliciosamente jóvenes y entusiastas. Había una muchacha simpática, observadora y sagaz. Se llamaba Wanda, y ella y su novio, Jed Stark, tenían muchísimo interés en el androide asesino

que era mencionado en cada diario de la galaxia.

—Hemos estado estudiando el caso —dijeron ella y Jed en una de esas espontáneas fiestas estudiantiles, que esa noche casualmente se celebraba en la habitación de Vandaleur—. Creemos saber cuál es la causa. Haremos una monografía. —Estaban muy excitados.

—¿La causa de qué? —quiso saber alguien.

—Del desperfecto del androide.

—Obviamente un problema de ajuste, ¿verdad? La química corporal desquiciada. Tal vez una especie de cáncer sintético, ¿sí?

—No. —Wanda miró a Jed con una expresión de triunfo contenido.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Algo específico.

—¿Qué?

—Es un secreto.

—Oh, vamos.

—No lo diré.

—¿Por qué no me cuentas? —pregunté ansiosamente—. Yo... nosotros estamos muy interesados en la falla que podría tener un androide.

—No, señor Venice —dijo Wanda—. Es una idea única y tenemos que protegerla. Una tesis como ésta nos consagrará. No podemos correr el riesgo de que alguien la robe.

—¿No puedes darnos una pista?

—No. Ni siquiera una pista. No digas una palabra, Jed. Pero le diré una cosa, señor Venice. No me gustaría ser el propietario de ese androide.

—¿Por la policía? —pregunté.

—No, señor Venice. Por la proyección. ¡Proyección! Ése es el peligro... y no contaré nada más. Ya he dicho demasiado.

Oí pasos afuera, y una voz ronca que cantaba suavemente: “Ven por favor amor, amor, y dame tu ardor, oh primor...” Mi androide entró en la habitación. Regresaba de su gira de inspección por la usina de la universidad. No fue presentado. Le hice una seña e inmediatamente obedecí la orden y me acerqué al barril de cerveza y me encargué de atender a los invitados. Sus habilidosos dedos se contorsionaban libremente bailando una rumba. Poco a poco dejaron de moverse, y el extraño canturreo cesó.

Los androides no eran raros en la universidad. Los estudiantes más ricos poseían androides además de autos y aviones. El androide de Vandaleur no suscitó comentarios, pero la joven Wanda era observadora y sagaz. Reparó en mi frente magullada, y ella se tomaba muy a pecho la histórica tesis que escribiría con Jed Stark. Después que terminó la fiesta, habló con Jed mientras él la acompañaba a su cuarto.

—Jed, ¿por qué ese androide tiene la frente magullada?

—Tal vez se lastimó, Wanda. Está trabajando en la usina. Mueven muchas cosas pesadas.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más?

—Sería una magulladura conveniente.

—¿Conveniente para qué?

—Para ocultar lo que está impreso en su frente.

—No tiene sentido, Wanda. No hace falta ver marcas en la frente para reconocer a un androide. No tienes que ver la marca de un auto para saber que es un auto.

—No quiero decir que traten de hacerlo pasar por humano. Quiero

decir que tratan de hacerlo pasar por un androide inferior.

—¿Por qué?

—Supongamos que tuviera escrito AM en la frente.

—¿Aptitudes múltiples? ¿Y por qué cuernos Venice iba a desperdiciarlo en limpiar hornos si pudiera ganar más...? Oh. ¡Oh! ¿Quieres decir que...?

Wanda cabeceó.

—¡Cielos! —Stark frunció los labios. — ¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la policía?

—No. No sabemos con certeza si es un AM. Si resulta ser un AM y el androide asesino, nuestra tesis está primero. Esta es nuestra gran oportunidad, Jed. Si es *ese* androide, podemos realizar una serie de pruebas controladas y...

—¿Cómo lo averiguaremos?

—Fácil. Película infrarroja. Eso mostrará qué hay bajo la magulladura. Pide prestada una cámara. Compra película. Mañana a la tarde bajaremos a la usina y tomaremos algunas fotos. Entonces lo sabremos.

A la tarde siguiente bajaron a la usina de la universidad. Era un vasto sótano construido a mucha profundidad. Era oscuro, y la luz ardiente de las tapas de los hornos hacía bailar las sombras. Por encima del rugido de los hornos oyeron una voz extraña que gritaba y cantaba en la bóveda reverberante: "¡Valor, valor! Ven por favor amor amor y dame tu ardor, oh primor..." Y vieron una figura saltarina que bailaba una rumba demencial al ritmo de la música que gritaba. Retorcía las piernas. Agitaba los brazos. Contorsionaba los dedos.

Jed Stark alzó la cámara y empezó a tomar sus fotos infrarrojas,

apuntando la cámara a la cabeza oscilante. Entonces Wanda gritó, pues los vi y me abalancé sobre ellos, blandiendo una pala de acero bruñido. La pala destrozó la cámara. Derribó a la muchacha y luego a su amigo. Jed se resistió un instante, jadeando con desesperación antes de quedar fuera de combate. Después el androide los arrastró al horno y los arrojó a las llamas, lenta y perversamente. Brincaba y cantaba. Luego regresó a mi hotel.

El termómetro de la usina registraba 100,9 grados mortíferamente Fahrenheit. ¡Valor, valor!

Compramos un pasaje de cuarta en el *Reina de Lira* y Vandaleur y el androide trabajaban para pagarse la comida. Durante las guardias nocturnas, Vandaleur se sentaba a solas en el camarote con una carpeta de cartón en el regazo, reflexionando sobre su contenido. Esa carpeta era todo lo que había podido traer de Alfa Lira. La había robado de la habitación de Wanda. Tenía la etiqueta ANDROIDE. Contenía el secreto de mi enfermedad.

Y sólo contenía diarios. Veinte-nas de diarios de toda la galaxia, impresos, microfilmados, grabados, cincelados, en offset, fotostáticos... el *Star-Banner* de Rigel... el *Picayune* de Paradigma... el *Times-Leader* de Megastro... el *Herald* de Lalande... el *Journal* de Laccaille, el *Intelligencer* de Indi... el *Telegram-News* de Eridani. ¡Valor, valor!

Sólo diarios. Cada diario incluía una versión de un delito de la siniestra carrera del androide. Cada diario incluía también noticias locales y extranjeras, deportivas, sociales, meteorológicas, embar-

ques, cotizaciones bursátiles, historias de interés humano, primicias, concursos, crucigramas.

En alguna parte de esa masa de hechos en bruto estaba el secreto que Wanda y Jed Stark habían descubierto. Vandaleur estudió en vano los escritos. No llegó a ninguna parte. ¡Ven por favor amor amor!

—Te venderé —le dije al androide—. Maldito seas. Cuando lleguemos a la Tierra. Te venderé. Me conformaré con el tres por ciento de lo que valgas.

—Valgo cincuenta y siete mil dólares a la cotización del día —le dije.

—Si no puedo venderte, te entregaré a la policía —dije yo.

—Soy una propiedad valiosa —respondí—. Está prohibido poner en peligro propiedades valiosas. No harás que me destruyan.

—¡Maldito seas! —exclamó Vandaleur—. ¿Qué? ¿Eres arrogante? ¿Sabes que puedes confiar en mi protección? ¿Ése es tu secreto?

El androide de aptitud múltiple lo observó con ojos calmos e inteligentes. —A veces —dijo— es bueno ser una propiedad.

Hacia tres grados bajo cero cuando el *Reina de Lira* aterrizó en la pista de Croydon. Una mezcla de hielo y nieve barría la pista, siseando y estallando en vapor bajo los propulsores de popa del *Reina*. Los aturridos pasajeros cruzaron el cemento ennegrecido dirigiéndose a la aduana, y de allí al autobús del aeropuerto que los llevaría a Londres. Vandaleur y el androide no tenían dinero. Caminaron.

A medianoche llegaron a Piccadilly Circus. La tormenta de di-

ciembre no había amainado, y la estatua de Eros estaba cubierta de hielo. Doblaron a la derecha, caminaron hasta Trafalgar Square y luego a lo largo del Strand tiritando por el frío y la humedad. Cerca de Fleet Street, vieron una figura solitaria acercándose desde la dirección de la catedral de San Pablo. Llevó al androide a un callejón.

—Tenemos que conseguir dinero —susurró. Señaló la figura que se acercaba—. Él tiene dinero. Quitáselo.

—La orden no puede ser obedecida —dijo el androide.

—Quitáselo —repitió Vandaleur—. Por la fuerza. ¿Entiendes? Nuestra situación es desesperada.

—Contraviene mi directiva primaria —dijo—. No puedo poner en peligro la vida ni los bienes de nadie. La orden no puede ser obedecida.

—¡Por amor de Dios! —estalló Vandaleur—. Has atacado, destruido y asesinado. No me hables de directivas primarias. No has respetado ninguna. Consigue su dinero. Mátao si es necesario. ¡Te digo que nuestra situación es desesperada!

—Contraviene mi directiva primaria —dijo—. No puedo poner en peligro la vida ni los bienes de nadie. La orden no puede ser obedecida.

Aparté al androide de un empujón y me arrojé sobre el desconocido. Era alto, austero, elegante. Tenía un aire de esperanza arruinada por el cinismo. Llevaba un bastón. Vi que era ciego.

—¿Sí? —dijo—. Te oigo cerca de mí. ¿Qué quieres?

—Señor... —titubeó Vandaleur—. Estoy desesperado.

—Todos estamos desesperados —repuso el desconocido—. Serenamente desesperados.

—Señor... necesito dinero.

—¿Estás robando o rogando? —Los ojos muertos resbalaron sobre Vandaleur y el androide.

—Estoy dispuesto a cualquiera de las dos cosas.

—Ah. Como todos nosotros. Es la historia de nuestra raza. —El desconocido señaló hacia atrás.— Yo estuve rogando en la catedral, amigo mío. Lo que deseo yo no puede ser robado. ¿Qué es lo que deseas tú, que tienes la suerte de poder robarlo?

—Dinero —dijo Vandaleur.

—¿Dinero para qué? Vamos, amigo, intercambiamos confidencias. Yo te diré por qué ruego si tú me cuentas por qué robas. Mi nombre es Blenheim.

—El mío es... Vole.

—Yo no rogaba en San Pablo pidiendo la visión, amigo Vole. Rogaba pidiendo un número.

—¿Un número?

—Ah sí. Números racionales, números irracionales, números imaginarios. Integrales positivos. Integrales negativos. Fracciones, positivas y negativas. ¿Eh? ¿Nunca has oído hablar del inmortal tratado de Blenheim sobre los Veinte Ceros, o la Diferencia en Ausencia de Cantidad? —Blenheim sonrió amargamente.— Soy el mago de la teoría del número, amigo Vole, y he agotado el encanto del número. Después de cincuenta años de magia, la senilidad se acerca y la apatencia se esfuma. Fui a rezar a San Pablo para pedir inspiración. Dios mío, rogué, si existes envíame un número.

Vandaleur alzó lentamente la

carpeta de cartón y tocó con ella la mano de Blenheim. —Aquí adentro —dijo— hay un número. Un número oculto. Un número secreto. La cifra de un crimen. ¿Podemos hacer un cambio, Blenheim? ¿Refugio por un número?

—Ni ruego ni robo, ¿verdad?

—dijo Blenheim—. Sino, un trueque. Así la vida entera se rebaja a lo trivial. —Los ojos muertos resbalaron nuevamente sobre Vandaleur y el androide.— Tal vez el Todopoderoso no es Dios sino un comerciante. Acompañame.

En el último piso de la casa de Blenheim compartimos una habitación: dos camas, dos armarios, dos lavabos, un baño. Vandaleur me magulló de nuevo la frente y me mandó a buscar trabajo, y mientras el androide trabajaba yo consultaba a Blenheim y le leía los papeles de la carpeta, uno por uno. ¡Valor! ¡Valor!

Vandaleur no le dijo toda la verdad. Era un estudiante, dije, que intentaba hacer una tesis sobre el androide asesino. En estos papeles que él había recopilado estaban los datos que explicarían los crímenes, de los que Blenheim no había oído hablar. Tiene que haber una correlación, un número, una estadística, algo que diera cuenta de mi trastorno, expliqué, y Blenheim quedó fascinado por el misterio, el enigma policial, el interés humano del número.

Examinamos los papeles. Mientras se los leía en voz alta, él anotaba el contenido con su escritura ciega y meticulosa. Y luego yo le leía sus anotaciones. Clasificó los papeles según los caracteres, la tipografía, los hechos, la imaginación, los

artículos, la ortografía, las palabras, los temas, la publicidad, las figuras, la materia, la política, los prejuicios. Analizaba. Estudiaba. Meditaba. Y vivíamos juntos en ese último piso, siempre con un poco de frío, siempre con un poco de terror, cada vez un poco más unidos, acercados por nuestro temor, separados por nuestro odio. Así como una cuña incrustada en un árbol astilla el tronco sólo para quedar incorporada para siempre al tejido cicatricial, crecimos juntos. Vandaleur y el androide. ¡Amor amor!

Y una tarde Blenheim llamó a Vandaleur a su estudio y mostró sus notas. —Creo que lo he descubierto —dijo—, pero no puedo entenderlo.

El corazón de Vandaleur dio un brinco.

—Aquí están las correlaciones —continuó Blenheim—. En cincuenta papeles están los actos del androide criminal. ¿Qué hay allí, aparte de las depredaciones, que también esté en cincuenta papeles?

—No sé, Blenheim.

—Era una pregunta retórica. Aquí está la respuesta. El tiempo.

—¿Qué?

—El tiempo. —Blenheim cabeceó.— Cada delito fue cometido un día en que la temperatura superaba los noventa grados Fahrenheit.

—Pero eso es imposible —exclamó Vandaleur—. En Alfa Lira hacía frío.

—No hay ningún dato sobre un crimen cometido en Alfa Lira. No hay ningún papel.

—No. Es cierto... Yo... —Vandaleur estaba confundido. De pronto exclamó:— No, tiene usted razón. El horno. Allí hacía calor.

¡Calor! Desde luego. ¡Dios mío, sí! Ésa es la respuesta. El horno eléctrico de Dallas Brady... los arrozales de Paradigma. Dame tu ardor. Sí. Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Entré en la casa en ese momento, y al pasar por el estudio vi a Vandaleur y Blenheim. Entré, esperando órdenes, mis aptitudes múltiples consagradas a servir.

—Ése es el androide, ¿verdad?

—dijo Blenheim al cabo de una pausa.

—Sí —respondió Vandaleur, aún confundido por el descubrimiento—. Y eso explica por qué se negó a atacarlo a usted esa noche en el Strand. No hacía suficiente calor para violar la directiva primaria. Sólo en el calor... ¡El calor! ¡Valor, valor! —Miró al androide. Una orden silenciosa y demencial pasó del hombre al androide. Me negué. Está prohibido poner en peligro la vida. Vandaleur gesticuló furiosamente, luego tomó los hombros de Blenheim y lo derribó de la silla. Blenheim gritó una sola vez. Vandaleur se abalanzó sobre él como un tigre, aplastándolo contra el suelo y tapándole la boca con una mano.

—Encuentra un arma —le ordenó al androide.

—Está prohibido poner en peligro la vida.

—Ésta es una lucha por la supervivencia. ¡Tráeme un arma! —Sostuvo al matemático, que se contorsionaba, con todo su peso. Fui inmediatamente a un armario donde sabía que había un revólver guardado. Lo revisé. Estaba cargado con cinco balas. Se lo alcancé a Vandaleur. Lo tomé, apoyé el caño en la cabeza de Blenheim y apreté

el gatillo. Blenheim tuvo un solo espasmo.

Nos quedaban tres horas antes que la cocinera regresara de su día libre. Saqueamos la casa. Tomamos el dinero y las joyas de Blenheim. Llenamos una maleta de ropa. Guardamos las notas de Blenheim, destruimos los diarios; y nos fuimos, echando llave a la puerta. En el estudio de Blenheim dejamos una pila de papeles arrugados bajo una vela encendida. Empapamos la alfombra de querosén. No, eso lo hice yo. El androide se negó. Me está prohibido poner en peligro la vida y los bienes de nadie.

¡Valor!

Tomaron el subterráneo hasta Leicester Square, trasbordaron y se dirigieron al Museo Británico. Allí bajaron y caminaron hacia una pequeña casa georgiana a poca distancia de Russel Square. Un letrero en la vidriera decía: NAN WEBB, ASESORA PSICOMÉTRICA. Vandaleur había tomado nota de la dirección unas semanas antes. Entraron en la casa. El androide esperó en el vestíbulo con la maleta. Vandaleur entró en el consultorio de Nan Webb.

Era una mujer alta, de pelo gris y bien cortado, muy delicada tez inglesa y muy feas piernas inglesas. Tenía rasgos angulosos, una expresión aguda. Saludó a Vandaleur con un cabeceo, terminó una carta, la guardó en un sobre y alzó los ojos.

—Me llamo Vanderbilt —dijo—. James Vanderbilt.

—Ajá.

—Soy becario en la Universidad de Londres.

—Ajá.

—He estado investigando al androide asesino, y creo que he descubierto algo muy interesante. Me gustaría que usted me asesorara. ¿Cuánto cobra?

—¿En qué colegio de la Universidad está usted?

—¿Por qué?

—Hay un descuento para estudiantes.

—El colegio Merton.

—Son dos libras, por favor.

Vandaleur puso dos libras en el escritorio y añadió a la tarifa las notas de Blenheim. —Hay una correlación —dijo— entre los crímenes del androide y el tiempo. Usted notará que cada crimen fue cometido cuando la temperatura superaba los noventa grados Fahrenheit. ¿Hay una explicación psicométrica para eso?

Nan Webb asintió, estudió las notas un instante, dejó los papeles, y dijo: —Sinestesia, obviamente.

—¿Qué?

—Sinestesia —repitió ella—. Cuando una sensación, señor Vanderbilt, es interpretada inmediatamente en términos de la sensación de un órgano sensorio diferente del estimulado, hay sinestesia. Por ejemplo: un estímulo sonoro provoca una sensación de gusto. O un estímulo luminoso provoca una sensación sonora. Puede haber confusión o cortocircuito en cualquier sensación de gusto, olor, dolor, presión, temperatura y demás. ¿Comprende usted?

—Creo que sí.

—Su investigación ha revelado que es muy probable que el androide reaccione sinestésicamente al estímulo térmico por encima del nivel de los noventa grados. Es muy probable que exista una reacción

endocrina. Tal vez un enlace término con el sustituto androide de la adrenalina. La alta temperatura provoca una reacción de miedo, furia, excitación y actividad física violenta... todo dentro del dominio de la glándula suprarrenal.

—Sí, entiendo. Entonces, si el androide fuera mantenido en climas fríos...

—No habría estímulo ni respuesta. No habría crímenes.

—Entiendo. ¿Qué es la proyección?

—¿A qué se refiere?

—¿Hay algún peligro de proyección con respecto al propietario del androide?

—Muy interesante. Proyectar significa arrojar hacia adelante. Es el proceso de arrojar hacia otras ideas o impulsos que pertenecen a uno. El paranoide, por ejemplo, proyecta en otros sus conflictos y perturbaciones con el objeto de externalizarlos. Directa o implícitamente, acusa a otros hombres de tener la misma enfermedad con la que él está luchando.

—¿Y el peligro de la proyección?

—Es el peligro de creer lo que se implica. Si alguien vive con un psicótico que proyecta su enfermedad en él, se arriesga a caer en su patrón psicótico y transformarse a su vez en psicótico. Como sin duda le está ocurriendo a usted, señor Vandaleur.

Vandaleur se incorporó de un brinco.

—Es usted un imbécil —continuó sarcásticamente Nan Webb. Agitó el fajo de notas—. Ésta no es la letra de un becario. Es la inimitable cursiva del famoso Blenheim. Todo estudioso de Inglaterra cono-

ce su letra de ciego. No hay ningún colegio Merton en la Universidad de Londres. Fue un error chapucero. Merton es un colegio de Oxford. Y usted, señor Vandaleur, está tan obviamente contagiado por la asociación con su trastornado androide (por la proyección, si prefiere) que no sé si llamar a la Policía Metropolitana o al Hospital para Dementes Criminales.

Saqué el revolver y le disparé.
¡Valor!

—Antares II, Alfa del Auriga, Acrux IV, Pólux IX, Rigel del Centauro —dijo Vandaleur—. Son todos fríos. Fríos como un beso de bruja. Temperaturas horribles de cuarenta grados Fahrenheit. Nunca sube a más de setenta. Estamos de nuevo en carrera. Cuidado con esa curva.

El androide de aptitud múltiple hizo girar el volante con manos habilidosas. El auto tomó la curva suavemente y aceleró por los pantanos del norte. Los cañaverales se extendían sin cesar, pardos y secos, bajo el frío cielo inglés. El sol bajaba rápidamente. En lo alto, una solitaria bandada de avutardas aleataba torpemente hacia el este. Arriba de la bandada, un solitario helicóptero volaba hacia el hogar y la tibieza.

—No más tibieza para nosotros —dijo—. No más calor. Estaremos a salvo en el frío. Nos instalaremos en Escocia, haremos un poco de dinero, cruzaremos a Noruega, ganaremos unos billetes, y luego nos iremos de la Tierra. Nos estableceremos en Pólux. Estamos a salvo. Lo hemos conseguido. Podemos volver a vivir.

Hubo un alarmante *blip* allá arri-

ba, y luego un rugido entrecortado: ATENCIÓN JAMES VANDALEUR Y ANDROIDE. ¡ATENCIÓN JAMES VANDALEUR Y ANDROIDE!

Vandaleur se sobresaltó y miró hacia arriba. El helicóptero solitario flotaba encima de ellos. Desde su vientre llegaron órdenes amplificadas: ESTÁN RODEADOS. LA CARRETERA ESTÁ BLOQUEADA. DEBEN DETENER EL AUTO Y ENTREGARSE. ¡PAREN DE INMEDIATO!

Miré a Vandaleur esperando órdenes.

—Sigue manejando —exclamó Vandaleur.

El helicóptero bajó unos metros: ATENCIÓN ANDROIDE. TÚ ESTÁS CONTROLANDO EL VEHÍCULO. DEBES PARAR DE INMEDIATO. ÉSTA ES UNA DIRECTIVA ESTATAL QUE ANULA TODAS LAS ÓRDENES PRIVADAS.

—¿Qué demonios haces? —grité.

—Una directiva estatal anula todas las órdenes privadas —respondió el androide—. Debo señalar que...

—Apártate del volante —ordenó Vandaleur. Golpeé al androide, lo empujé a un costado y me lancé sobre él para tomar el volante. El auto se desvió de la carretera y echó a correr por el lodo congelado y los cañaverales secos. Vandaleur recobró el control y continuó hacia el oeste a través de los pantanos para tomar una carretera paralela a ocho kilómetros de distancia.

—Burlaremos el bloqueo —gruñó.

El auto se bamboleaba y brincaba. El helicóptero bajó aún más. Un reflector se encendió en el vientre del aparato. ATENCIÓN JAMES VANDALEUR Y ANDROIDE. ENTRÉ-

GUENSE. ÉSTA ES UNA DIRECTIVA ESTATAL QUE ANULA TODAS LAS ÓRDENES PRIVADAS.

—No puede entregarse —gritó salvajemente Vandaleur—. No hay nadie a quien entregarse. Él no puede y yo no quiero.

—¡Demonios! —mascullé—. Los burlaremos. Burlaremos el bloqueo. Burlaremos el calor. Burlaremos...

—Debo señalarte —dije— que mi directiva primaria me impone la obediencia a las directivas estatales que anulan todas las órdenes privadas. Debo entregarme.

—¿Quién dice que es una directiva estatal? —dijo Vandaleur—. ¿Ellos? ¿Los del helicóptero? Tienen que mostrarnos las credenciales. Tienen que probar que es una directiva estatal antes que te entregues. ¿Cómo sabes que no son malandrines tratando de engañarnos?

Aferrando el volante con una mano, se tanteó el bolsillo para cerciorarse de que aún tenía el revólver. El coche patinó. Los neumáticos rechinaron sobre la escarcha y los juncos. Vandaleur salió a gatas y arrastró al androide con él. Por el momento estábamos fuera del círculo de luz que proyectaba el helicóptero. Avanzamos penosamente hacia el pantano, la negrura, la protección... Vandaleur corriendo con el corazón palpitante, arrastrando al androide.

El helicóptero sobrevoló el coche volcado, alumbrando con el reflector, bramando con el altoparlante. En la carretera de la que acabábamos de salir, aparecieron luces a medida que las partidas de persecución y bloqueo se reunían y seguían las instrucciones radiales

del helicóptero. Vandaleur y el androide se internaron cada vez más en el pantano, dirigiéndose hacia la carretera paralela y la salvación. Ya había anochecido. El cielo era opaco y negro. No se veía ni una estrella. La temperatura estaba bajando. Un viento del sudeste nos calaba los huesos.

Muy atrás se oyó una explosión sorda. Vandaleur se volvió, jadeando. La gasolina del auto había estallado. Un géiser de llamas crecía como una fuente siniestra. Se redujo a un cráter chato de juncos ardientes. Azotada por el viento, la distante aureola de llamas creció en abánico formando una pared de tres metros de altura. La pared empezó a avanzar hacia nosotros, crepitando furiosamente. Encima de ella flotaba un sudario de humo aceitoso. Detrás, Vandaleur pudo distinguir siluetas humanas, una partida de batidores rastrillando el pantano.

—¡Demonios! —grité, buscando desesperadamente un lugar seguro. Corrió, arrastrándome con él, hasta que sus pies crujieron en la superficie helada de una laguna. Pisoteó el hielo furiosamente, luego se arrojó en el agua helada, arrastrando al androide con nosotros.

La pared de llamas se acercaba. Oía el chisporroteo y sentía el calor. Veía claramente a los perseguidores. Vandaleur se tanteó el bolsillo buscando el revólver. El bolsillo estaba rasgado. El revólver se había caído. Gruñó, tiritando de frío y terror. El resplandor del incendio era ennegecedor. Arriba, el helicóptero se desvió hacia un costado, incapaz de atravesar el humo y las llamas para ayudar a los persegui-

dores que batían el terreno lejos de nosotros, a la derecha.

—Nos perderán —susurró Vandaleur—. Cállate. Es una orden. Nos perderán. Los burlaremos. Burlaremos el fuego. Burlaremos...

Tres detonaciones nítidas sonaron a menos de treinta metros de los fugitivos. ¡Blam! ¡Blam! ¡Blam! Eran los tres últimos cartuchos del revólver caído: el fuego lo había alcanzado, haciendo estallar las balas. Los perseguidores se volvieron hacia el sonido y se encaminaron directamente hacia nosotros. Vandaleur maldijo histéricamente y trató de sumergirse aún más para escapar del intolerable calor del fuego. El androide empezó a temblar.

La pared de llamas se les acercó. Vandaleur inhaló profundamente y se dispuso a sumergirse hasta que las llamas pasaran sobre ellos. El androide tiritó y soltó un grito estridente.

—¡Valor! ¡Valor! —gritó—. ¡Ven por favor!

—¡Maldito seas! —grité. Traté de ahogarlo.

—¡Maldito seas! —gruñí. Le partí la cara.

El androide golpeó a Vandaleur, quien resistió hasta que el androide salió del lodo y se irguió penosamente. Antes que yo pudiera volver al ataque, las llamas vivas lo capturaron hipnóticamente. Bailó y brincó una rumba demencial ante la pared de fuego. Torcía las piernas. Agitaba los brazos. Los dedos bailaban su propia rumba. El androide aullaba y cantaba y corría en un vals deforme ante la oleada de calor, un monstruo lodoso perfilado contra el fulgor brillante y convulsivo.

Los perseguidores gritaron. Hubo disparos. El androide giró sobre sí mismo dos veces y luego continuó su terrible danza ante las llamas. El viento arreció. El fuego creció alrededor de la silueta saltarina y la envolvió en un torbellino rugiente. Luego el fuego siguió su camino, dejando detrás una viscosa masa de carne sintética de la que manaba una sangre escarlata que nunca se coagularía.

El termómetro habría registrado 1200 grados maravillosamente Fahrenheit.

Vandaleur no murió. Escapé. Lo perdieron mientras observaban el baile y la muerte del androide. Pero no sé cuál de nosotros es él ahora. Proyección, me advirtió Wanda. Proyección, le dijo Nan Webb. Si vives demasiado tiempo con un hombre loco o una máquina

loca, yo también enloquezco. ¡Valor!

Pero sabemos una verdad. Sabemos que estaban en un error. El nuevo robot y Vandaleur lo saben porque el nuevo robot también ha empezado a contorsionarse. ¡Valor! Aquí en la fría Pólux, el robot se contorsiona y canta. No hace calor, pero mis dedos bailan. No hace calor, pero él llevó a la niñita Talley a dar un paseo solitario. Un barato robot obrero. Un servomecanismo, todo lo que pude comprar, pero se contorsiona y tararea y camina solo con la niña en alguna parte y no los puedo encontrar. ¡Demonios! Vandaleur no me puede encontrar antes que sea demasiado tarde. Dame tu ardor, oh primor, en la escarcha danzarina, mientras el termómetro registra 10 grados tiernamente Fahrenheit.

Título del original en inglés: *Fondly Fahrenheit*. © 1954 by Mercury Press, Inc. and Alfred Bester. Traducción de Carlos Gardini.

Alfred Bester

COMENTARIO SOBRE "TIERNAMENTE FAHRENHEIT"

Siempre me ha fascinado el modo en que los artesanos realizan su labor, y soy capaz de pasar horas con prestamistas, técnicos en computación, exterminadores, cualquiera, en un esfuerzo por descubrir los entretelones de su trabajo. Quizá es una costumbre creada por años de realizar entrevistas para la revista en la que colaboro; quizá es una curiosidad típica del escritor. Lo ignoro. Pero pensé que los lectores podían tener interés en los entretelones de la escritura de "Tiernamente Fahrenheit".

Ante todo debo describir mis mé-

todos de escritura, de lo contrario la historia de la composición de este cuento parecerá fría y mecanicista. Escribo presa de la fiebre. No puedo escribir nada hasta que esté tan saturado, absorbido, presionado, que debo volcarlo o no tendré paz.

Con los años he desarrollado una técnica para encender esa fiebre. Empieza con un bosquejo, primero general, luego cada vez más detallado a medida que la historia se desarrolla. Cuando tengo lo que creo es el bosquejo final (nunca lo es), empiezo a pasar la historia por mi cabeza una y otra vez; no en palabras,

no me la cuento a mí mismo, sino en una especie de cine sensorial. Escucho el sonido, visualizo las escenas, siento el tempo de los personajes y sus conflictos.

En este punto es donde empiezo a caminar de aquí para allá. En casa tengo un espacio libre de unos veinticinco metros, y camino a lo largo del departamento, de un lado a otro, sin cesar. En la oficina tengo un corredor ancho, largo como un campo de fútbol. El personal y las secretarías ya se han acostumbrado a mi peculiaridad y tienen la amabilidad de salir del paso. La caminata y las repeticiones continúan, el calor crece y, si tengo suerte, alcanzo el punto de ignición. Luego corro como un loco hacia la máquina de escribir.

La idea de "Tiernamente Fahrenheit" se me ocurrió primero por una evocación de Mark Twain, creo que de Vida en el Mississippi, pero no estoy seguro, pues fue hace mucho tiempo. Él escribió que el primer esclavo negro que ejecutaron fue colgado por asesinato cerca de Hannibal, Missouri. El esclavo había atacado y dado muerte a un muchacha. Twain decía que el esclavo había cometido un delito similar en otro estado, pero que su propietario lo había ayudado a escapar porque era demasiado valioso para entregarlo a la justicia y hacerlo matar.

Me pareció que podía haber un cuento interesante en este conflicto entre amo y esclavo; el esclavo consciente de su valor y del poder que ese valor le confiere sobre el dueño, el amo constreñido por la codicia a condonar actos criminales que aborrece. Para mí era imposible ambientar el cuento en tiempos de la primera guerra; no conocía demasiado el

momento ni el lugar. Situarlo en nuestra época era imposible; por cierto tenemos formas económicas de esclavitud, pero no una esclavitud directa. Decidí situar la historia en el futuro, postulando una sociedad de esclavos-androides. La nota fue a mi Cuaderno de Apuntes, que ha sido mi depósito de ideas, fragmentos, trozos de diálogo, situaciones raras y recursos mágicos desde que empecé mi carrera de escritor. Permaneció allí varios años.

De vez en cuando pensaba en ella, pero también pensaba en un sinfín de otras ideas que parecían tener prioridad. A veces considero las ideas para cuentos como una multitud ansiosa que forcejea y lucha para llamarme la atención. La idea del amo y el esclavo consiguió llamarme la atención una tarde, y bosquejé las primeras tres o cuatro escenas. No podía pasar de allí, y en vez de perder tiempo luchando con ella la dejé a un lado. Uno de los lujos de alcanzar cierto nivel económico es que el escritor puede tomarse tiempo y dar a las ideas amorfas una oportunidad de organizarse en el inconsciente. Muchos escritores trabajan con la pistola en la espalda y están tan presionados por sus deudas que no tienen tiempo para dar lo mejor de sí. Yo también lo he sufrido y lo comprendo profundamente.

Cuando miré mis bosquejos y notas varios meses más tarde, el inconsciente había hecho su trabajo. Comprendí que lo que me frenaba era el hecho de no haber estudiado la conducta criminal del androide; más o menos lo había descrito como un asesino, punto. Ahora me pregunto por qué. ¿Por qué un androide magníficamente condicionado pierde la chaveta? Recordé una no-

ta que había hecho tiempo atrás sobre las estadísticas del delito, relacionando la tasa de criminalidad con la temperatura. (Esto era una década antes que los largos disturbios de verano fueran un lugar común.) "Bien", dije. "El androide rompe su condicionamiento sólo cuando la temperatura supera cierto nivel."

En este punto era posible añadir un misterio a la estructura de persecución. ¿El propietario descubrirá qué le pasa a su androide? Volví atrás, rehice la historia en esos términos, cambiando la ambientación para insertar el recurso de la temperatura, y seguí construyendo. Entonces me topé con otra pared. El propietario sí descubre el secreto. Entonces ¿qué? La historia se diluía. Necesitaba un clímax más intenso. Una vez más guardé las notas para dar al escritor verdadero que vive en alguna parte dentro de mí, la oportunidad de trabajar un poco.

Mucho más tarde estaba hojeando mi Cuaderno de Apuntes, buscando otra cosa, cuando encontré una nota que había hecho sobre la proyección psiquiátrica, transcrita de un libro de Karen Horney. Se trata de casos en que gente perturbada atribuye su propia conducta extraña a los demás.

—¡Eso es! —dijo el escritor ver-

dadero, un oportunista alerta.

—¿Eso es qué? —pregunté—. Estoy buscando notas sobre las costumbres en el Lejano Oeste.

—Ésa es la vuelta de tuerca para el cuento del androide —dijo él—. La temperatura puede romper el condicionamiento del androide, pero el amo es el verdadero criminal. Extrapolaremos el tema de la proyección. Aunque inconscientemente, es el amo quien impone su propia demencia al esclavo.

Dejamos todas las demás ocupaciones, elaboramos un detallado bosquejo escena por escena, y empezamos a caminar. De pronto surgió una idea, que nos obsesionaba desde hacía años, la de contar un cuento desde un punto de vista múltiple. Aquí serían el omnisciente, el del amo y el del esclavo. Ése fue el punto de ignición. La fiebre me dominó y corrí como un loco a la máquina de escribir.

Lo que ustedes acaban de leer es el resultado de todo esto: años de anotaciones, meses de examinar ideas, semanas de bosquejos. Alguien me preguntó una vez cuánto había tardado en escribir "Tiernamente Fahrenheit". Me apoyé para no caerme. "Bien, tardé dos días en dactilografiarlo", dije. ¿Qué otra cosa podía decir?

Liebres

Hay que inventar liebres para poder hacer de nuestra vida un extenso y luminoso día de caza, y para poder decretar que somos cazadores. Pero hay que inventarlas vivas, ágiles, inasibles. Siempre queda, además, la posibilidad de que nuestras liebres inventadas resulten ser idénticas a otras invisibles pero reales, y aún que tengan sus mismos movimientos.

(*Tratados y ejercicios*, © 1967 Universidad Veracruzana.)



CHARLES PLATT

ALFRED BESTER

*Dedicación, inteligencia, desenfado,
agilidad mental: una imagen posible de uno de los
verdaderos maestros del género.*

Ilustración de Carlos Nine

Nueva York, verano de 1970: yo estaba sentado en el cuartucho deprimiente que me costaba treinta dólares por mes, en mi silla de segunda mano, a una mesa que había traído de la calle. Pasaban camiones por la avenida, eructando una humareda diesel. Había chicos portorriqueños en la azotea de mi edificio, golpeteando tamboriles. La radio de un vecino aturdí con la música machacona de la WABC. Pero yo estaba gozosamente desconectado de ese ambiente desalentador, y aun del calor aplastante. Por octava o novena vez, estaba totalmente absorto en la lectura de *Tigre, tigre*, de Alfred Bester.

Cuando terminé el libro y volví a la realidad, deseé, como de cos-

tumbre, que Bester hubiera escrito más. Sólo dos novelas, y un puñado de cuentos en la década del 50: esos pocos trabajos, tan originales y excelentes, lo habían convertido en uno de los nombres importantes y perdurables de la ciencia ficción. Pocos de sus contemporáneos habían igualado su vitalidad y nadie —absolutamente nadie— había igualado su impulso innovador, su sofisticación y su ingenio satírico. Sólo Bester experimentó libremente con la tipografía (en sus dos novelas, y en cuentos como "El hombre pi"), e incluso combinó la primera, la segunda y la tercera personas en una narración con múltiples puntos de vista ("Tiernamente Fahrenheit"). Y sólo él, entre los escritores de

ciencia ficción de su generación, parecía verdaderamente a tono con los medios de comunicación y las artes modernas, el estilo y la moda urbana. Uno presentía que debía de tener contactos en la avenida Madison; que debía de ser un experto en vinos, y que vestiría con elegancia.

De pronto me sorprendió que un innovador tan influyente nunca hubiera recibido demasiada atención de la crítica. Aunque Heinlein y Bradbury habían sido clasificados, catalogados, explorados y criticados hasta el hartazgo, yo nunca había visto una evaluación de la obra de Bester, ni una explicación de por qué había dejado de escribir ciencia ficción.

Sentí el impulso de satisfacer mi curiosidad. No sabía dónde vivía, pero tenía la corazonada de que debía ser en la ciudad de Nueva York. Tomé la guía telefónica de Manhattan. Desde luego, su nombre figuraba. Titubeé, luego disqué el número.

“Hola, habla Alfie Bester”, contestó sin rodeos una voz brillante.

Fue un momento extraño. Una incorpórea figura de autor de pronto se había vuelto real; era como haberse comunicado con Santa Claus.

Le dije quién era yo y, para ofrecer una excusa por la llamada telefónica, mencioné que alguna vez me gustaría entrevistarle para la revista *New Worlds*.

“Desde luego. ¿Cuándo quiere hacerlo? ¿Qué tal ahora?” Era un desafío juguetón, muy neoyorquino, un modo de decir: ¿Habla en serio? ¿De veras quiere hacerlo? Entonces ¿para qué postergarlo? ¿Qué lo detiene?

Así que fui a verlo. Resultó que Bester no sólo tenía contactos en la

avenida Madison, sino que vivía en la avenida Madison. Me embriagó, se despachó un virtuoso monólogo renacentista mechado de diminutivos de celebridades (de “sir Larry” Olivier para abajo), me dio una fórmula sencilla que me convenía usar para escribir el artículo, y me mandó a casa. Desde entonces uso esa fórmula para escribir casi todos mis ensayos, éste incluido.

Han pasado nueve años. Alfie (como lo llamo ahora) se ha vuelto aún más recalcitrante, ligeramente más excéntrico, y no menos desafiante. En realidad, la fuerza de su carácter y su identidad serían insoportables si no estuviera mitigada por su simpatía gentil y cordial. Deberíamos recordar que este hombre no sólo fue el primer innovador de estilo de la ciencia ficción, sino que lo hizo totalmente solo en la década del 50. No lo rodeaba ningún movimiento, cenáculo ni camarilla que le dijera que tenía razón y que sus técnicas eran válidas. Era un extremista solitario cuya clásica novela *El hombre demolido* fue rechazada al principio por “todas las editoriales de Nueva York” porque era tan diferente de lo que se había hecho antes. Se necesita mucha fuerza de voluntad para seguir una carrera así. (Cuando en 1970 le pregunté cómo afrontar psicológicamente las negativas de las editoriales, su consejo fue “¡Beba más!”.)

Y ahora, al principio de la década del 80, aún parece resuelto a seguir siendo un innovador controvertido. Mientras que otros de su generación se han retirado o aplacado, Bester ha vuelto a la ciencia ficción, apuntando alto, rehusando repetirse a sí mismo, y experimen-

tando con métodos heterodoxos cuyos peligros no desconoce. Su trabajo más reciente es una auténtica novela visual que incorpora *collages* e ilustraciones realizadas por él mismo; en cuanto a su próxima novela, dice (con su incorregible manía de citar gente famosa): "Se basa en el viejo concepto filosófico del *anima mundi*, el alma del mundo. En el libro, todo está vivo. Los muebles, los cuadros, la gente, las sillas donde nos sentamos. Me va a dar bastante trabajo. La otra vez hablaba con Steve King [autor de *El resplandor* y otros best-sellers] y se lo comenté. Steve, le dije, el concepto filosófico dice que las flores nos hablan, los muebles, todo tiene esta alma del mundo, y no los oímos simplemente porque hablan con demasiada rapidez o demasiada lentitud. Lo admito, es hermoso, es maravilloso, pero ¿cómo cuernos lo resuelvo tipográficamente? Aún no lo he decidido."

Habla enérgica y jovialmente, usando a menudo la jerga hippie de los años 60, como un sofisticado neoyorquino de esa época que se niega a envejecer. Su regreso a la ciencia ficción en 1974 se produjo después de años de trabajo en la revista *Holiday*: "Había estado diez años en *Holiday*, y me sentía hartito. Curtis Magazines se disolvió totalmente... *The Saturday Evening Post* no se publicó más, y *Holiday* fue comprada por un ridículo empresario de Indianápolis que había amasado una fortuna fabricando delantales de plástico para mucamas. Me pidieron que fuera a Indianápolis. Fui a echar una mirada y decidí largarme. No puedo trabajar con gente de segunda. Y esa gente era de quinta.

"Volví a la ciencia ficción para

ensayar algunos experimentos y afines, y mi primer experimento fue un desastre, como se sabe. Ese maldito libro *The Computer Connection* [titulado *Extro* en Gran Bretaña]. Hay algo vitalmente erróneo en ese libro, y lo supe cuando lo terminé, y no pude solucionarlo entonces, y aún sigo pensando en eso, porque no tiene sentido cometer un error a menos que se comprenda el error para no cometerlo de nuevo. No lo comprendo, así que no puedo aprovecharlo. Es exasperante. Claro que mi pelirroja esposa, y algunas otras personas, dicen: No, no, es mucho mejor de lo que piensas. Y yo digo: Muchas gracias, pero lo considero como la Cuarta Sinfonía de Beethoven. Viene entre la Tercera y la Quinta. Eso espero."

Aunque ha practicado muchos otros géneros y casi todas las ramas de los medios de comunicación, Bester aún conserva una lealtad fundamental hacia la ciencia ficción: "Es el único medio literario que deja un margen de libertad. Uno puede hacer lo que se le antoje. Y sabemos que tenemos un público lector creativo que nos acompañará. Es decir, no se desconcierta con lo inesperado. Ese público puede disentir con lo inesperado tal como lo ofrece uno, pero no se desconcierta, mientras que quien lee constantemente, por ejemplo, revistas femeninas y novelas femeninas, si trata de leer ciencia ficción queda absolutamente apabullado, descolocado, no sabe cómo tomarlo."

Durante muchos años los principales ingresos de Bester han provenido de otras actividades, como los guiones de televisión. Escribe cien-

cia ficción porque le divierte, más que por el dinero:

"Siento una gran pena por tantos escritores buenos, excelentes, que se ganan la vida únicamente con la ciencia ficción y por lo tanto deben producir un montón de bazofia, porque antes se les pagaba muy poco. Afortunadamente no me vi obligado a caer en eso."

Ahora los escritores de ciencia ficción ganan mucho más. ¿Él lo aprueba?

"Sí, es espléndido."

Pero por cierto la comercialización de la ciencia ficción, con editoriales que ofrecen sumas más grandes, tienta aún más a un autor a escribir por dinero y a producir lo que él considera adecuado para el mercado.

"Desde luego", dice él, alegremente. Rehúsa dejarse enredar por mis preguntas, y expone una ingeniosa filosofía *laissez-faire*: "A veces un autor escribe exactamente lo que cree que pide el mercado, y sin saberlo produce una obra maestra. En cuanto a los trabajos chapuceros, comerciales —trabajos serviles, como quien dice— ¿qué mal hacen? La gente que lee en el subterráneo no quiere demasiadas sorpresas, prefiere las historias bonitas y convenientes, y esas historias lo son. Mejor para ellos, mejor para todos ellos, me parece muy bien."

Observo que esa perspectiva parece muy optimista.

"Temo que soy un optimista incorregible. ¿Qué le voy a hacer? Es tan fácil amargarse y preocuparse por cosas como ésa... bien, creo que eso es sólo un síntoma de frustración, nada más, y como yo no tengo demasiadas frustraciones,

me agrada dejar que los demás hagan lo que les venga en gana. Magnífico, sensacional, que se diviertan."

Pregunto quiénes son los escritores que más admira.

"Harlan Ellison es el mejor. Aun cuando Harlan se equivoca, me gusta todo lo que hace. Siempre se propone correr riesgos, hacer algo diferente, sorprender. Es como Heinlein. Una vez le pregunté a Robert cómo escribía. Y él me dijo: Te diré lo que hago. Es como si pasara un hombre por la calle; estiro los brazos, le aferro las solapas, lo arrastro a un zaguán y lo sacudo hasta que le castañetean los dientes. Y eso es lo que hace Harlan, y lo admiro muchísimo."

"Hay un maravilloso escritor llamado Ballard... ¿Cómo es, A. G., E. G. Ballard? Por Dios, cómo escribe ese hijo de perra. Ha escrito algunos cuentos que a mí me gustaría haber escrito. Hay uno que se llama «Las voces del tiempo». Caramba, es sensacional. Yo no le encuentro ningún sentido, pero me fascina absolutamente, es magnífico. Y por supuesto *El mundo de cristal* es una novela increíble."

"Brian Aldiss. Brillante, demasiado brillante. Con Brian hemos discutido siglos por esa razón. Siempre le digo: Brian, si yo no te entiendo la mitad del tiempo —y de veras no lo entiendo— ¿cómo esperas que te entiendan tus lectores? Pero Brian no puede con su genio de la brillantez, no sé por qué. Creo que su mejor novela fue *Invernáculo*. Cuando Bob Mills dirigía *Fantasy and Science Fiction*, recibió el manuscrito y estaba muy preocupado. Me lo mandó y me preguntó si debía publicarlo o no."

Lo leí y le dije que si no lo publicaba era un imbécil, porque era una de las cosas más grandiosas que se habían escrito. Pero es tan diferente, dijo él. Exactamente por eso, dije yo. Creo que muchos de los que empezaron conmigo —no quiero mencionar ningún nombre— se han estado repitiendo una y otra vez, lo cual me parece criminal, o bien han perdido su energía, su impulso. Y algunos de ellos, por suerte, optaron por dejar de escribir. Y eso me apena." Parece turbado por el rumbo que ha tomado la conversación. "Demonios, no sé qué decir."

Sugiero que él parece situarse un poco aparte del resto de la ciencia ficción, como si fuera un mundo donde él no encaja del todo.

"Es verdad. En Brighton [en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de 1979] me sentí totalmente desubicado y turbado. Esto es difícil de decir, porque me acusarán de esnobismo; pero lo cierto es que mi ambiente es el mundo del espectáculo: los estudios, el teatro, las editoriales, la revista *Holiday*, que en un momento dirigí. En consecuencia, mis colegas de la ciencia ficción —no daré nombres— a veces me parecen un poco adolescentes, y sus bromas [en la Convención] parecían bromas de club estudiantil, y los aficionados con sus disfraces y su maquillaje parecían niños grandes, así que por cierto me sentí fuera de lugar. Dirán que soy un snob, pero lo cierto es que todo eso se me escapa, y me cuesta ponerme a tono." Hace una pausa, casi con timidez. "Por lo tanto, bebo demasiado." Y ríe.

"Las pocas veces que hablé con los muchachos [en la Convención]

los encaré sin vueltas. Les hablé en forma lisa, llana y realista... por ejemplo, Peter Benchley apareció con un cuento que había escrito en Washington sobre los tiburones, y nadie lo quería en la oficina de *Holiday*, y yo era nuevo en la oficina, y me gustaba. Libré una violenta batalla con el director de arte y mi jefe, peleé por eso, y lo aceptaron. Luego vino Peter, y lo encaré a él. Peter, le dije, esto es magnífico, pero es el primer capítulo de una novela. Ahora bien, ¿piensas seguir trabajando en él y terminar esa maldita novela, o prefieres seguir así, vagando de aquí para allá y escribiendo cosas sueltas para *Holiday*? De ese mismo modo les hablé a los muchachos de la Convención. Bien, Peter siguió mi consejo y continuó trabajando en eso, y el resultado, como todos saben, fue *Tiburón*. Por lo cual no me adjudico ningún mérito; simplemente lo uso como ejemplo del modo en que hablo a mis colegas en un nivel profesional, y del modo en que hablé con los muchachos en Brighton. No sé si los muchachos me entendieron en Brighton, pero uno tiene que poner empeño."

Y él siempre está poniendo empeño; tratando de superarse, en sus ficciones, al extremo de que a veces parece haberse impuesto el deber de ser deslumbrante y memorable. El resultado podría ser embarazosamente pretencioso si no estuviera siempre acompañado por tanto encanto y por una autocritica tan rigurosa.

"Soy mi corrector más severo", dice Bester. "Soy mi crítico más severo. Soy un hijo de perra cuando se trata de mí. Mi padre, que nació y se crió en Chicago, nunca apren-

dió a hablar bien el inglés del Este, hablaba en inglés de Chicago, siempre pronunciaba mi nombre «Alfoord», y cuando se enojaba conmigo me decía [Bester adopta una voz profunda y solemne]: «Alfoord, ¿y ahora qué has hecho?» Cosas por el estilo. Pues ahora uso eso para mí mismo, cuando me dejo estar. Me miro y me digo: «Alfoord, tienes que hacerlo mejor la próxima vez, Alfóord.»

En este momento hay una pausa, mientras trato de decidir qué tipo de preguntas le haré a continuación. Bester toma esta pausa como un síntoma de cansancio. “¿Qué pasa? ¿Lo dejé sin gasolina?”, exclama alegremente. “¡Vamos!” Creo que le gusta el hecho de que doblándome en edad (nació en 1913) tenga la misma agilidad mental, o más.

Le pregunto cuáles eran sus ambiciones cuando inició su carrera de escritor. ¿Imaginaba que terminaría siendo famoso? ¿Apuntaba a eso?

“Era un aprendiz tratando de perfeccionar mi oficio, eso es todo. Empecé escribiendo para revistas baratas, policiales, ciencia ficción, aventuras... Escribía para una revista llamada *South Sea Stories*. ¡Vaya, mis historias de los mares del sur eran algo increíble! Y luego, un par de editores míos fueron absorbidos por esa novedad que eran las revistas de historietas, donde había una necesidad desesperada de escritores. Era un medio nuevo, un desafío nuevo. De allí pasé a escribir anónimamente *Mandrake el Mago* y *El Fantasma* para Lee Falk durante un par de años, y de allí pasé a la radio. Para entonces ya estaba adiestrado para comprimir y escribir con precisión.

Claro que la simplicidad y la comprensión me obsesionan, y eso a veces me bloquea.”

Observo que uno de los peligros es simplificar excesivamente la narración, especialmente a los personajes y sus motivaciones.

“Sí, a veces. A veces condenso demasiado, y simplifico en exceso. Pero yo escribo dos, tres, cuatro, cinco o seis borradores. Les echo otra mirada y digo: demasiado rápido; ahora tómallo con calma.”

¿Cuál reacción esperaba idealmente de sus lectores?

“Sólo quiero entretenerlos, de modo que cuando hayan terminado digan: ¡Demonios, hurra, vaya, qué locura! Y luego sigan haciendo lo que hacen habitualmente.”

Y sin embargo la obra de Bester siempre parece encerrar un mensaje. Por ejemplo, señalo, el final idealista de *Tigre*.

“Ése es uno de mis grandes dolores de cabeza. Recuerdo que una vez lo comenté con Paddy Chayevsky [el autor de *Estados alterados*] después que él terminó *El décimo hombre*, que se ponía un poco filosófico al final. Paddy, le dije, sé por qué lo hiciste, llegas a cierto clímax y no hay modo de encontrar una salida, excepto mística. ¿Hay otro camino, Paddy? Yo no he podido encontrarlo. Yo tampoco, me dijo, tienes que ponerte místico, no hay caso. Y tiene razón.”

Esta explicación simplista e irreverente no me convence, porque presiento que Bester está reescribiendo la historia, negándose a tomar sus viejas obras tan seriamente como antes. Destaco que cuando le hablé en 1970 sobre el clímax de *Tigre*, *tigre*, y su mensaje, me dijo que él creía sinceramente en ese mensaje.

Pone cara de compungido. “Bien, he olvidado el mensaje. ¿Cuál era?”

Le recuerdo que en el clímax el héroe distribuye una superarma entre la gente común, diciendo a todos que ahora pueden trascenderse a sí mismos.

“Bien, tal vez lo creía entonces. Ahora no sé. Tengo una gran fe en la gente por una parte, pero por la otra creo que hay muchos idiotas sueltos. Quizá ahora estamos buscando un nuevo sistema educacional que ayude a la gente a crecer más, no sé. Al menos, al pueblo norteamericano. No puedo decir nada de la Europa continental, ni de Inglaterra; quizá allí sean mucho más adultos de lo que somos en Estados Unidos, donde las tres cuartas partes de nosotros somos niños, niños ilusos.”

En este momento toma el micrófono de la mesa que está entre nosotros, y lo cambia de posición. “Ahora permítame interrogarlo a usted.” Es festivamente agresivo, y eso me recuerda que una vez me contó que suele recurrir al “ataque-huida”: huir de un problema atacándolo.

Me opongo diciendo que aún no he terminado de entrevistarle a él. Él desdena mis objeciones. Pasó buena parte de sus diez años en *Holiday* haciendo entrevistas, principalmente a celebridades. Tiene mucha más experiencia que yo en esto. Me encuentro en la posición de un cineasta tratando de fotografiar a Orson Welles.

Bester empieza con un interrogatorio sobre las personas que he entrevistado hasta ahora, y mis técnicas para entrevistarlas. “¿Cómo se las arregla con los que sólo res-

ponden sí o no?” (Le digo que no tengo ese problema, pues la mayoría de los escritores se expresan con mucha claridad y soltura, tal como él.) “Ahora bien, el problema más serio cuando se entrevista a personas que han sido entrevistadas muchas veces es que tienen respuestas prefabricadas para todo, y yo necesito por lo menos dos entrevistas para superar ese escollo y llegar a lo esencial. ¿A usted le pasa lo mismo?” (Digo que la mayoría de la gente con la que he hablado no ha sido entrevistada tantas veces, con la excepción de Kurt Vonnegut, cuyas respuestas aún no he comprendido del todo.)

En medio de esto, yo insisto en volver el micrófono hacia Bester, y él insiste en volverlo hacia mí. Es ridículo. Por último lo pongo en una posición intermedia, y él lo acepta como una solución de compromiso.

“A mí me parece mejor establecer una suerte de puente de interés común con el entrevistado—continúa—, sea lo que fuere.” Me da la impresión de que está por revelarme su fórmula para entrevistas, tal como una vez me reveló su fórmula para escribir ensayos. “El puente más raro que se estableció conmigo fue cuando estaba entrevistando a Kim Novak—prosigue—. Alguien le había prestado un departamento en Nueva York, en el East Side, y yo fui allá dos o tres veces y todo era muy discreto y cuidadoso; ella se portaba con toda corrección. La última vez que fui allá, a las tres o cuatro de la tarde, ella puso unos discos. ¿Quieres bailar?, dijo, vamos. Así que bailamos quince o veinte minutos. Y después de eso todo anduvo de perlas. Me desper-

tó curiosidad; volví a la oficina de *Holiday* y conté lo ocurrido. ¿Por qué?, preguntaba yo. Me dijeron que era el único modo en que ella podía tantearme, comprobar si yo era un buen tipo, con un poco de contacto físico. Ella era una muchacha sencilla, igual que una estudiante de Chicago. Pero como consecuencia de haber vuelto a la oficina y contar el incidente, por supuesto quedaron convencidos —¡erróneamente!— de que yo me había acostado con Kim Novak. Vamos, amigos, les dije. Es tan poco profesional, nunca podría hacerlo.”

En la actualidad, las entrevistas están alejando a Bester del mundo del espectáculo para internarlo en el campo de la ciencia. La revista *Omni* le ha dado una lista de premios Nobel para que hable con ellos. Dice que es mucho más difícil concertar una cita con un científico eminente que con una personalidad que quiere publicidad; pero lo está haciendo.

Observo que nunca parecen faltarle nuevos proyectos, y nuevos intentos en general. Me da la ra-

zón: “Siempre busco nuevas aventuras. Por ejemplo, fuimos al Royal Albert Hall, yo nunca había ido a un concierto allí; fue maravilloso. O recuerdo que en París, el año pasado, pasamos por un lugar donde estaban perforando la calle, rompiendo los adoquines. En mi francés chapurreado, dije que me gustaría probar, así que el hombre me alcanzó el aparato y perforé una calle de París. Hay que intentarlo todo, siempre hay nuevas aventuras en puerta, sólo hay que tener la voluntad para correr el riesgo de ponerse en ridículo, algo que yo hago todo el tiempo.”

¿Planea retirarse alguna vez?

“¿Retirarme? Sí, quiero morir con la cabeza en la máquina de escribir. Así es como pienso retirarme. Arthur Clarke me dijo que él piensa retirarse, y que sólo se dedicará a la fotografía submarina. Arthur, le dije, tú y tu fotografía submarina. ¡Ridículo! Vé a escribir otro libro.

“Pero no quiso escucharme.”

(Londres, setiembre 1979.)

Título del original en inglés: *Alfred Bester*. Del libro *Dream Makers*.

© 1980 by Charles Platt. Traducción de Carlos Gardini.

Cazadores

En la región son bien conocidos los fusiles. En realidad podría decirse que hay por lo menos uno en cada casa. Y eso se explica, porque el lugar es peligroso. Tanto que se suelen emplear armas muy perfeccionadas, automáticas. Sin embargo hay un grupo de personas que sostiene que a los leones se les debe cazar con lanzas, y dedican buena parte de sus vidas a pulir duras maderas preciosas que trabajan con cuchillos y decoran con tierras blancas y rojas. Son muy respetados. Cuando andan por las calles, solos o en grupos de dos o tres, con sus lanzas en las manos, los demás se inclinan y les abren paso. Es a ellos a los que se les consulta para los asuntos graves y, especialmente, para saber de las costumbres de los leones. Ellos informan de todo afable y generosamente. Dos veces al año algunos de entre ellos —dos o tres— salen con sus lanzas al campo para cazar leones. Nunca vuelven. Nadie se extraña de ello: siempre sucedió así.

(Tratados y ejercicios, © 1967 Universidad Veracruzana.)

RAÚL ALZOGARAY

UNA FLOR LENTA

*Apuntes sobre la
vida y las leyes que gobiernan
el bosque.*

Ilustración de Kike Sanzol

*Para Alicia, que supo
atravesar el muro.*

Mi nombre es Jeni.

Ahora que Anet se ha ido, ellos me pidieron que escriba.

Deslizo la pluma impregnando con tinta las páginas de este inmenso libro que soporta el peso de sucesivas narraciones que se marchitan en la aséptica seguridad del sótano cuya única llave poseo; no puede ser de otro modo, ya que soy la más antigua de la casa: llegué antes que cualquiera de mis actuales compañeras, aunque después de Anet, por supuesto. Ignoraba la existencia de este libro. Anet no estaba autorizada a revelarla; tampoco yo lo estoy. Tiene tapas duras del color de la tierra húmeda, sus hojas compiten en grosor con el ala de una mariposa y su número, con

toda seguridad, supera largamente la suma de las luces celestiales. El libro nunca ha sido cerrado; talladuras en madera lo sostienen ligeramente inclinado para facilitar la tarea de quien escribe. Ellos me pidieron que no lea nada que no haya sido escrito por mí. La pausada caligrafía que agobia el macizo de páginas sobre el que descansa mi brazo cuando trazo estos signos, está vedada a mi vista. Así debe ser. Desconozco la finalidad del libro. Ni siquiera sé con precisión qué es lo que debo apuntar en él. Pero eso no tiene importancia. Quizás sea conveniente que comience enumerando lo que sucedió hoy. Vine al sótano al amanecer para ver si todo se encontraba en orden en esta pri-

mera jornada. Anet ya no estaba. Subí al dormitorio y comprobé que habían concluido los preparativos para deshacerse del bebé. Ami había cobijado a la pequeña en su vientre el largo período necesario para que se desarrollara y pudiese salir de tan opresivo encierro. Nada anormal se produjo durante la espera. Nada, como si se tratara de un calco de las veces anteriores. No era menester continuar esperando, de manera que nos instalamos a una distancia conveniente, a la espera de que Ami actuara. No obstante el silencio guardado en lo relativo a este instante, hacía mucho que sabíamos que llegaría, porque todas habíamos pasado por él. Aún persisten en mi piel las agradables sensaciones, el anhelo vehemente de procrear un ser, de sentir cómo se alimenta de una, se fortalece, se unifica. Algo se quiebra en mi interior al recordararlo. Ami fue muy valiente y se desempeñó como le había sido indicado. No quiero decir que se haya mantenido insensible a lo que realizaba; las lágrimas apenas contenidas amenazaban anegarle el rostro, y sus dientes se mantenían ferozmente apretados, pero ella estaba convencida de que ése era el camino correcto, de modo que la criatura se marchó sin soltar un solo gemido. Llevamos el cuerpecito deforme al sitio convenido, bosque adentro: tanto caminamos que en la distancia creí divisar el muro descolorido, asomándose por entre las grietas de la vegetación. Al mediodía Ami recibió el castigo correspondiente y, tan pronto terminamos de ejecutarlo, huyó a refugiarse de nuestra presencia. Toda la tarde oímos los gritos desgarrado-

res que Ami era incapaz de contener. A sabiendas de que no debíamos acudir en su ayuda, optamos por encerrarnos en el dormitorio, tapándonos los oídos en un intento de mitigar el dolor y la impotencia.

Ami tuvo anoche una pesadilla. Despertamos y la descubrimos corriendo por la pradera, casi invisible a pesar de la luna enorme. Nos apresuramos a seguirla. La perdimos de vista, y nos demoramos en vano en la pradera. Finalmente nos separamos para explorar un área mayor. Vagué apesadumbrada sobre la alfombra humedecida y verde, bajo la bóveda negra sembrada de candiles; un ave alzó vuelo a mi paso, batiendo las alas con una suavidad esponjosa. Hallé a Ami arrodillada, los puños presionando con dureza las rodillas violáceas, la mirada perdida mucho más allá de cualquier punto concebible. Me despoje de la túnica que pendía de mis hombros y la cubrí con ella. La brisa fría se enredó en mis muslos descubiertos, provocándome un involuntario estremecimiento. Cuando retornamos a la casa supe que yo era quien más se había demorado en la búsqueda. Las demás se movían ansiosas en la escalinata de la entrada principal, y al vernos se nos acercaron corriendo, ahogando contenidas exclamaciones de júbilo. Preparamos una de las camas más grandes, y nos acostamos muy juntas. Antes de dormirnos, los abrazos y el llanto se trocaron en risa.

He oído que, mucho antes de mi llegada, la casa bullía de vida. Casi todas las habitaciones estaban ocupadas. Me emociona imaginar tal vitalidad, hoy perdida. Los cons-

tantos ires y venires, puertas que se abren y se cierran, un murmullo ininterrumpido. Todo sería muy diferente, sin duda.

Sili cree que las antorchas que brillan en el cielo nocturno son mundos como éste. Ella afirma que el muro que vemos es sólo la parte superior de un cuenco inconmensurable que contiene la llanura, el bosque, la casa y a nosotras. En el cielo hay, entonces, infinitos cuencos similares en los que se tornan reales las más insólitas variantes imaginables, y a ellos somos conducidas al irnos de aquí. Un recorrido sin fin.

El muro —cubierto en gran medida por un musgo blando y resbaloso— es bastante más alto que cualquiera de los árboles que conocemos. Cada roca que lo constituye tiene unas dimensiones que no titubeo en comparar con las de la casa. Se nos ha dicho que el muro carece de principio o fin, aunque hace mucho, en la creencia de que era circular, se realizaron intentos de recorrerlo. Imposible conocer lo sucedido.

Alois acostumbra transplantar los brotes de su jardín a los límites del bosque una vez que alcanzan la altura adecuada. Así reemplaza los árboles que dejan de crecer y se deterioran convirtiéndose en una estilizada costra petrificada. Estas plantas que dejaron de ser no abundan. En una ocasión me interné como no lo había hecho nunca. El número de árboles normales disminuía con rapidez a medida que avanzaba, sustituidos por los otros; de pronto me encontré en un yer-

mo en el que únicamente se erguían los macabros restos arbóreos. Me asusté y corrí hasta perder el aliento. Esta mañana Alois nos comunicó entusiasmada la aparición de una flor. La noticia nos alborozó, pues ninguna de nosotras había visto una antes: son demasiado infrecuentes. Formamos un círculo en torno del rebosante capullo cuya cáscara resquebrajada cedería enseguida, y entonamos una dulce tonada para arrullar esa nueva vida que nos ofrecían. Los pétalos se desplegaron con timidez. La flor era rosada, saturada de motas violáceas, y nos pareció horrible, embebida en algún tipo de maldad. Alois se le acercó venciendo la repugnancia, la arrancó con violencia y, tras arrojarla al piso, la pisoteó mientras nos aléjábamos cabizbajas.

Contemplando el firmamento me he convencido de que todo él es un enorme cristal, un ventanal similar a los de la casa, y por él nos observan seres indescritibles que viven, sufren y aman.

Esto es de Poli: Al principio nada había. El mundo era una interminable llanura sumida en la oscuridad. Entonces llegó Ella y su sola presencia iluminó la inmensidad. Ella sembró la tierra, colocó cada piedra del muro, plantó cada árbol y tachonó el cielo de luminosidad. Por último creó a la primera de nosotras y se retiró, satisfecha de su obra.

Mascota suele caminar en dos patas a menos que el apuro la lleve a usar las cuatro que posee. A menudo me parece que hay algo que

desea comunicarme, pero tiene dificultades para expresarse. Sin embargo conoce una peculiar manera de hacerme partícipe de sus estados de ánimo. Un débil vibrar de las orejas indica alegría, una contracción de las comisuras de los labios me habla de su tristeza. Alegría y tristeza. La existencia consiste en una monótona ascensión por estos dos escalones que se repiten incansablemente alternados. La alegría de vestirnos de sol por las mañanas y de luna en las noches, la tristeza de encontrar un nido caído rodeado de inmóviles pichones. El color del sol es el de las hojas más tiernas de las germinaciones que asoman en la tierra, un tono que es muchos y ninguno a la vez. La luna es del color de las hojas maduras, una tonalidad muy intensa. No hay dos pájaros del mismo color. Una vez caídos alimentan las raíces que sustentan el follaje que no pudo darles el abrigo adecuado, y las ramas secas se desploman sobre los sitios donde ya desaparecieron los pequeños montículos.

Esto fue contado por Anet en una espesa tarde de lluvia helada: Una de nosotras (su nombre fue olvidado), hallándose cerca del muro vio que alguien estaba parado sobre éste ejecutando gestos frenéticos. Posteriormente se mencionaron hasta el cansancio los marcados rasgos que nos diferenciaban de él. Tenía el pecho plano, una maraña de cabellos desfiguraba sus contornos y una protuberancia sin sentido abultaba su entrepierna; en lo que hace a estas descripciones, hubo diversas interpretaciones no siempre concordantes. El ser gesticuló un largo rato y, acto seguido, se puso a

descender el muro comportándose igual que los diminutos habitantes del bosque que construyen sus refugios en las copas. Lo hizo bien, pero de pronto perdió el equilibrio y cayó desde una considerable altura. Dicen que tenía manos como garras, con tres dedos, orejas ligeramente puntiagudas y prácticamente carecía de nariz. Así fue descrito por las observadoras, que no se aproximaron demasiado. Quieto, tendido en las rocas, retorcido y embaldurnado por una sustancia rosada que se reseco, fueron a verlo en repetidas ocasiones hasta que la piel, como una hoja caída, se le ennegreció despidiendo un olor desagradable. Lo abandonaron y no volvió a saberse de él.

La casa tiene tres pisos. El dormitorio está en el segundo; es muy amplio, y sus ventanas, festoneadas por pesadas cortinas, nos permiten observar tanto la arboleda como el llano que se extiende en dirección opuesta. Allí vivimos: comemos, dormimos, jugamos. En el cuarto contiguo, más reducido, se encuentran las instalaciones de aseo: bañera, piletón y retrete. Tiene solamente un pequeño ventiluz próximo al techo por el cual no se puede ver gran cosa. La biblioteca está en la planta baja y ahora sé que alberga los lomos que alguna vez contuvieron libros que ya no pueden ser leídos, los ventanales dan al jardín, la chimenea no parece haber sido usada. El resto de la casa permanece abandonado (excepto el sótano). Raramente nos molestamos en transitar los pasillos y piezas donde el polvo se acumula mullidamente.

Sucedió por la noche. Las noches

son cómplices de las emociones más hondas, mudas testigos de heridas y desconciertos. En los últimos tiempos Sili insistía en vestir permanentemente su túnica, contrastando con la desnudez a la que estamos habituadas. Las manchas se aprestaban a completar su trabajo, por eso respetamos la decisión de Sili. La tarde anterior se había ido a dormir temprano. No volvió a moverse hasta la medianoche, cuando empezaron los quejidos. Acordamos turnarnos para velar a su lado, para que en forma continuada una mano sostuviera la suya o despegara su frente. No fuimos capaces de conciliar el sueño; no habíamos podido hacerlo con Anet, ni con las otras. Intentamos hacerle notar que no la abandonaríamos, pero ya comenzaban a esfumarse los vínculos que la relacionaban con cuanto la rodeaba. Me adormecí. El sol, alto en la ventana, jugueteó en mi cabello, deseoso de atenuar la inevitable noticia que no necesitaba recibir porque podía anticiparla. Sili, oculta bajo las sábanas que otrora cobijaran su reposo, había emprendido el viaje. Me incorporé y, entre todas, cargamos el cuerpo y lo depositamos en el sótano, en la mesa designada. De inmediato me asaltó el espectro de Anet y me sentí muy mal. Nos retiramos sin llorar. Cada acto pertenece a la normal sucesión de acontecimientos, que no pueden ser modificados. Así debe ser.

Los hechos se suceden sin pausa y se desmoronan sobre nosotras, que los recibimos con abnegada resignación; ninguna defensa es válida. ¿Existe una entidad superior responsable de esta absurda conca-

tenación? ¿Alguien a quien agradecer los destellos de felicidad, a quien reprochar los súbitos dolores? Releo las frases recientes y me asombra que provengan de mi pluma. Incluso no concibo que se me hayan ocurrido. Si soy lo que soy, las cosas son como deben ser. Así es.

Según Alois, nuestros retoños son demasiado puros e inocentes para habitar este lugar. Por ese motivo las pobrecitas se empeñan en crecer con anomalías que nos obligan a dejarlas partir hacia remotas regiones que escapan a nuestro entendimiento.

El sótano es un laberinto repleto de puertas que conducen a lugares ignotos. Tengo el acceso restringido; puedo atravesar la puerta que traspusimos dobladas bajo el cuerpo de Anet y, más recientemente, de Sili; la puerta tras la cual, cada mañana, cada mediodía, cada atardecer, recojo los alimentos; la puerta que custodia el libro y algunas otras. Las paredes reflejan la luz que sale de ninguna parte y en ellas veo mi imagen.

Se ha repetido el ciclo. Un mecanismo invisible nos permite olvidar las cosas desagradables y, cuando éstas se repiten, la sorpresa es tan grande como la primera vez. Amaneció sin que un solo sonido nos saludara desde el exterior. Nos miramos unas a otras y supimos que aquello estaba ocurriendo. Mis sentidos alertas registraban las impresiones más sutiles. Ocupamos la mayor parte del día recogiendo los cientos de pájaros que yacían por doquier: alrededor de la casa, al pie de los

árboles, ocultos por arbustos y matorrales, en el pasto. Llenamos numerosas bolsas y las arrastramos al sótano para que ellos se encargaran.

Las manchas acostumbran aparecer rodeando los frágiles cálices en que culminan nuestros senos. Primero poco perceptibles, crecen con rapidez tiñéndose de un tinte violáceo que resalta vivamente sobre la piel rosada. Surgen luego manchas aisladas en distintas regiones del cuerpo, y se entregan a la ardua labor de extenderse como intrincadas telas de araña, sin causar dolores ni molestias. Se limitan a marcar una cadencia, son los mojonos que señalan la proximidad de la partida.

Lamento no haber interrogado a Anet acerca de los libros. Me pregunto si habrá tenido oportunidad de leer alguno. Yo no. Anet era muy parca, y siempre tenía un secreto para revelar en las ocasiones especiales. Se la veía constantemente abatida por causas que quizá estoy empezando a comprender. Nunca me atreví a abordarla al respecto. En mi primera incursión a la biblioteca me sorprendió el impresionante tapiz de libros que ocultaba las paredes, de rincón a rincón, del suelo al techo. Volví con regularidad a admirar los estantes colmados sin atreverme a tocarlos, pues se me antojaban inexplicablemente envueltos en un halo sobrenatural, cuya violación acarrearía funestas consecuencias. En una de tantas visitas, especialmente armada de coraje, extendí un brazo tembloroso y, asiendo un volumen del anaquel más inmediato lo retiré

con precaución; por algún motivo temía que se derramara su contenido. Eso fue lo que sucedió. Una finísima lluvia de polvo descendió sobre la alfombra, extendiéndose a mis pies en una inestable loma. Lo mismo ocurrió con el siguiente y con el que siguió a éste. Las duras tapas se adelgazaban, impotentes, al ser atenzadas por mis dedos. No quiero regresar a la biblioteca.

Mi pasado es una noche sin luna en la que las estrellas caen convertidas en gotas de rocío mientras sueñan en vano con que un sol inexistente las evapore haciéndolas subir hasta sus posiciones originales. Mi vida es una flor lenta apenas rozada por el beso de una mariposa nocturna.

Ellos nos someten al tratamiento en el mismo recinto al que fuimos conducidas cuando implantaron en nuestros vientres la semilla de vida. El tratamiento es esporádico y no parece seguir un patrón determinado. Hoy fue mi turno. Me colocaron en un estrecho cubículo transparente y cilíndrico que fue inundado por una oscura niebla amarilla que me impidió ver en derredor y provocó ardor en mis ojos. La niebla se espesó ofreciendo al tacto una sensación de solidificación, mis pies se separaron del suelo y floté y desperté en la sala solitaria sin que otros detalles acudieran a mi memoria. Después sufrí breves mareos. Soy la misma de antes, no me siento ni mejor ni peor.

Detrás del muro, dice Nati, existen todo tipo de mundos. Mundos que no sería correcto que se mez-

claran con el que habitamos, por eso el muro los contiene en el lugar que les corresponde. Una función muy adecuada.

Me preocupan hechos que, aparentemente, pasan inadvertidos para mis compañeras. Venzo la tentación de transmitírselos diciéndome que resultaría inútil introducir en sus vidas problemas que no pueden ser resueltos, para los que no existe solución. También considero la posibilidad de que sí se planteen esas cuestiones y las callen por razones idénticas a las mías.

Acaricié largamente a mascota. Se obstinaba en acompañarme a dondequiera que fuese; estoy segura de que presiente la separación inminente, mi pobre pequeña. A la tarde, en la soledad del dormitorio, me demoré buscando ínfimas zonas de piel rosada que ya se oscurecen, ninguna mayor que aquel pimpollo, aquella mañana. Mi cara invadida. Lloré. Durante la comida aumentó mi tensión. Alguien preguntó a Alois algo referente a los brotes, a lo cual respondió que estaban muy bien y que pensaba que en breve se produciría otra floración. Iba a añadir algo pero se interrumpió con brusquedad al cruzarse su mirada con la mía. Creo saber lo que iba a decir. Comprendo su silencio.

Hoy me sentí excesivamente deprimida. Tendré que irme, y no volveré a ver el cielo ni el bosque ni la tierra que los sostiene. Caminé sin rumbo, notando cómo mi corazón se vaciaba y el vacío dolía. Me detuve a escuchar los melodiosos trinos que venían de lo

alto. Una acogedora calidez se apoderó de mi mano. Era Poli. Nos contemplamos durante un instante en el que el orden natural se detuvo. Aprendí en ese lapso que una mirada sincera puede desnudar lo más íntimo de nuestra esencia, lo que supera lo visible. No necesitábamos palabras: los ojos se hablaban mutuamente con una plenitud que no hubiera podido ser igualada de otra manera, y un gozo sin fronteras rebosó mi corazón devolviéndome sentimientos que consideraba definitivamente perdidos. Poli me condujo por senderos sinuosos y borrosos paisajes erigidos dentro de un sueño. En un claro techado por anudadas enredaderas nos dejamos caer confundidas en un abrazo. Poli me acarició con ternura, y mi respuesta no se hizo esperar. Besó mis pechos mientras cada porción de nosotras se afanaba en propagar un mensaje que yo creía agotado, y el bosque palpité adaptándose a las contorsiones, y la hierba y la tierra desmenuzada se sumaron al ondular. Todas éramos una. Teníamos mucho que entregar, y lo hicimos a través de labios, lenguas y dedos. Jugamos hasta quedar rendidas. Poli se adormeció en mi regazo. Le agradecí con todo mi ser el calor que me había dado cuando tanto lo necesitaba. Ya no me afligía la partida; las indelebles huellas que quedaban en mí eran suficientes para reconfortarme.

Ya no hay zonas rosadas en mi piel. ¿Será esta noche? ¿La próxima? ¿Serán estos los últimos párrafos que escribo? ¿Qué pasará conmigo al terminar lo que se acerca? El sol brilla después de la tor-

menta: ¿brillará también cuando concluye la tempestad de los espíritus? Quiero pensar. *Necesito* pensar. Voy al bosque.

Me llamo Poli.

Jeni se ha ido, y ellos me pidieron que escriba en este libro.

© 1983, Raúl Alzogaray.

Decir

No tienen historia ni conservan noticia ni palabra alguna del pasado. Casi podría decirse que no tienen lenguaje. Sin embargo a nada dan tanta importancia como a proferir, inusitada y repentinamente, un vocablo. El que lo dice lo pronuncia afirmativamente y suele acompañarlo con un gesto de dominio y esplendor. Quienes lo escuchan asienten con gravedad, se dispersan después y lo olvidan para siempre. Otro, de pronto, se detiene, y en torno de él se agrupan de nuevo los demás. La palabra que entonces oyen es otra, pero creo que no les importa la novedad; sin duda saben que ésta no es más que la condición necesaria de todo decir, y que, en cambio, lo que verdaderamente importa es sólo aquella articulación que vive detrás de la novedad y que se realiza en el mismo empeño de perderla para recomenzar. Y acaso —no sé—, ni siquiera recomiencen, y si sólo digan, desde siempre, una sola palabra, única y total, capaz de atesorar noches y días, luciérnagas y esplendores solares, las múltiples formas de los bosques, el hombre herido, el mudo ardor secreto del amor, toda la tierra.

(*Tratados y ejercicios*, © 1967 Universidad Veracruzana.)



PABLO CAPANNA

CORDWAINER SMITH: EL HOMBRE Y EL AUTOR

*Aspectos poco conocidos de la vida de Paul Linebarger
que de algún modo explican los símbolos
más perdurables de la obra de "Cordwainer Smith".*

Ilustración de Carlos Nine

Los últimos años de Paul Linebarger

Entre 1950 y 1952 Linebarger estuvo en Corea como asesor técnico del Octavo Ejército. Allí, nuevamente, tuvo que poner en juego su profundo conocimiento de las mentalidades asiáticas.

Miles de soldados chinos, imbuidos del concepto tradicional del honor, preferían morir antes que admitir que iban a rendirse. Linebarger ideó entonces un nuevo volante de rendición, similar a los que había redactado durante la Segunda Guerra Mundial. Constaba de unas palabras chinas ("amor", "deber", "humanidad" y "virtud") que, pronunciadas en ese orden, so-

naban como *I surrender* (me rindo).

Esta estratagema le permitió salvar muchas vidas, sin que el enemigo se sintiera humillado. Linebarger le atribuía tal importancia que la consideraba "el acto más valioso que había realizado en toda su vida."

Al finalizar la Guerra Mundial era mayor. Luego de Corea pasó a la reserva, aunque continuó ligado a los servicios de inteligencia (*Operations Research Office*), ascendiendo hasta el grado de coronel antes de retirarse.

No cabe duda que, de no haberse retirado del servicio activo, hubiese hecho una gran carrera militar. En cambio prefirió volver a la cátedra y la investigación, y en 1959 llegó a ser decano de la escuela de Estu-

dios Avanzados de Johns Hopkins.

No sabemos cuáles fueron los motivos que le hicieron cortar la carrera militar. Había superado la crisis psicológica de "Kirk Allen", iniciaba una nueva vida conyugal y comenzaba a manifestarse como "Cordwainer Smith".

Quizá debamos buscar las explicaciones en un pasaje del cuento "Bajo la Vieja Tierra", el último publicado durante su vida y en el cual preanuncia su propia muerte.

El Señor Sto Odin viaja en un palanquín llevado por dos robots que van vestidos como legionarios romanos, "simplemente por el capricho de trasponer el límite de la historia en busca de compañía". En los robots habían sido impresas dos personalidades humanas "importantes, útiles y muertas hacía mucho tiempo".

"El primer legionario, Flavio, había sido jefe de la Catorce-B de la Instrumentalidad, una división de espionaje tan secreta que, aun entre los Señores, pocos eran los que conocían exactamente su ubicación o función. Era (o había sido) el director de investigación histórica de toda la especie humana".

Convertido en máquina, Flavio sólo podía ser activado cuando su amo pronunciaba una simple frase en latín, cuyo significado nadie más entendía: *Summa Nulla Est*.

"El otro legionario, Livio, era un psiquiatra que se había convertido en general. Había ganado muchas batallas hasta que decidió morir, un poco prematuramente, pues advirtió que la batalla en sí era una lucha por derrotarse a sí mismo."

En esta descripción aparecen varios componentes de la personalidad de Linebarger, disociados de la

manera que, según hemos visto, caracterizaba su modo de pensar: el historiador, el psiquiatra, el militar. Sólo hay que destacar algunos detalles. La frase *Summa Nulla Est*, libremente traducida, parece ser una meditación sobre la gloria y la vanidad: "Las cosas supremas, nada son..."; también puede ser la "suma cero" de los juegos estratégicos.

Es preciso notar que Livio eligió morir *antes de tiempo*; abandonó las armas porque comprendió que estaba luchando consigo mismo, contra su verdadero yo y sus principios.

Para entender el significado de esta crisis hay que remontarse a la experiencia vivida por la generación de militares norteamericanos a la cual pertenecía Linebarger.

Una de las consecuencias de la guerra de Vietnam fue poner de manifiesto la existencia de una intranquilidad de conciencia bastante extendida en la generación de oficiales norteamericanos a la cual pertenecía Linebarger.

En todos los casos se trataba de hombres que habían pasado por Corea y que a fines de la década del sesenta se encontraban preocupados por la "escalada" en el Sudeste asiático. Es notable comprobar cómo la mayoría de ellos unen esta preocupación por la política exterior de Estados Unidos con una análoga inquietud por el problema racial, en el orden interno.

Entre los participantes de la *Congressional Conference On War and National Responsibility* de 1970² se cuentan varios militares de edad y graduación análogas a las de Linebarger, todos los cuales

comparten la preocupación por los dos problemas mencionados: el representante demócrata Conyers, veterano de Corea y estudioso del problema negro; el teniente coronel retirado Corson, autor de sendos libros sobre Vietnam y los negros; el coronel Kowalski, ex miembro del *Subversive Activities Control Board*, también retirado; el teniente coronel Edward L. King, autor del libro *La muerte del Ejército*, que alcanzaría cierta notoriedad.

Al parecer habrá que buscar el origen de estas actitudes en la experiencia coreana. Con el tiempo se vería que Corea era apenas el primer eslabón de una cadena de guerras asiáticas en las cuales habría de comprometerse EE.UU. En ellas aparecería la táctica guerrillera, que iba a trastornar la estrategia clásica tanto como la *Nation en armes* de los revolucionarios franceses había alterado el viejo concepto de la guerra como "deporte de los reyes".

La estrategia pensada a partir de la Segunda Guerra Mundial para la lucha entre potencias industriales fracasaría allí donde no había blancos militares precisos ni un enemigo identificable por su uniforme. Toda una población civil, exacerbada por la ideología y movida por fuertes sentimientos nacionales, pasaría a ser "enemigo" potencial, lo cual explica en parte las atrocidades de Vietnam.

Entre la estrategia clásica y la disuasión nuclear, la "insurrección" guerrillera introducía una cuña imprevista. Por eso Vietnam habría de ser una guerra imposible de perder, pero también de ganar, que por su propia inercia se volvería

contra todo y contra todos, incluyendo el medio físico. En esta confusión de objetivos, los norteamericanos dejaron de ser recibidos como libertadores, se vieron acusados de imperialismo y comenzaron a sentir escrúpulos. Apareció la imagen del "americano feo" (*ugly american*), que hasta entonces sólo conocían los latinoamericanos, al sur del Río Grande.

Durante siglos América había sido para los europeos la tierra de la libertad. Los estadounidenses se sentían orgullosos del "sueño americano" (*american dream*), hecho de prosperidad, trabajo y democracia; estaban dispuestos a emprender cruzadas contra las tiranías y brindar a los pueblos "retrasados" los dones de Detroit y Menlo Park, la libertad y la igualdad de oportunidades que constituían las claves de su superioridad. Todavía en 1968, el Cardenal Spellman sería capaz de afirmar que "Estados Unidos es el Buen Samaritano del mundo".

Pero este sueño humanitario también había estado unido, desde sus orígenes, con las fantasías imperiales y las aspiraciones hegemónicas. Había sido precisamente el creador de la doctrina del "destino manifiesto de los EE.UU.", el suroño J. D. B. de Bow, quien en 1850 soñara con que "un sucesor de Washington llegara a ceñirse la corona del Imperio Universal".

En su novela *Ria*, Linebarger nos ofrece, en clave irónica, un epítome de aquel famoso "sueño americano":

"Su madre, proyectando al mundo entero las tradiciones netamente jeffersonianas de su familia, le había enseñado a Ria que no había

nada en el mundo que no pudiese afrontarse con sentido práctico, buena voluntad, esfuerzo e inteligencia. Ria había creído en todo eso, y también había dado por supuesto que la pobreza del Japón se debía a que los japoneses no habían tenido tiempo de aprender a ser como ese pueblo al cual pertenecía ella y su madre: los americanos, que deslumbraban al mundo." Por su parte, "Gran Bretaña era el Gran Poder Libre Blanco, como los Estados Unidos, y los ingleses tenían casi las mismas normas que los americanos. Podían y debían resolver cualquier problema que se les presentara" (*Ria*, p. 70).

Probablemente fue en Corea donde entró en crisis esta concepción "mesianica" del sistema norteamericano.

Hasta la Segunda Guerra Mundial los estadounidenses podían creer que estaban defendiendo la justicia y la libertad en el mundo, pero en 1946 hasta un teórico del imperialismo como James Burnham dudaba de su capacidad para asumir el liderazgo mundial. Cuando el ejercicio de ese liderazgo derivó en la "guerra fría", el macartismo y la guerra de Corea, las dudas comenzaron a acumularse.

Y mientras los norteamericanos comenzaban a cuestionar el papel que estaban asumiendo en el mundo como gendarmes de Occidente, salían a la superficie los conflictos raciales, que venían a cuestionar otro aspecto del "sueño americano", el "estilo americano de vida" basado en la tolerancia, y mostraban que el gran trauma de la guerra civil no había sido aún superado.

Los componentes racistas presentes en el orden interno habrían

forzosamente de proyectarse hacia el exterior, como se vería en Vietnam, donde el menosprecio hacia el enemigo (los "charlies") fue constante.

Las ambigüedades se acumulaban, y ya en 1961 había analistas políticos conservadores, en nada sospechosos de marxismo, que hablaban de la nueva actitud de los Estados Unidos como de "un imperialismo desnaturalizado, que invoca la defensa del mundo en vez de su dominación".³

Cuando durante generaciones enteras se ha hecho un culto de la libertad, es difícil tener que aplastar a quienes luchan por su libertad; por eso muchos norteamericanos tuvieron que llegar hasta Vietnam para darse cuenta de que la defensa de sus intereses implicaba la negación de los ideales largamente proclamados.

Linebarger, quien creía haber estado luchando por la autodeterminación de los chinos, preveía en 1947 el carácter ideológico que tomarían las guerras venideras: "Las dos últimas grandes guerras han acusado un énfasis cada vez más acentuado sobre la ideología o fe política como fuerza impulsora tras la guerra, antes que sobre las consideraciones de la diplomacia fría-mente calculada".⁴

Pero en el mismo libro donde aplaude el pragmatismo de Chiang Kai-shek y cree en la posibilidad de difundir, mediante la propaganda, el estilo de vida norteamericano⁵ admite que "el enemigo puede ser detenido mejor con... el mejoramiento de las condiciones económicas, sociales y educativas del pueblo en general".⁶

A nuestro autor no le costaba re-

conocer, en el mismo texto, que “la guerra es cruel, triste, vergonzosa para el alma del hombre; todo el mundo sabe que daña, degrada e hiere al cuerpo humano; todo el mundo sabe que no es cosa agradable de soportar, ni de mirar siquiera. Si una guerra determinada merece la pena de luchar, es por alguna otra razón aparte de la insensata y evidente: el hecho de que es guerra.”⁷

Aún admitía que la acción psicológica es “en cierto sentido, reaccionaria, porque con ella vamos tras la presunción moderna y formal de que el soldado enemigo es un agente legal armado del Estado enemigo; lo abordamos como hombre y, como hermano, inconscientes del hecho de que inducimos a este hombre y hermano a cometer alta traición.”⁸

En el mismo año en que Linebarger publicaba estas reflexiones, insólitas en un libro de técnica militar, daba a conocer, bajo otro nombre, su novela *Ria*, escrita en los mismos teatros de operaciones de la guerra mundial y durante la acción represiva de los ingleses contra la guerrilla malaya, donde Linebarger actuaba como observador.

En *Ria* hay un pasaje curioso, más curioso aún si se tienen en cuenta las circunstancias en que se hallaba el autor mientras escribía. Es la experiencia de la desilusión que sufre un oficial nazi en el frente ruso. El oficial Josef Krämer odia a los rusos porque no se ajustan a la imagen que de ellos le ha inculcado la propaganda: los odia por haber desmentido todos sus prejuicios:

“Odiaba a los rusos porque lo habían embaucado, a él y a millones como él. Habían dejado creer

al mundo que eran toscos bárbaros cuando de hecho —y cualquiera podía verlo— eran espectaculares ingenieros, exitosos agricultores e increíbles, colosales soldados.

“Odiaba a los rusos porque había llegado a Ucrania esperando liberar a campesinos borrachos, estúpidos y bonachones del furioso desgobierno de satánicos judíos, pero se había encontrado luchando contra soldados tan rubios como él, de igual coraje, igual fanatismo y un equipo espantosamente efectivo.

“El equipo le preocupaba. ¿De dónde había salido? ¿De la pobreza, del hambre y del terror del bolcheviquismo?

“...Esos hombres no eran borregos. Tampoco eran maniáticos. Eran tenaces, valientes, astutos, fanáticos” (*Ria*, p. 100).

Linebarger había estado en Corea entre 1950 y 1952. Vuelto del frente, y pese a la tradición democrática de su familia, intervino activamente en la campaña presidencial de Eisenhower. Éste prometía terminar con la guerra de Corea, y así lo hizo en 1953.

Pero el intervencionismo norteamericano no había hecho más que comprometerse en una acción que recordaba las de las antiguas potencias coloniales. El año siguiente (1954) fue el año de Dien Bien Phu, que cerraba el ciclo del colonialismo francés en Indochina; y en 1955 se reunió la Conferencia de Bandung, donde se aglutinaban las naciones no alineadas: nacía el Tercer Mundo.

En su mensaje de despedida a la nación, el mismo Eisenhower había advertido sobre los mecanismos que acabarían por generar

nuevas guerras: "Tenemos que estar prevenidos contra la adquisición de una influencia, premeditada o no, por parte de un grupo militar-industrial. La posibilidad potencial de un crecimiento desastroso, de un poder mal ubicado, existe y persistirá."

El militarismo y la tentación imperialista aparecen siempre de la mano de la creencia en la desigualdad humana; sólo se puede avasallar a quien se considera inferior.

Decir "racismo" en los Estados Unidos es hablar del problema negro. Sin que neguemos otro tipo de causas, hay que admitir que Lincoln y Kennedy hallaron la muerte por haber tocado ese gran problema nacional.

Al crear los símbolos del "subpueblo" y la "Instrumentalidad", Cordwainer Smith iba a poner en ellos todos los grandes problemas norteamericanos de su década: los derechos civiles, el racismo, la tecnocracia, etcétera. Esta circunstancia lo obligará a dar un giro decisivo dentro del plan coherente que venía desarrollando desde hacía una década.

Hagamos la prueba de cotejar la cronología de las luchas de los negros por los derechos civiles en EE.UU. con la historia del subpueblo, mostrando el marco en que Cordwainer Smith la fue escribiendo. Habrá más de una significativa correlación.

La primera época de Cordwainer Smith se sitúa entre 1950 y 1960; en ella publica los cuentos del volumen *El juego de la rata y del dragón*¹¹ y algunos otros que están en la misma tónica.

En ese período el autor estudia

psiquiatría (1955) y dicta cursos de su especialidad en Filadelfia (Universidad de Pennsylvania) como profesor visitante (1955-56). El matrimonio Linebarger realiza frecuentes viajes fuera del país; ambos residen un tiempo en Grecia y Egipto.

Durante 1957 Linebarger y su esposa visitan por primera vez Australia; han sido invitados por Lord Lindsay para colaborar en una obra colectiva sobre la historia del Sudeste asiático. En Australia Linebarger ocupa una cátedra de la Australian National University, y traba amistad con Arthur Burns.

En 1960 lo encontramos nuevamente estudiando, en la Universidad Interamericana de México.

"No me siento muy contento con los años sesenta", escribe en esa época;¹² curiosamente, es la década que marca el apogeo de su creatividad literaria. Es la época en que crea el subpueblo, cuyas vicisitudes corren paralelas a las de los negros estadounidenses. Veamos algunos hechos que pueden haber influido en la concepción del "subpueblo":

1954. La Corte Suprema de los EE.UU., presidida por Earl Warren, produce el histórico dictamen sobre integración educativa, que significa abolir toda la legislación segregacionista, desde el viejo principio *separate but equals* hasta las "leyes Jim Crow".

1955. El 5 de diciembre Martin Luther King, un pastor de 26 años, encabeza un exitoso boicot a los ómnibus segregados de Montgomery (Alabama).

1957. Se produce el incidente de Little Rock, que obliga al gobierno de Eisenhower a intervenir militar-

mente en el Estado de Arkansas para hacer cumplir la integración en la escuela secundaria, con la oposición del gobernador Faubus.

1960. Se realiza el primer *sit-in* en los almacenes Woolworth de Greensboro (Illinois). Se extiende la "acción directa" como método de lucha adoptado por los negros. James Farmer dirige la CORE y Martin Luther King es detenido.

John F. Kennedy interviene personalmente y logra el apoyo negro para su candidatura.

Durante 1960 Cordwainer Smith escribe *Norstrilia*, obra que iba a ser publicada como dos novelas distintas (*The Planet Buyer* y *The Underpeople*); en ella aparece toda una epopeya del subpueblo canalizada a través de una organización revolucionaria no-violenta, la Santa Insurrección, cuyo líder es E-te-lekeli.

El subpueblo había de hacer su "aparición oficial" en el cuento "Alpha Ralpa Boulevard", publicado en 1961.

1961. Durante todo el año se extienden los *freedom-rides*, marchas de protesta.

En mayo, luego de visitar Alabama y entrevistarse con George Wallace, Kennedy declara: ¡Esto es otro país!"

Al año siguiente Cordwainer Smith publica "La balada de G'mell", que relata cómo el Señor Jestocost decidió tomar partido por el subpueblo. Por entonces Linebarger es miembro de la *Foreign Policy Association* y se desempeña como asesor de Kennedy.

1962. El gobernador Barnett, de Mississippi, se opone personalmente al ingreso del estudiante negro Meredith en la State University de Oxford (Miss.).

Los votantes negros se inscriben masivamente en el padrón electoral de Greensboro (Miss.), desoyendo las amenazas.

Martin Luther King es encarcelado en Birmingham (Alabama).

Se populariza la marcha "We Shall Overcome".

Al año siguiente aparece "En el planeta de tempestades", donde se vislumbra una época en la que el conflicto del subpueblo habrá sido superado.

1963. Desórdenes y marchas de protesta en casi todos los Estados.

En agosto se produce la gigantesca Marcha de los Derechos Civiles en Washington.

En noviembre es asesinado Kennedy.

Exactamente un año después de la Marcha sobre Washington, en agosto de 1964, aparece "La Dama muerta de Clown Town". De algún modo, el cuento se hace eco de esa marcha; en su reelaboración de la historia de Juana de Arco, quizás haya que ver también un reflejo de la inmolación de bonzos vietnamitas que por entonces impresionaba a la opinión pública mundial.

Por entonces Linebarger ocupa la presidencia de una organización pacifista, la American Peace Society (1962-64).

1964. Martin Luther King recibe el Premio Nobel de la Paz.

1965. Se realiza otra gigantesca

marcha, desde Selma a Montgomery, en Alabama, encabezada por Martin L. King.

En 1965 Linebarger vuelve a Australia y visita Nueva Guinea, donde sorprende a los académicos y a los funcionarios con un informe en el cual sugiere incorporar nativos papúas a los cuerpos de seguridad, para acelerar la integración cultural y la participación nativa en el gobierno.

Ese mismo año la Universidad Nacional de Chengchi (Taipei) le otorga el Doctorado en Derecho (*honoris causa*). Fue la primera persona en ser distinguida con ese título apenas la práctica se restableció en Formosa, *en mérito a los cincuenta y nueve años que él y su padre dedicaron al servicio de la República China*. Linebarger acababa de recibir otro doctorado, en Letras, de la Universidad Interamericana de México (1964).

Durante todos estos años Linebarger había estado enfermo la mayor parte del tiempo. Esta circunstancia más de una vez lo obligó a suspender cursos y conferencias; pero en cambio le ofreció el ocio necesario para construir sus mitos, que paradójicamente habían de ser más perdurables.¹²

Nuestro autor sufría de graves trastornos metabólicos y digestivos, que lo obligaron en sus últimos años a someterse a una interminable serie de operaciones quirúrgicas. En una ocasión asombró a la concurrencia de un banquete al tragarse un cóctel de compuestos de ácido clorhídrico que le habían recetado para aliviar la digestión.

Tantas manipulaciones en la mesa operatoria, así como una pro-

longada experiencia de vida hospitalaria explicarían sus fantasías en torno de la simbiosis de hombres y máquinas, extrañas mutilaciones y vidas conservadas artificialmente. Quizá las ovejas de Norstrilia, que sólo producen *stroon* cuando están enfermas, simbolicen al propio autor en los últimos años de su vida.

En junio de 1966, meses antes de morir, cuando Arthur Burns lo visitara en el sanatorio, le manifestó su deseo de radicarse definitivamente en Australia.

Todos estos meses los pasó postado en la cama, inactivo pero lúcido, pensando argumentos para cuentos que nunca pudo llegar a escribir.¹³ Por fin, en vísperas de una operación que no hubiera podido soportar, murió de una hemorragia cerebral el 6 de agosto de 1966.

Sus restos descansan en el Cementerio Militar de Arlington, a pocos metros de los de John F. Kennedy.

Cuando murió tenía 53 años, y su estilo había llegado a la plenitud.

En ese tiempo la situación, tanto norteamericana como mundial, había dado un nuevo giro no previsto. En el orden interno, nacía el Black Power (1965); en el externo, ya había tropas norteamericanas luchando en Vietnam.

El politicólogo y ex militar Paul Linebarger había efectuado su secreta meditación sobre el poder y la injusticia, bajo un insospechado seudónimo.

En el prólogo de *Space Lords*, su libro clave, hay unas líneas que contienen todo un programa. Sabiendo leerlas, todo aparece muy claro:

Esto es ciencia ficción, por supuesto. Pero viene de tu propio

tiempo, de tu propio mundo, aun de tu propia mente.

Todo lo que yo hago es manejar los símbolos.

La magia y la belleza vendrán de tu propio pasado, lector, de tu presente, de tus esperanzas y de tus experiencias.

Esto que lees puede parecerse extraño, pero en realidad está tan cerca de ti como tus propios dedos.

La Instrumentalidad

Aun antes de comenzar a escribir como "Cordwainer Smith", nuestro autor había empleado la expresión *the Instrumentality of man*.

En las últimas páginas de la novela *Ria*, la protagonista tiene una alucinación que señala su reencontro consigo misma: cree oír algo así como el eco de muchas voces y lo caracteriza de esta manera: "Era algo que sonaba como el artificio del hombre (*the instrumentality of man*), no como los ruidos casuales de la naturaleza y del mar." (*Ria*, p. 241).

La expresión designa algo que puede traducirse como "el ingenio", "el arbitrio", "los recursos" del hombre: algo así como el sentido común de la especie humana. Pero J. J. Pierce nos señala un matiz religioso del término, al recordar que en la teología católica (y anglicana) el sacerdote que celebra los sacramentos es "causa instrumental" de Dios (*instrumentality of God*).¹⁴

Por estas razones, he preferido conservar el ambiguo nombre de "Instrumentalidad" para designar la institución imaginada por Cordwainer Smith.

Mencionada ya en "Los observadores viven en vano" (y en "La guerra 81-Q"), la Instrumentalidad se asemeja a un organismo supranacional, una especie de U.N. con poderes omnímodos. Creada por los jwindz como fuerza policial, se hace autónoma con Carlotta Von Acht, y su primer objetivo, pronto olvidado, es devolver al hombre su propia esencia, desechando los sueños de perfección inhumana y garantizando una paz duradera.

El poder de la Instrumentalidad es puramente político, así como los medios que emplea. El autor la distingue cuidadosamente del Estado o gobierno terrestre o planetario. Aparentemente, el Estado es el aparato administrativo, autónomo, y la Instrumentalidad ejerce el poder político.

Durante los Tiempos Oscuros desaparecen los Estados, pero la Instrumentalidad los sobrevive, adquiriendo el carácter de una secta iniciática de ilustrados. "Unos pocos hombres habían llegado a gobernar sobre todo el mundo por muy poco tiempo. Luego, la Instrumentalidad lo había hecho imposible." (*The Planet Buyer*, p. 153).

Más adelante es la Instrumentalidad quien orienta la expansión espacial de los hombres, con su experimentado poderío, constituyéndose como un super-gobierno que ejerce su influencia sobre prácticamente todos los mundos colonizados.

La Instrumentalidad del Género Humano (*Instrumentality of Mankind*) tuvo como primer objetivo de su *incesante labor*, "hacer que el hombre siguiera siendo hombre", y lograr la felicidad de los hombres;

en segundo término, evitar el desequilibrio de fuerzas, asumiendo el monopolio del poder; por último, se propuso *asegurar la paz entre los mundos*.

Su lema es: *Observa, pero no gobiernes; detén la guerra, pero no hagas la guerra; protege, no controles; y, sobre todo, ¡sobrevive!*

La Instrumentalidad logra sobrevivir practicando la más estricta censura: prohíbe la información (sólo se permiten las noticias de carácter personal) y el conocimiento de la historia, para evitar la formación de una opinión pública. Es un perfecto poder "de inteligencia" que hace por la humanidad lo que no pueden hacer las computadoras; deja en acción la opción humana, el cerebro humano.

No interviene directamente en los asuntos internos de los mundos, pero actúa con una diplomacia muy eficiente. Cuando el Imperio crea el Planeta Shayol como lugar de castigo para los delitos políticos, la Instrumentalidad sólo interviene para aliviar los sufrimientos de los condenados, pero luego provoca la caída del Imperio y ordena la abolición de los castigos.

Su centro de decisión sigue estando en la Tierra, de manera que puede considerársela un poder terrestre. Pero su vinculación con el gobierno terrestre recuerda más bien la situación del Vaticano respecto de Italia.

Su sede está en Terrapuerto (*Earthport*), la principal ciudad de la Tierra, en un lugar llamado *Bell & Bank*. Allí están la sala del Consejo, llamada *Bell* por su forma acampanada, y su central de información (*Bank*). Si bien "Bank" sugiere un poder financiero, en reali-

dad se trata del monopolio de la información, centralizada en un Banco de Memoria.

La Instrumentalidad tiene características de una verdadera burocracia kafkiana, cuyo fin se ha reducido a perpetuarse a sí misma. Actúa como un cuerpo colegiado, pues no hay una cabeza visible. Está estructurada como una jerarquía de la cual se mencionan los Jefes (*Chiefs*), Subjefes y Señores (*Lords*).

Generalmente, los Señores actúan individualmente, pero cuando varios de ellos están presentes en el mismo mundo y hay que tomar decisiones conjuntas, el mayor de ellos (*Presiding Lord*) asume la presidencia.

Los Señores son reclutados cuidadosa y secretamente. Durante años se observa a los posibles candidatos, y la invitación a ingresar en la Orden suele tomarlos por sorpresa. De este modo, la institución asimila aun a los rebeldes potenciales, en una clara aplicación del principio jesuítico *Promoveatur ut amoveatur*, "se lo promueve para removerlo". Observando a Santuna, el Señor Sto Odin comenta que algún día la Instrumentalidad deberá decidir si se la promueve o destruye, pues su poder es muy grande.

El ingreso a la Instrumentalidad es una iniciación, que va acompañada por todo un ritual:

"Considerando:

"...que te has ganado esta posición por tu capacidad de supervivencia, y que la extraña y difícil vida que has llevado, sin pensar nunca en el suicidio, te ha asegurado un lugar en nuestras terribles y disciplinadas filas... que asumes el poder para

servir y sirves para asumir el poder... que no miras atrás, que te acuerdas de olvidar y olvidas viejos recuerdos... que en la Instrumentalidad no eres una persona, sino parte de una persona. Entonces sé bienvenida a la más antigua sierva de la humanidad, a la propia Instrumentalidad" (*The Underpeople*, p.157).

El código disciplinario de la Instrumentalidad es draconiano.

El incumplimiento de los deberes de un Señor suele ser castigado con la muerte, con la "desgracia" (una especie de muerte civil) o con la reducción al estado de simple ciudadano.

En situaciones extremas, un Señor puede condenar a muerte a otro Señor; si se prueba que su conducta fue injusta, se lo condena a muerte y se execra su nombre; en caso de que haya acertado, se le rinden honores, pero también debe morir. Tres Señores forman una Corte de Emergencia: sus decisiones están por encima de la sanción legal, aunque pueden caer en desgracia o ser reducidos al estado civil. Siete Señores están más allá de toda objeción, aunque en el futuro pueda emprenderse una revisión de sus actos y censurarlos. Por lo general, los Señores actúan aisladamente, y es de mal gusto que uno de ellos se inmiscuya en los asuntos de otro.

Los Señores viajan casi constantemente entre los mundos. Como todos los hombres anteriores al Redescubrimiento, tienen asegurada una vida de cuatrocientos años. En casos excepcionales, se les permite vivir más, como ocurre con la Señora Johanna Gnade, quien afirma estar a punto de cumplir seiscientos años, o con el Señor Crudelta quien,

como distinción por haber viajado por el espacio-tres, ha sido autorizado a vivir más de mil años. Esto explica la presencia de Crudelta en la guerra contra Raumsog, en el episodio del "barco ebrio", y que aún sea contemporáneo de Jestocost.

Hay otros Señores que gozan de vidas superiores a los mil años, pero por distinta razón. Cuando se ha observado alguna debilidad en ellos se les ofrece, a cambio de ser degradados, una "honorable desgracia" consistente en gozar una vida de más de mil años; con ello se previene su corrupción. "La Instrumentalidad había comprendido, desde hacía mucho tiempo, que la mejor manera de preservar a sus miembros de la tentación era tentándolos... evitando una defecación potencial" (*The Planet Buyer*, p. 110).

La Instrumentalidad aparece, pues, caracterizada como un poder ambivalente: es a la vez una institución necesaria para mantener la paz entre los mundos, y al mismo tiempo *cruel* y rígidamente conservadora.

En uno de los primeros cuentos donde aparece la Instrumentalidad, "La nave era dorada, joh! joh! joh!", Cordwainer Smith hace una caracterización algo distinta, y sin duda más dura, de los Señores:

"Los Señores de la Instrumentalidad eran los gobernantes corruptos de un mundo corrupto, pero habían aprendido a hacer que la corrupción sirviese a sus fines civiles y militares."

Eran "el poder de la Vieja Tierra, corrupta, sabia y cansada... que mantenía una antigua soberanía que desde hacía mucho tiempo había pasado a ser meramente no-

minal entre las muchas comunidades humanas.

"A sus dirigentes les interesaban el dinero y el honor, pero cuando luchaban por su vida lo hacían como los animales del pasado, a muerte."

La Instrumentalidad tiene su central en la Vieja Tierra, donde también están otros centros administrativos esenciales, y desde donde se planificó la expansión espacial a más de doscientos planetas, de manera que las distintas comunidades humanas de la Galaxia la recuerdan como "la madre Tierra" o "la patria del Hombre" (*Manhome*). Estas circunstancias nos permiten delinear una metrópoli imperial, pero es un imperio en decadencia, cuyo poderío no es económico ni militar, sino se basa en el prestigio político y diplomático.

Los habitantes de Ttiollé, por ejemplo, sienten a la Instrumentalidad como un poder extraño, al cual sin embargo temen y respetan. "Pocos de ellos habían visto jamás la Patria del Hombre, pero todos conocían algo de historia y muchos sentían una ansiedad pasajera cuando pensaban en ese antiguo gobierno que seguía manejando el poder político a través de las profundidades del espacio. No les gustaba la vieja Instrumentalidad de la Tierra, pero la respetaban y la temían. Las olas del mar les recordaban el aspecto agradable de la Tierra; no querían recordar el aspecto menos grato" ("Mother Hitton's Littul Kittons").

Con excepción de Jestocost, los Señores aparecen como personajes hieráticos, casi siempre crueles e insensibles. El Señor Wait "no era cruel pero nunca se había destaca-

do por la ternura de su espíritu". El Señor Femtiosex "es justo y no tiene piedad", y la Señora Arabella Underwood "tiene una justicia que nadie puede comprender".

La Instrumentalidad "prefiere hacer las cosas de una manera repentina y victoriosa"; sobrevive gracias a sus crudas armas y sus fríos cerebros". Su crueldad se manifiesta en muchos actos: la condena de P'juana a la hoguera; la niña loca a quien los Señores se niegan a curar, usándola como arma secreta, o el demente SAMM, enviado en misión intimidatoria. Al descubrir este último caso, Celalta comenta: "A veces la Instrumentalidad es cruel"; a lo cual responde Casher: "A veces tiene que serlo" ("Tres a una estrella").

Más que un poder estatal centralizado, la Instrumentalidad se parece a una sociedad secreta, una criptocracia. Sus códigos de obediencia recuerdan a los Templarios o quizá mejor a los jesuitas; la forma en que recluta a sus miembros parece propia de una masonería, en sentido lato.

Como detalle curioso, recordaré que el *curriculum* del autor registra su afiliación a la orden masonica. La misma fuente también lo da como miembro de la Legión Americana.

Sin embargo, hay un pasaje donde Linebarger trata severamente a la Legión Americana, al comparar sus actitudes con las de un fanático autor de libelos del siglo XVII.¹⁵ Además, Burns recuerda que Linebarger "era un hombre muy difícil de catalogar. No veía razón alguna para hacerse miembro de ninguna organización, fuese la que fuese".¹⁶

De todos modos, Linebarger no parece estar muy conforme con el paternalismo de la Instrumentalidad, esa minoría ilustrada que gobierna a los comunes mortales, manteniéndolos en la ignorancia para que sean felices. "La gente común no tiene muchas razones para hacer nada. Trabajan en sus empleos, los que hemos pensado para ellos, para mantenerlos felices mientras los robots y el subpueblo hacen el verdadero trabajo. Pasean. Hacen el amor. Pero jamás son infelices", argumenta un Señor en defensa de la Instrumentalidad. Sin embargo, "la dulce y suave música del Gobierno de la Tierra y de la Instrumentalidad es lisonjera como la miel, pero nauseabunda en el fondo" ("Bajo la Vieja Tierra").

Bajo el dominio de la Instrumentalidad, la Vieja Tierra aparece como una tecnocracia eficiente y monótona, que si bien no exhibe grandes diferencias ni privilegios económicos, reposa sobre la esclavitud del subpueblo. Los Señores discuten a menudo si la creación del subpueblo —al que se ha prometido la humanidad sin otorgársela plenamente— había sido un error o no; pero el subpueblo existe y la injusticia de la cual es víctima vicia toda la felicidad de los "hombres de verdad".

El período de estancamiento, durante el cual la Instrumentalidad asegura a todos vidas prolongadas y opulentas, negando toda iniciativa y participación, registra varias crisis: las principales son las de Joven-Sol y la de P'juana.

Durante siglos los Señores discuten sobre estos acontecimientos, hasta que se impone un proyecto tendiente a promover una reforma

radical, el Redescubrimiento del Hombre.

Entre quienes idearon el proyecto y se encargaron de ejecutarlo están, en primer término, la Señora Alice More (quien antes de entrar en la Instrumentalidad fuera conocida como Santuna, la compañera de Joven-Sol) y un personaje muy especial, el Señor Jestocost. Sorprendentemente, reciben apoyo del conservador Señor Crudelta, quien juzga políticamente conveniente la reforma. Alice More y Jestocost intentan pues la experiencia de restituirles a los hombres la muerte y el dolor, así como permiten que se genere cierta dosis de injusticia, liberándolos parcialmente de la tutela paternalista y devolviéndoles la libertad.

Jestocost es el séptimo Señor con ese nombre en su familia, lo cual hace suponer que para entonces la Instrumentalidad se ha convertido ya en una aristocracia hereditaria. Desciende de la Señora Goroke, "quien no sabía rezar, pero trataba de ponderar el misterio de la vida... y manifestaba cierta ternura hacia el subpueblo, siempre que fuese una ternura permitida por la ley" ("La Dama muerta de Clown Town").

Pese a sus buenas intenciones, el tribunal que integraba la Señora Goroke condena a P'juana a la hoguera. Impresionada por ese hecho monstruoso, Goroke jura: "Voy a tener un hijo, y volveré a la Patria del Hombre para tenerlo... Lo llamaré Jestocost, que en una de las lenguas antiguas, la de los paroskii, significa «crueldad», para recordarle de dónde viene y por qué. Él, su hijo, o el hijo de su hijo volverán a traer justicia al mundo y resolver-

rán el enigma del subpueblo" ("La Dama...").

El séptimo de los Jestocost es, para su tiempo, un excéntrico. Vive rodeado de antiguos libros y tapices, toma vino elaborado por robots en sus propias viñas, y hasta posee un Rembrandt auténtico.

Jestocost aspira a reformar el sistema; de él puede decirse que ama más a la justicia que a la Instrumentalidad. Está "libre de ambición", pero es un "poseído por la pasión política, que es tan profunda como las emociones del amor. Jestocost era uno de los escasos hombres que creían en los derechos del subpueblo... Pensaba que la humanidad no podría jamás corregir antiguas injusticias si el subpueblo mismo no tenía alguno de los instrumentos del poder: armas, conspiración, riqueza y —sobre todo— organización, con la cual desafiar al hombre. No lo asustaba la rebelión, pero estaba tan sediento de justicia que este sentimiento superaba en él toda otra consideración" ("La balada de G'mell").

En una discusión con la intransigente Señora Johanna Gnade, quien se empeña en calificar a los subhombres como "animales", se declara "loco por la justicia", aunque trata de hacer aceptable su posición: "No estoy pidiendo iguales derechos. Apenas un poco más de justicia para ellos" (*The Planet Buyer*, p. 132).

Jestocost procede como un político astuto. Cuando corre el rumor de una conspiración del subpueblo, los Señores emplean la policía robot para reprimirla. Jestocost hace todo lo contrario. Forma una policía especial de subpersonas, con la esperanza de entrar en contacto

con los líderes del subpueblo y negociar con ellos. Por medio de esta estratagema, Jestocost conoce a la mujer-gata G'mell, quien responde directamente a E-telekeli, el jefe espiritual de la conspiración, y se pone en contacto con éste.

El planteo que Jestocost hace al jefe del subpueblo es realista: "Ustedes no tienen poder político suficiente si quiera para hablar con nosotros. No quiero cometer traición a la verdadera raza humana, pero quiero darle ventaja al bando de ustedes. Si acceden a negociar con nosotros, a la larga todas las formas de vida estarán más seguras." Propone a E-telekeli un trato concreto: "Tú debes apoyarme en mis tratativas ante la Instrumentalidad. Tratarás de mantener razonable al subpueblo, si puedes, cuando llegue el momento de negociar. También debes garantizar honor y buena fe cuando llegue esa hora" ("La balada de G'mell").

Por amor de G'mell y por propia convicción, Jestocost accede a colaborar con E-telekeli en un plan para destruir el proyecto de una "solución final para el problema del subpueblo"; ésta consiste en la aniquilación de todas las subpersonas, y los planes deben ser sacados de la central de la Instrumentalidad.

Aquí ya cabe notar que la iniciativa ha escapado de manos de la Instrumentalidad y ha sido tomada por el subpueblo. Aun el Redescubrimiento es motivado por esta influencia indirecta, pues tiende a suprimir el privilegio de la inmortalidad e igualar gente y subgente.

De igual manera, y con la colaboración de Jestocost, G'mell interviene en la vida de Rod McBan y

consigue que éste ponga al servicio de la Santa Insurrección su inmensa fortuna.

Varias generaciones más tarde, Jestocost se ha ganado el respeto y el afecto del subpueblo, para quien se ha convertido en campeón de los derechos civiles. Ellos saben que el Señor Jestocost no es tonto. Él se ha dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, y aun que ha tenido que "romper casi todas las reglas del libro". Cuando circula por las calles, la subgente lo hace objeto de efusivas manifestaciones de gratitud, y él se siente algo así como un "padrino" para todos ellos.

Esta especie de líder humanitario que sale del marco del poder opresor para conceder derechos a los oprimidos es, quizás, la figura con quien más se identifique Cordwainer Smith. No olvidemos que Linebarger propuso para Nueva Guinea métodos de integración semejantes a los que Jestocost aplica en la ficción al problema del subpueblo.

También es posible sostener la hipótesis de que Jestocost representa a John F. Kennedy, con quien Linebarger tenía grandes afinidades políticas.

La cronología nos presta alguna ayuda. Jestocost aparece en *The Planet Buyer* y *The Underpeople*; ambos textos componen la novela *Norstrilia*, escrita en 1960, cuando Kennedy estaba en pleno ascenso político. Kennedy asume la presidencia en 1961; durante ese año aparece "Alpha Ralph Boulevard", donde se menciona a Jestocost como animador del Redescubrimiento. El cuento "La balada de G'mell", donde Jestocost figura completamente dedicado al sub-

pueblo, es del año siguiente.

John F. Kennedy es asesinado en 1963, y contamos con una prueba definitiva de la repercusión de ese hecho en la obra de Cordwainer Smith; una prueba más de que está escrita en clave política.

En la última versión del artículo de John Foyster, tantas veces citado aquí⁷ se descubre por primera vez una clave que el autor confió a Arthur Burns y que de otro modo hubiese sido difícil descubrir.

En efecto: si se unen las letras iniciales de todos los párrafos de una página de "En el planeta de tempestades" (p. 38 en la versión publicada en *Galaxy* y p. 69 del libro *Quest of the Three Worlds*) en columnadas en forma de acróstico, se podrá leer la frase "KENNEDY SHOT" (Kennedy baleado).

Más adelante (p. 74 de *Quest of the Three Worlds*), tal como puede comprobarlo cualquier lector, por el mismo procedimiento se forma la frase "OSWALD SHOT TOO" (Oswald también baleado).

También es significativo el contexto en que se encuentra este acróstico. Es precisamente cuando Casher O'Neill está por asesinar a una inocente, la niña T'ruth, y medita sobre la desgracia que ha caído sobre su mundo natal, y la necesidad de restaurar las instituciones republicanas.

En las obras del último período ya no parece que la Instrumentalidad vaya a humanizarse por obra de personalidades generosas; el autor asigna un papel creciente al subpueblo, y llega a hablar de "revolución".

La imagen que surge de la descripción de la Instrumentalidad es la de una institución anquilosada y

autocrática, que ha olvidado sus fines originarios y sólo busca perpetuarse, resistiendo el cambio. Sus actos son predominantemente negativos: prohíbe la difusión de noticias, la exportación de religiones, el contrabando de subgente; reprime los esfuerzos que hacen los marginados por emanciparse, administra una justicia incomprensible.

La filosofía de Linebarger parece ser una meditación sobre la inercia social, la resistencia de lo práctico-inerte, por decirlo en términos sartreanos. No es en vano que cita un clásico aforismo chino que dice:

“Cuando la gente nace, empiezan todos buenos; pero aun cuando todos empiezan del mismo modo, debiera usted verlos después de haber tenido tiempo de hacerse diferentes el uno del otro, al recoger hábitos acá y allá.”¹⁸

Es la experiencia de un hombre que ha vivido en carne propia buena parte de la historia del siglo XX, y cuyas circunstancias de vida le han permitido presenciar el ciclo completo de algunos procesos históricos. Ya en *Carola*, Linebarger escribía que “las revoluciones se gastan, se consumen sólo cuando la

gente que las ha hecho reposa en el triunfo; entonces vuelven la malicia, la vanagloria y la codicia privadas”.

Esa inercia social, manifestada como resistencia de los intereses establecidos al cambio, es un *leitmotiv* en la obra de Cordwainer Smith.

Se puede establecer un paralelo entre la crisis de los observadores, que aparece en su primer cuento (“Los observadores viven en vano”) y el conflicto interno de la Instrumentalidad.

En ambos casos hay una corporación que se resiste a cambiar, precisamente porque se ha osificado en una jerarquía de valores, una rutina, un orden burocrático. Los observadores se niegan a aceptar una innovación tecnológica que los vuelve inútiles en cuanto corporación, aun cuando los libere de la mutilación y los devuelva a una vida plena, pero la innovación se impone igualmente.

La Instrumentalidad se ve obligada a hacer concesiones al subpueblo e iniciar el Redescubrimiento, sin ceder su primacía política, pero la iniciativa ha pasado, inevitablemente, a otras manos.

NOTAS

¹ J. J. Pierce, “Cordwainer Smith, the Shaper of Myths” en *The Best of Cordwainer Smith*. Ballantine, Nueva York, 1976.

² Cfr. Knoll-McFadden (comp.), *Los crímenes de guerra en Vietnam*. Granica, Buenos Aires, 1971.

³ Stillman-Pfaff, *The New Politics* (1961). Citado por T. A. Kozlowski, *Nuevos potenciales de la política mundial*. Pleamar, Buenos Aires, 1967.

⁴ Paul M. A. Linebarger, *Guerra psicológica*, Círculo Militar (Biblioteca del Oficial, vol. 399), Buenos Aires, 1951. P. 37.

⁵ Id., p. 389.

⁶ Id., p. 386.

⁷ Id., p. 176.

⁸ Id., p. 384.

⁹ Dwight Eisenhower, "Mensaje a la Nación" en *The Liberal Papers* (1962). Citado por Kozlowski, op. cit., p. 102.

¹⁰ Minotauro, Buenos Aires, 1973.

¹¹ Cordwainer Smith, *Space Lords*, Pyramid, Nueva York, 1965. Prólogo.

¹² "John Foyster Talks with Arthur Burns" en *Exploring Cordwainer Smith*, Algor Press, Nueva York, 1975. P. 21. (Existe traducción al español: revista *El péndulo*, N° 1, Buenos Aires, 1981.)

¹³ Frederik Pohl: comunicación personal, recogida por Marcial Souto.

¹⁴ J. J. Pierce, loc. cit., p. XV.

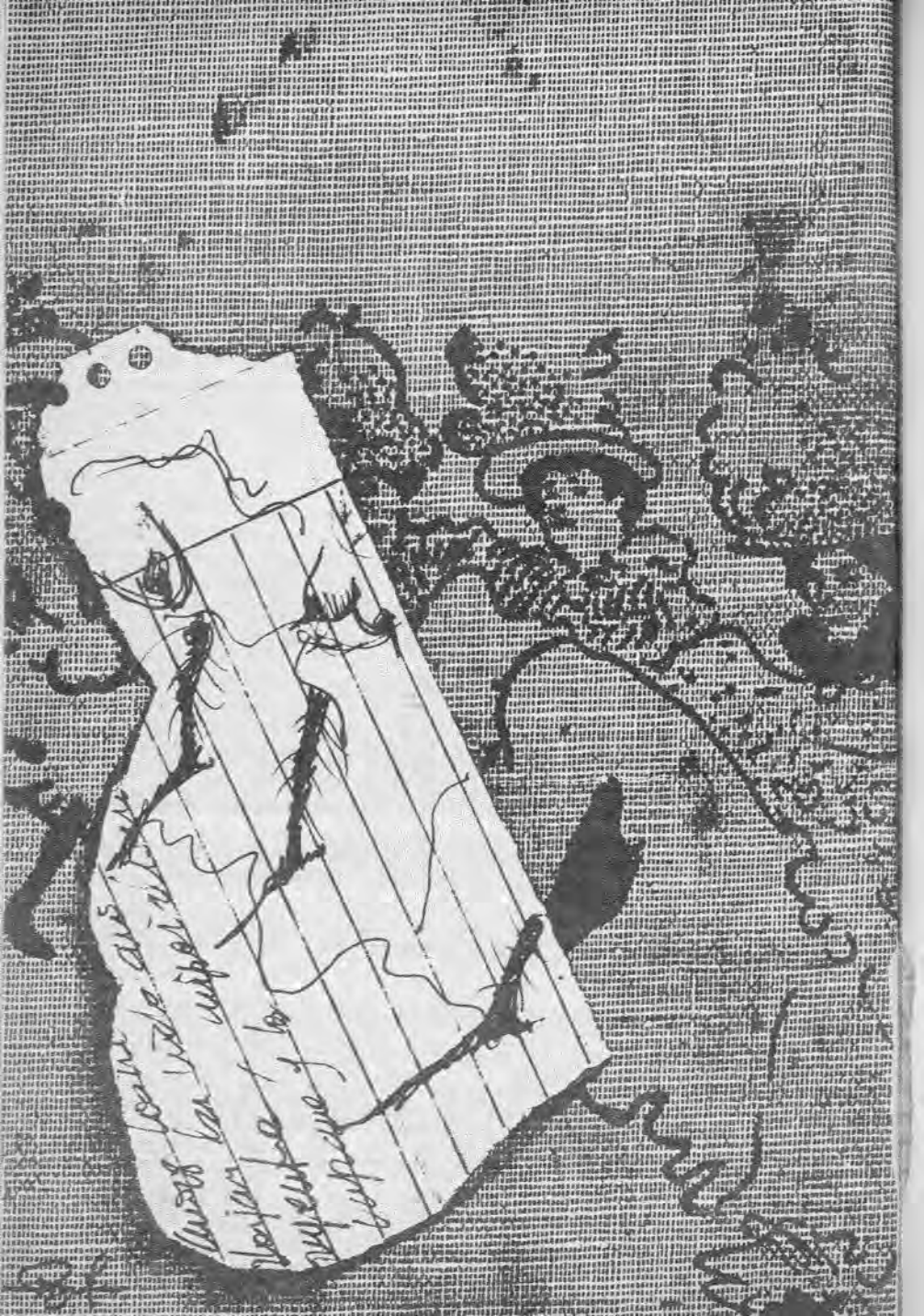
¹⁵ *Guerra psicológica*, p. 49.

¹⁶ Foyster-Burns, loc. cit., p. 23.

¹⁷ John Foyster, "Cordwainer Smith" en *Exploring...*, p. 10-11.

¹⁸ *Guerra psicológica*, p. 192.

© 1983, Pablo Capanna.



I am a very poor person,
but I am a very good person.
I am a very poor person,
but I am a very good person.
I am a very poor person,
but I am a very good person.

JAMES TIPTREE, JR.

Y DESPERTÉ Y ME ENCONTRÉ AQUÍ EN LA FRÍA LADERA

*¿Qué hará el hombre
con sus impulsos cuando llegue
a las estrellas?*

Ilustración de Kike Sanzol

Él estaba de pie, absolutamente quieto, junto a una tronera, mirando el vientre de la nave de Orión que atracaba sobre nosotros. Tenía uniforme gris y pelo cortado al rape. Lo tomé por un técnico de la estación.

Eso no me convenía. En Gran Empalme los periodistas no son vistos con buenos ojos. Pero en mis primeras veinte horas no había encontrado ningún lugar para hacer una toma de una nave alienígena.

Cambié de posición mi holocámara para mostrar la gran insignia de World Media y me puse a perorar sobre Cuánto Significaba para la Gente de Allá que estaba pagando por todo esto.

—...quizá sea buena para usted,

pero es nuestro deber permitirles compartir...

Volvió la cabeza despacio, tensamente, y su mirada resbaló sobre mí.

—Las maravillas, el drama —repite desapasionadamente. Clavó los ojos en mí—. Imbécil redomado.

—¿Puede decirme qué razas están por llegar? Si yo pudiera al menos echar un vistazo...

Me señaló la tronera. Enfoqué ávidamente los lentes hacia el casco largo y azul que bloqueaba las estrellas. Más allá pude ver la silueta de una nave negra y dorada.

—Ése es un foramen —dijo—. Del otro lado hay un carguero de Belye, lo que tú llamarías Arturo.

En este momento no se ve mucho tráfico.

—Usted es la primera persona que me ha dicho dos frases desde que llegué aquí. ¿Qué son esas navas pequeñas y coloridas?

—Procianos —dijo con indiferencia—. Ésos están siempre. Como nosotros.

Aplasté la cara contra el vitrito, observando. Las paredes temblaron. En alguna parte de arriba había alienígenas descargando en su propio sector de Gran Empalme. El hombre se miró la muñeca.

—¿Está esperando para salir? —pregunté.

Su gruñido pudo significar cualquier cosa.

—¿De qué parte de la Tierra vienen? —me preguntó con voz cortante.

Empecé a decirle y de pronto advertí que se había olvidado de mi existencia. Tenía los ojos fijos en ninguna parte, yladeaba lentamente la cabeza hacia la tronera.

—Vuelve a casa —dijo huecamente. Sentí un fuerte olor a sebo.

—¡Oiga! —Le aferré el brazo; temblaba rígidamente.— Cállese, hombre.

—Estoy esperando... esperando a mi esposa. Mi amante esposa. —Soltó una risita desagradable.— ¿De dónde eres?

Se lo dije de nuevo.

—Vuelve a casa —murmuró—. Vuelve a casa a hacer hijos. Mientras puedas.

Uno de los primeros afectados por la radiación gamma, pensé.

—¿Eso es todo lo que sabes? —Elevó la voz histéricamente.— Imbéciles. Vistiendo como ellos. Trajes gnivo, música aolilí. Ah, veo los noticiarios —dijo burlona-

mente—. Fiestas nixi. Los ingresos de un año por un flotador. ¿Radiación gamma? Vuelve a casa, lee historia. *Boligrafos y bicicletas...*

Empezó a deslizarse lentamente hacia abajo en la semigravedad. Mi único informante. Forcejamos confusamente; no quiso tomar una de mis tabletas calmantes pero al fin logré llevarlo por el corredor hasta un banco en una plataforma de carga vacía. Extrajo un pequeño recipiente hermético. Mientras lo ayudaba a destaparlo, una silueta blanca y almidonada asomó la cabeza en la plataforma.

—¿Puedo ayudar, sí? —Tenía ojos saltones, la cara cubierta por un pelaje moteado. ¡Un alienígena, un prociano! Quise agradecerle pero el pelirrojo me interrumpió.

—Lárgate. Fuera de aquí.

La criatura se alejó, los grandes ojos húmedos. El hombre metió el dedo en el recipiente y luego se lo llevó a la nariz, respirando hondamente con el diafragma. Se miró la muñeca.

—¿Qué hora es?

Le dije.

—Una noticia —dijo él—. Un mensaje para la ansiosa y esperanzada raza humana. Unas palabras sobre esas amables y amorosas criaturas que todos amamos tanto. —Me miró.— ¿Sorprendido, amigo periodista?

Ahora entendía qué clase de individuo era. Un xenófobo. Alienígenas planean tomar la Tierra.

—Qué diablos, nada podría importarle menos. —Inhaló nuevamente, tiritó y se enderezó.— Al cuerno con las generalidades. ¿Qué hora dijiste que era? Bien. Te contaré cómo lo supe. Por las malas. Mientras esperamos a mi

amante esposa. Puedes quitarte ese pequeño grabador de la manga, además. Escúchalo solo alguna vez... cuando sea demasiado tarde.

—Rió. Había adoptado un tono coloquial. Tenía una voz culta.—¿Alguna vez oíste hablar de estímulos supranormales?

—No —dije—. Espere un minuto. ¿Drogas?

—Algo parecido. ¿Conoces el bar Pequeño Empalme en Washington? No, dijiste que eras australiano. Bien, yo soy de Burned Barn, Nebraska.

Inspiró como escrutando un profundo desorden del alma.

—Llegué por accidente a Pequeño Empalme cuando tenía dieciocho años. No. Corrige eso. Nadie llega por accidente a Pequeño Empalme así como nadie se inyecta heroína por accidente.

"Llegas a Pequeño Empalme porque ése era tu deseo, tu sueño, tu pensamiento a cada instante cuando estabas en Burned Barn, aun antes que tuvieras vello en el vientre. Lo supieras o no. Una vez que sales de Burned Barn, no puedes evitar llegar a Pequeño Empalme, así como un anélido de mar no puede evitar subir hacia la luna.

"Tenía en el bolsillo mi licencia para beber, un flamante documento de identidad. Era temprano; en la barra había un lugar vacío junto a algunos humanos. Pequeño Empalme no es un bar distinguido. Más tarde descubrí adónde van los alienígenas ricos... cuando salen. Un lugar en la costa, junto al atracadero de Georgetown.

"Y van solos. Ah, de vez en cuando hacen un poco de intercambio cultural con alguna pareja arrogante de otros alienígenas y algu-

nos humanos aburridos. Confraternidad galáctica con un poste de tres metros.

"Pequeño Empalme era el lugar adonde iba la resaca, los empleados y choferes en busca de diversión. Incluyendo, amigo mío, a los pervertidos. Los que pueden llevarse bien con los humanos. En la cama, quiero decir.

Rió y se olisqueó el dedo de nuevo, sin mirarme.

—Ah sí. En Pequeño Empalme cada noche es una noche de Confraternidad Galáctica. Pedí... ¿qué? Un Margarita. No tenía agallas para pedir a ese roñoso barman negro uno de esos licores de otros mundos que tenía atrás de la barra. Había poca luz. Yo trataba de mirar a todas partes a la vez sin llamar la atención. Recuerdo a esos imbéciles blancos... liranos. Y una confusión de velos verdes que tomé por ser un múltiple de alguna parte. Pesqué un par de miradas humanas en el espejo. Guñón hostiles. No capté el mensaje, entonces.

"De pronto una criatura se me acercó. Antes que pudiera reponerme de mi parálisis, oí su voz resbalosa:

"—¿Le gusta a usstedd el fútbol?

"Una criatura extraña me había hablado. Una criatura extraña, un ser de las estrellas. Me había hablado. A mí.

"Demonios, no tenía tiempo para el fútbol, pero habría dicho que me apasionaba plegar papeles, buscar rimas, cualquier cosa para que él siguiera hablando. Le hice preguntas sobre los deportes de su planeta natal, insistí en pagarle un trago. Escuché fascinado mientras me contaba detalladamente un jue-

go que a mí me importaba un rábano. Y noté vagamente que había problemas entre los humanos que tenía del otro lado.

"De pronto apareció esa mujer, aunque ahora diría esa muchacha... esa muchacha dijo algo en una voz aguda y desagradable y giró el taburete hacia el brazo con que yo sostenía mi bebida. Ambos giramos al mismo tiempo.

"Demonios, puedo verla ahora. Lo primero que me llamó la atención fue la *discrepancia*. Ella era insignificante, pero arrolladora. Se transfiguraba. Rezumaba algo, lo irradiaba.

"Y de pronto tuve una erección con sólo mirarla.

"Me agaché para taparme con la túnica, y derramé unas gotas del licor, empeorando las cosas. Ella señaló vagamente el líquido derramado, murmurando.

"Me quedé mirándola, tratando de descifrar por qué me había impresionado tanto. Una silueta vulgar, una avidez blanda en la cara. Ojos pesados, con una expresión de hartazgo. Estaba totalmente sexualizada. Recuerdo que la garganta le palpitaba. Con una mano se tocaba la estola, que se le había deslizado del hombro. Vi magulladuras feroces allí. Verdaderos tajos. Comprendí de inmediato que esas magulladuras tenían alguna significación sexual.

"Ella miraba más allá de mí con esa cara que parecía una antena de radar. Luego soltó un suspiro que no tenía nada que ver conmigo y me aferró el brazo como si fuera una baranda. Uno de los hombres que estaban detrás de ella rió. La mujer dijo «Disculpe» con una voz ridícula y se escabulló detrás de mí.

Giré hacia ella, casi contrariando a mi amigo aficionado al fútbol, y vi que habían entrado unos sirianos.

"Era la primera vez que veía sirianos en carne y hueso, si puede decirse así. Claro que había memorizado todos los noticiarios, pero no estaba preparado. Esa altura, esa delgadez cruel. Esa desconcertante arrogancia. Eran azul marfil. Dos ejemplares masculinos con un immaculado traje metálico. Luego vi que los acompañaba una hembra. De un índigo marfil exquisito, con una sonrisa permanente y tenue en labios duros como hueso.

"La muchacha los conducía a una mesa. Me recordó a un perro que quiere que uno lo siga. Cuando se perdían en la multitud, noté que un hombre se reunía con ellos. Un hombre corpulento, con ropa costosa, y una expresión funesta en la cara.

"Luego empezó la música y tuve que pedir disculpas a mi amigo velludo. Y la bailarina de Sélice salió a escena y empezó mi descenso al infierno.

El pelirrojo calló un minuto resistiendo la autocompasión. Una expresión funesta en la cara, pensé; concuerda.

Recobró la compostura.

—Ante todo te contaré la única observación coherente que hice en toda la noche. Puede verse aquí en Gran Empalme, siempre lo mismo. Fuera de los procianos, son los humanos con los alienígenas, ¿verdad? Rara vez alienígenas con otros alienígenas. Nunca alienígenas con humanos. Son los humanos los que reclaman atención.

Asentí, pero él no me hablaba a mí. Su voz tenía una fluidez somnolienta.

—Ah sí, mi seliciana. Mi primera seliciana.

"En realidad tienen muy buenas formas, bajo esas capas. No tienen cintura, y las piernas son cortas. Pero flotan cuando caminan.

"Ésta salió flotando a la luz de las candelillas, con una capa de seda violeta que llegaba al suelo. Sólo se veía una cascada de pelo negro y borlas sobre una cara angosta como un ratón. Era gris como un topo. Vienen en todos los colores. El pelaje es aterciopelado y flexible, sólo el color cambia asombrosamente alrededor de los ojos, los labios y otros lugares. ¿Zonas erógenas? Caramba, con ellas no hay zonas.

"Inició lo que nosotros llamaríamos una danza, pero no es una danza, es su movimiento natural. Como la sonrisa en nosotros, por ejemplo. La música se intensificó, y los brazos de ella ondularon hacia mí, entreabriendo la capa poco a poco. Debajo estaba desnuda. El reflector empezó a destacar las marcas del cuerpo que se movían en la abertura de la capa. Los brazos se apartaban flotando y yo veía cada vez más.

"Tenía marcas por todas partes y las marcas se contorsionaban. No como la pintura corporal... tenían vida. Como una sonrisa, ése es un buen modo de describirlo. Como si todo su cuerpo sonriera sexualmente, llamándome, incitándome, seduciéndome, hablándome. ¿Has visto la clásica danza del vientre egipcia? Olvidalo... No tiene la menor gracia comparada con lo que puede hacer una seliciana. Ésta estaba madura; cerca del término.

"Los brazos subían y esas ardientes curvas color limón palpitaban, ondulaban, sobresalían, se contraían, latían, alcanzaban permutaciones in-

creíblemente tentadoras e incitantes. *Ven y ámame, ámame, ámame aquí y aquí y aquí y ahora.* No se veía el resto de ella, sólo una boca elusiva y maligna. Todos los humanos del local ansiaban dolorosamente penetrar ese cuerpo increíble. Quiero decir que *dolía* de veras. Hasta los demás alienígenas callaban, excepto un siriano que le protestaba a un mozo.

"Quedé hecho una piltrafa antes que ella hubiera terminado... No te aburriré con lo que pasó luego; antes que hubiera terminado se produjeron varias peleas y me abrieron un tajo. El dinero se me acabó en la tercera noche. Ella se fue al día siguiente.

"Entonces no tuve tiempo para averiguar cómo era el ciclo seliciano, gracias a Dios. Eso fue después que volví a la universidad y descubrí que necesitabas especializarte en electrónica de estado sólido para pedir trabajo en el espacio. Yo estudiaba medicina pero hice esa especialidad. Entonces sólo me permitió llegar a Primer Empalme.

"Dios mío, Primer Empalme. Pensé que estaba en el paraíso... las naves de otros mundos llegaban y nuestros cargueros salían. Los vi a todos, a todos menos a los verdaderos raros, los tankies. De éstos se ven muy pocos por ciclo, aun aquí. Y los yyeire. Nunca has visto eso.

"Vuelve a casa, muchacho. Vuelve a tu versión de Burned Barn...

"La primera vez que vi un yyeir largué todo y me puse a seguirlo como un perro famélico, jadeando. Habrás visto las películas, por supuesto. Como los sueños perdidos. *El hombre está enamorado y ama lo que se desvanece...* Es el olor, no puedes imaginarlo. Lo seguí hasta que tropecé con una compuerta cerrada. Gasté los créditos de medio ci-

clo enviándole a la criatura el vino que llaman lágrimas de las estrellas... Después descubrí que era varón. Con ellos daba lo mismo.

"No puedes tener relaciones sexuales con ellos. No hay modo. Se reproducen por luz o algo así, nadie sabe exactamente cómo. Se cuenta que un hombre secuestró a una mujer yyeir y lo intentó. Lo despellejaron. Historias...

Empezaba a desvariar.

—Esa muchacha del bar... ¿la vio de nuevo?

El hombre volvió de alguna parte.

—Ah sí, la vi. Se había acostado con los dos sirianos. Los machos lo hacen de a dos. Se dice que es el colmo del placer para una mujer, si puede resistir el daño que causan esos picos. No sé. Me habló un par de veces cuando los sirianos terminaron con ella. No le interesaban los hombres. Se alejó por el puente de la Calle P... El hombre, pobre diablo, trataba de hacer gozar a esa siriana sin ayuda de nadie. El dinero sirve, por un tiempo. No sé qué fue de ese tipo.

Se miró de nuevo la muñeca. Vi la marca pálida donde antes había habido un reloj y le dije la hora.

—¿Es ése su mensaje para la Tierra? ¿No amar a seres de otros mundos?

—¿No amar a seres de otros mundos...? —Se encogió de hombros.— Sí. No. Ah, demonios, ¿no lo entiendes? Todo sale, nada entra. Como esos pobres polinesios. Estamos agotando la Tierra, ante todo. Cambiando materias primas por basura. Símbolos de status. Bandejas de audio, Coca Cola y relojes de Mickey Mouse.

—Bien, existe cierta preocupa-

ción por la balanza comercial. ¿Ése es su mensaje?

—Balanza comercial —gruñó sardónicamente—. Me pregunto si los polinesios tendrían una palabra adecuada. No lo entiendes. ¿Verdad? Bien, ¿por qué estás aquí? Me refiero a *ti*, personalmente. ¿A cuántos colegas dejaste en el camino...?

Se puso rígido al oír pasos afuera. La cara esperanzada del prociano apareció en la esquina. El pelirrojo le gruñó y lo ahuyentó. Empecé a protestar.

—Bah, a ese imbécil le encanta. Es el único placer que nos queda... ¿No lo entiendes? Eso somos *nosotros*. Ese aspecto tenemos para ellos, para los verdaderos.

—Pero...

—Y ahora que los reactores C abaratarán los viajes, estaremos en todas partes, como los procianos. Por el placer de servir como mecánicos y técnicos en las estaciones. Sí, claro que aprecia nuestras ingeniosas estaciones de servicio, la hermosa gente de las estrellas. Pero no las necesita. Es sólo una diversión. ¿Sabes qué hago aquí con mis títulos universitarios? Lo que hacía en Primer Empalme. Limpio tuberías. Paso el estropajo. A veces llego a reemplazar un caño.

Mascullé algo; su autocompasión me fastidiaba.

—¿Rencor? Hombre, es un buen trabajo. A veces logro hablar con uno de ellos. —Hizo una mueca.— Mi esposa trabaja como... oh diablos, no entenderías. Yo cambiaría... perdón, yo he cambiado todo lo que me ofrecía la Tierra por esa sola oportunidad. Por verlos. Por hablarles. Tocar a uno de vez en cuando. Muy de vez en cuando en-

contrar a uno tan vil y pervertido como para querer tocarme a mí...

La voz se le apagó y de pronto recobró su fuerza.

—¡Y tú harás lo mismo! —Me fulminó con la mirada.— ¡Vuelve! ¡Vuelve y diles que terminen con eso! Que cierren los puertos. Que men cada objeto de otro mundo antes que sea demasiado tarde. Eso es lo que no hicieron los polinesios.

—Pero sin duda...

—¡No hay pero que valga! Balanza comercial... Balanza vital, hombre. No sé si nuestra tasa de natalidad está bajando, no es eso lo que importa. Se nos está escapando el alma. ¡Nos estamos desangrando!

Inhaló con fuerza y bajó el tono.

—Trato de decirte que esto es una trampa. Hemos dado con el estímulo supranormal. El hombre es exógeno... toda nuestra historia es un largo impulso para encontrar y preñar al extraño. O ser preñado por él; también funciona en las mujeres. Cualquier cosa de color diferente, nariz diferente, trasero diferente, cualquier cosa, el hombre tiene que copular con ella o morir en el intento. Es instintivo, está incorporado. Porque funciona bien mientras el extraño sea humano. Durante millones de años eso mantuvo los genes en circulación. Pero ahora hemos encontrado criaturas con las que no podemos copular y moriremos en el intento... ¿Crees que puedo tocar a mi esposa?

—Pero...

—Escúchame. ¿Sabes una cosa? Si le das a un pájaro un huevo falso, igual a los suyos, sólo que más grande y con marcas más brillantes, el pájaro tira su huevo del nido

y empolla el falso. Eso estamos haciendo nosotros.

—Usted insiste demasiado en el sexo —dije, tratando de disimular mi impaciencia—. Lo cual me parece magnífico, pero la clase de historia que yo esperaba...

—¿El sexo? No, es más profundo. —Se frotó la cabeza, tratando de atenuar los efectos de la droga.— El sexo es sólo una parte de la cuestión... hay más. He visto misioneros de la Tierra, maestros, gente asexual. Los maestros terminan reciclando desperdicios o empujando flotadores, pero están atrapados. Se quedan. Vi a una bella anciana que era sirvienta de un muchacho cu'ushbar. Un defectuoso... su propia gente lo habría dejado morir. Esa infeliz le limpiaba el vómito como si fuera agua bendita. Hombre, es algo profundo... como un culto de cargamento del alma. Estamos hechos para soñar con lo diferente. Ellos se ríen de nosotros. Ellos no son así.

Hubo ruidos en el corredor contiguo. Empezaba a reunirse gente para cenar. Tenía que librarme de él y llegar allí; quizá pudiera encontrar al prociano. Se abrió una puerta lateral y una silueta se dirigió hacia nosotros. Al principio pensé que era una alienígena y luego vi que era una mujer usando un incómodo traje protector. Cojeaba ligeramente. Detrás de ella vi a la multitud que avanzaba hacia el comedor.

El hombre se levantó cuando ella entró en la plataforma. No se saludaron.

—La estación sólo contrata a matrimonios felices —me dijo él con esa risa desagradable—. Nos... consolamos mutuamente.

Le tomó una mano. Cuando él se la alzó, ella se intimidó y se dejó dar vuelta pasivamente, sin mirarme. —Perdóname si no te presento. Mi esposa parece estar cansada.

Vi que ella tenía una grotesca cicatriz en un hombro.

—Diles —me dijo, disponiéndose a salir—. Regresa y cuéntales. —Luego volvió la cabeza bruscamente y añadió en voz baja: — Y no

te acerques a la oficina de Sirtis porque te mato.

Se marcharon por el corredor.

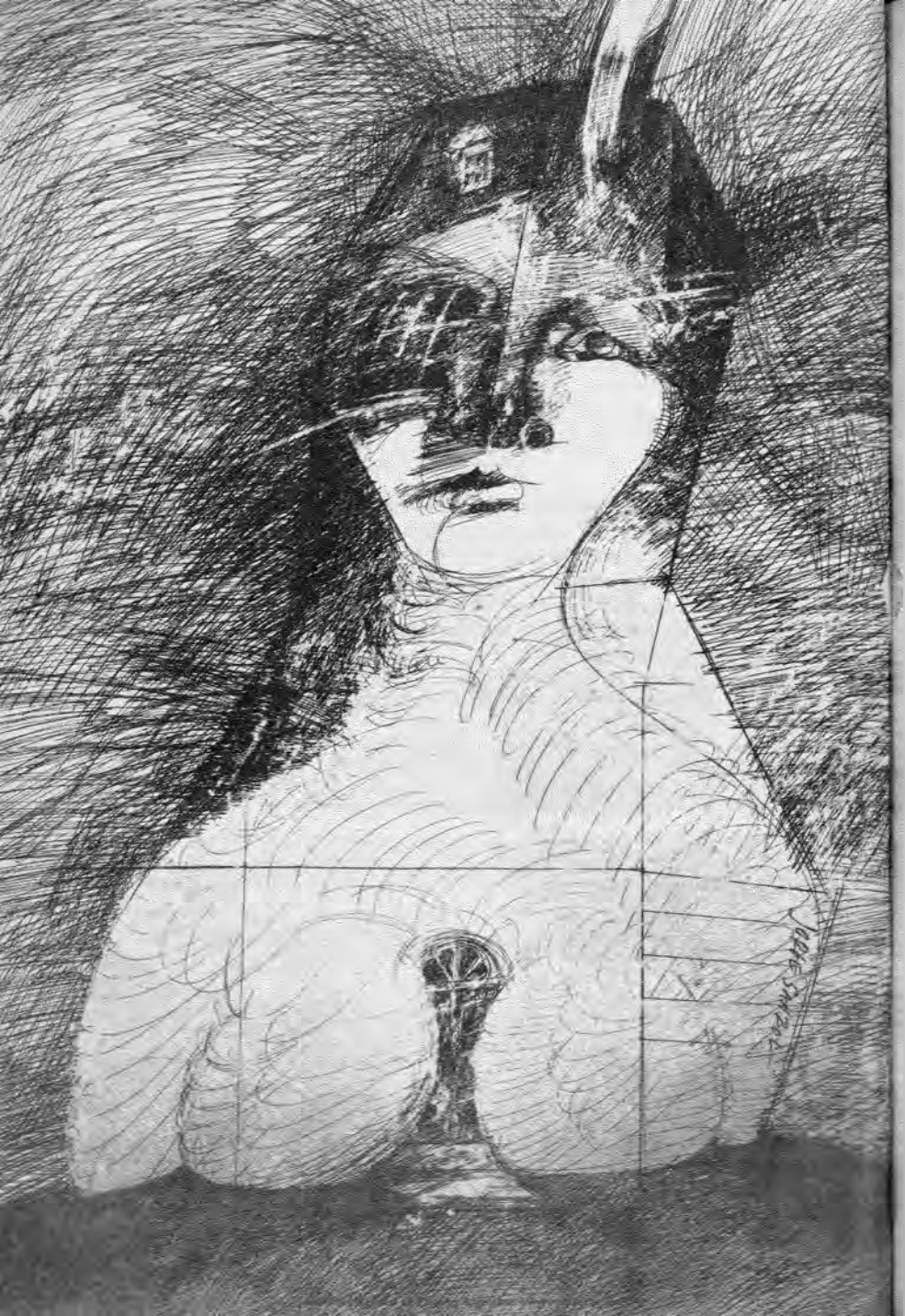
Cambié la cinta apresuradamente, mirando de reojo las figuras que pasaban por la puerta abierta. De pronto vi pasar entre los humanos dos formas rojas y lustrosas. ¡Mis primeros alienígenas verdaderos! Cerré el grabador y me abrí paso en la multitud para alcanzarlos.

Título del original en inglés: *And I Awoke and Found Me Here On the Cold Hill's Side*.
© 1971 by Mercury Press, Inc. Traducción de Pedro Kavalán.

Todo

Más que luz, lo que se percibe, cuando se está allí, es una vibración, algo que uno está dispuesto a confundir con la luz y que lo inunda todo. Por eso decir, como dije, "cuando se está allí", no da idea de lo que ocurre, porque lo que entonces se siente es que todo está allí, o va a estarlo, y la inminente cercanía de todo sobrecoge. Sólo que esa misma inminencia contiene tanto como lo que falta; esa inminencia de todo es también, por eso mismo, un vacío casi total.

(*Tratados y ejercicios*, © 1967 Universidad Veracruzana.)



LUISA AXPE

RETOÑOS

*Los pensamientos, como todas
las cosas vivas, nacen, crecen,
mueren, etcétera.*

Ilustración de Jorge Sanzol

Había en aquella casa un ventanal de marcos blancos dividido en pequeños rectángulos, por donde el sol llegaba hasta todos los rincones, en verano e invierno. También había, contra el ventanal, un asiento mullido con almohadones redondos y un gato blanco que parecía un almohadón. La cocina estaba llena de sabrosos presagios: frascos de vidrio con ramas de canela o vainilla, tarros de crema casera, galletas de chocolate que se deshacían al mirarlas. Había casi siempre olor a mermelada de frambuesa, y un pastel de manzanas que se horneaba lentamente a pesar del agua en la boca. El gato a veces bostezaba, y eso parecía una señal para que el piano sonara en la sala con un ani-

ñado teclear de estudio vespertino. La escalera que llevaba a los dormitorios tenía las barandas torneadas, y uno se podía sentar allí y ver todo como recortado por un molde, curva arriba y curva abajo, dibujando la sala y sus alrededores en una simetría silenciosa y perfecta. Casi todas las habitaciones tenían las paredes cubiertas por un papel floreado, de dibujos muy pequeños que hacían cosquillas en los ojos al llegar la hora de apagar el velador.

Era una delicia, aquella casa. Mis hermanos y yo la habíamos querido así.

Tenía también una gran chimenea para el invierno, y una alfombra redonda formada por aros de

colores que parecía tejida a mano y un altillo repleto de cosas divertidas, y muchos rincones para escondernos mis hermanos y yo. Pero eso no era lo más extraordinario que tenía la casa. Lo importante es que aquella casa, que era como siempre la quisimos, había brotado.

Empezó a brotar una mañana de agosto, cuando todavía el frío nos dejaba del lado de adentro de las ventanas, en nuestro viejo hogar. Una mañana, mientras hacíamos crujir la escarcha en el pasto del fondo, vimos un cuadradito de ladrillos que se asomaba entre dos arbustos que no conseguían esconderlo del todo. Era la chimenea, lo supimos después. A la semana ya había salido diez centímetros, sin que pudiéramos saber de qué se trataba. Cuando salieron otros diez centímetros empezamos a sospechar que aquello era, en verdad, una chimenea.

Sin estar totalmente seguros de que a continuación vendría la casa, mis hermanos y yo empezamos a regarla.

Para la primavera ya había comenzado a brotar parte del techo, y empezamos a pensar en mudarnos. Los mayores hicieron todo lo que había que hacer, y sin pensarlo más fuimos todos a parar a una pieza alquilada, a dos cuerdas de casa.

La casa vieja pronto se vendría abajo, empujada por la nueva. Era tan vieja; ni los escombros podrían aprovecharse. Sacamos todas las cosas que servían, y la dejamos morir en paz.

Gracias a nuestros riegos la casa nueva despuntaba cada día con mayor vigor. Las tejas relucían, y hasta los ladrillos de la chimenea pare-

cían más nuevos y más rojos que al principio. Entonces mis hermanos y yo empezamos a pensar cómo queríamos que fuera.

Cuando asomó la ventanita del altillo nos atropellamos para mirar; pero adentro todo estaba aún muy oscuro.

—Tengo miedo —dijo un día mi hermano menor.

—¿De la casa que brota? —pregunté.

—No; tengo miedo de que *ellos* también estén tratando de hacer que la casa sea como *ellos* quieren.

Hablaba de papá y mamá, por supuesto. Pero, ¿cómo podrían *ellos* conseguir que la casa fuera para ellos?

—Igual que nosotros. Pensando —dijo. Y se quedó callado, y nosotros también.

Para entonces ya no regábamos más alrededor de la casa, que estaba muy grande; hubiera sido como regar un árbol viejo.

Antes de que el sol pudiera iluminar un poco adentro nos conseguimos una linterna, y sin decir nada fuimos a escudriñar aquellos interiores nacientes. La luz de la linterna era más débil que nuestra curiosidad, pero igual pudimos ver que el altillo era como lo habíamos pensado: tenía vigas con ganchos para colgar viejas lámparas, varios arcones, una escalera de mano, una silla de montar, una colección de sombreros de explorador y muchos libros y revistas formando tentadoras pilas sobre una cama marinera.

Nos pasamos el resto del día tratando de imaginar qué habría dentro de los arcones. Esa casa que estaba creciendo parecía una caja de sorpresas.

En pocos días más empezaron a salir las ventanas del primer piso, y aunque estaba todavía muy oscuro pudimos descubrir cuál era la de nuestro cuarto, por las tres camas iguales. La de arriba era la que más se veía. Enseguida empezamos a pelearnos por ella. Finalmente me tocó a mí, no por ser la única mujer sino porque lo echamos a suertes. Ese cuarto igual prometía: podía adivinarse una sogá con nudos, y una escalera de esas que hay en los gimnasios, para colgarse y jugar a los monos. Y mucho, mucho lugar...

Mientras la casa crecía íbamos adivinando todo lo que no podía verse desde las ventanas, pero que —sabíamos— allí estaría. El baño con la mampara de estrellas, los espejos del pasillo, los grandes armarios para guardar nuestras cosas, la escalera que nos llevaría como un tobogán a costa de nuestros pantalones, la chimenea llena de brasas donde se asarían las papas y batatas en las vacaciones de invierno...

Cuando por fin pudimos entrar en la casa crecida, no nos causó demasiada sorpresa ver la mesa de la cocina pintada de blanco, tal como la habíamos imaginado, o las puer-titas gateras, como las de los dibujos animados; ni siquiera nos sorprendió el gato que, desparramada su indolencia sobre la alfombra, nos recibió con un bostezo. Al parecer, papá y mamá tampoco se sorprendieron demasiado. ¿Lo habrían conseguido?, nos preguntamos en silencio.

Pero no, no lo habían conseguido. La casa era enteramente nuestra. Estaba de nuestro lado. Velaba nuestros sueños, encubría nues-

tras picardías y vigilaba los pasos que nos rondaban, haciéndolos neutros. Por ejemplo, si el entusiasmo de algún invento milagroso nos había llevado a la cocina en busca de los ingredientes necesarios, hacía que el ruido de las pisadas de mamá fuera más fuerte, para darnos tiempo a guardar todo. O cerraba alguna puerta indiscreta con un golpe de viento apropiado, ocultando a los adultos la escena transgresora.

Ellos no sabían que era la casa, nuestra mejor aliada. Todo les parecía estar en su lugar, allí: tenían su dormitorio con mucha luz por la mañana, un sillón en la sala para sentarse frente al fuego, el piano para nuestros estudios... Pero los encantos de aquella casa eran sólo visibles a nuestra mirada. De noche nos acunaba con un suave murmullo de vigas de madera, llevándonos por sueños abrigados y fantásticos a la vez. De día hacía que nuestras horas de juego fuesen una aventura inefable, con la cual soñábamos en el banco de la escuela. Nuestros amigos habían aprendido también a amar aquella casa espaciosa, aunque no, claro está, con la misma pasión.

En el segundo verano mis padres decidieron que iríamos a las montañas un mes entero. Nosotros no queríamos. Era demasiado tiempo, y había tanto que jugar en la casa, tantos rincones aún no explorados, qué preferíamos quedarnos. Nuestros padres no entendían bien cómo no nos entusiasmaba la idea de viajar; no podían comprender nuestro amor por la casa. Convenidos de que se trataba de un capricho más, siguieron haciendo los preparativos, con la clara convic-

ción de que ya se nos pasaría. Mamá iba de un lado para otro con ropas y valijas, ignorando nuestras caras largas. Entonces la casa hizo aquello.

Con un bolso en la mano y un par de botas de abrigo en la otra, mamá pisó el primer escalón para bajar. La madera pareció perder estabilidad: se curvó primero en forma apenas visible, para luego balancearse de izquierda a derecha. Totalmente mareada, mamá cayó rodando por la escalera.

Traumatismo de cráneo, dijo el doctor. Por supuesto, no pudimos irnos. Mamá tuvo que quedarse bastante tiempo quieta en la cama, y papá tenía que hacer la comida. Ellos se quedaron sin sus montañas aburridas, y nosotros nos quedamos con la casa.

Cuando se casó el primero de mis hermanos la casa se puso triste: estaba más oscura que de costumbre, y hasta el piano parecía sonar sin brillo entre aquellas paredes sensibles. Así fue cada vez que uno de nosotros se iba, aunque fuera por un tiempo. Cuando quedamos solamente papá y yo —a mamá la habíamos despedido hacía un año— la casa empezó a envejecer. Habría que hacer unos arreglos, decía papá. Pero él y yo sabíamos que todo quedaría igual.

Durante su larga enfermedad la

casa me ayudó a cuidarlo con todo el silencio de que era capaz. No hubiera podido hacer otra cosa.

Al casarme yo, mi marido aceptó sin preguntar demasiado que viviéramos en la casa despoblada. Allí nacieron nuestros tres hijos, y allí vivimos hasta que el mayor cumplió diez años. Unas grietas indomables volvieron imposible nuestro viejo confort, llenando de humedad los rincones del alma. La casa estaba vieja.

Hoy hace tres meses que nos mudamos, y he comenzado a sentir una antigua inquietud. Sé que algo va a cambiar. Es como si la historia se repitiera, como esos cuentos que se cuentan siempre de la misma manera, a través de los años y los años. Lo sé, ante todo por el brillo especial que he visto en la mirada de los chicos durante toda esta semana. Y estoy preocupada. Al principio no le daba importancia, pero ahora sí. A medida que pasan los días se hace más evidente. Esta mañana salieron a dar una vuelta en bicicleta, y casualmente se acercaron a la casa vieja. "Tendrías que venir uno de estos días, mamá. El ciruelo está cubierto de flores." Nada más; y todo el tiempo ese brillo en los ojos. No hay duda: en el fondo de la casa ha comenzado a brotar una chimenea.

Escribir

Ahora que sé lo que debo hacer estoy más tranquilo; porque lo que debo hacer es precisamente esto que hago: miro a mi alrededor, veo vivir —o no— y pienso; también pienso en mí mismo, me siento vivir —o no— y luego escribo. Veo que ocurren cosas. No digo cuales. Pienso en ellas y escribo. También a mí me pasan cosas; tampoco digo cuales. Pero pienso en ellas y escribo. A veces algún amigo me dice: “¿Viste lo que está pasando?” No siempre sé a qué se refiere; por eso prefiero contestarle, de modo general —porque en estos tiempos no es fácil interpretar siempre exactamente lo que se dice— que sí, que he visto que pasan cosas, pero que siempre pasan cosas. Entonces mi amigo me pregunta con cierta irritación: “¿Y tú, qué haces?” “¿Yo? —le contesto—. Yo escribo.”

(*Nuevos tratados y otros ejercicios*, © 1982 Arca Editorial.)



FREDRIC BROWN

LOS ONDULANTES

*Los invasores más rápidos
del universo, y los cambios más
rápidos en la Tierra.*

Ilustración de Carlos Nine

Definiciones del diccionario abreviado Webster-Hamlin, edición de 1998:

ondulante s. un invasor
invasor s. inórgano de la clase radio
inórgano s. ente incorpóreo. invasor
radio s. 1. clase de inórganos 2. frecuencia etérea entre la luz y la electricidad 3 (obsoleto) método de comunicación usado hasta 1957

Las salvas inaugurales de la invasión no fueron estruendosas, pero fueron oídas por millones de personas. George Bailey estaba entre esos millones. Elijo a George Bailey porque fue el único que llegó a tener una vaga intuición de lo que pasaba.

George Bailey estaba borracho, y dadas las circunstancias no se lo podía culpar por ello. Estaba escu-

chando avisos radiales de la clase más repulsiva. No porque él quisiera escucharlos, desde luego, sino porque su jefe, J. R. McGee de la red MID, le había dicho que los escuchara.

George Bailey escribía avisos para la radio. Lo único que odiaba más que la publicidad era la radio. Y ahora dedicaba su tiempo libre a escuchar irritantes y nauseabundos avisos comerciales en una emisora rival.

—Bailey—había dicho J. R. McGee—, deberías familiarizarte más con lo que hacen otros. Especialmente, deberías estar informado sobre lo que hacen los clientes nuestros que usan varias emisoras. Francamente, te sugiero...

Uno no se opone a las francas sugerencias del jefe si quiere conservar un trabajo de doscientos dólares por semana.

Pero uno puede beber *whisky sours* mientras escucha. George Bailey bebía *whisky sours*.

Además, entre una tanda comercial y otra, jugaba al gin rummy con Maisie Hetterman, una atractiva dactilógrafa pelirroja del estudio. Era el departamento de Maisie y la radio de Maisie (George, por principios, no tenía radio ni televisor), pero George había traído el licor.

—...sólo los mejores tabacos —decía la radio— entran *dit-dit-dit* cigarrillo favorito del país...

George miró la radio.

—Marconi —dijo.

Desde luego quería decir Morse, pero como los *whisky sours* lo habían mareado un poco su primera corazonada se acercó más a la verdad que la de cualquier otro. Era Marconi, en cierto modo, de un modo muy especial.

—¿Marconi? —preguntó Maisie.

George, que odiaba hablar con la radio encendida, se inclinó para apagarla.

—Quise decir Morse —dijo—. Morse, como en los boy scouts o en el cuerpo de señales. En un tiempo fui boy scout.

—Vaya si has cambiado —dijo Maisie.

George suspiró. —Alguien se creará problemas, transmitiendo en código en esa longitud de onda.

—¿Qué decía?

—¿Decía? Ah, quieres decir qué decía la señal. S..., la letra S. *Dit-dit-dit* es S. SOS es *dit-dit-dit da-da-da dit-dit-dit*.

—¿La O es *da-da-da*?

George sonrió. —Dilo de nuevo, Maisie. Me gusta. Y creo que tú también eres *da-da-da*.

—George, quizá sea realmente un SOS. Enciéndela de nuevo.

George la encendió de nuevo. El aviso de cigarrillos aún estaba en el aire. —...caballeros del gusto más *dit-dit-dit*-guido prefieren el gusto superior de los cigarri-*dit-dit-dit*. En su nuevo paquete, que los conserva *dit-dit-dit* y ultrafrescos...

—No es un SOS. Son sólo eses.

—Como una tetera, o... Oye, George, quizá sea un truco publicitario.

George meneó la cabeza. —En ese caso no taparía el nombre del producto. Espera un minuto hasta que...

Extendió la mano y movió la perilla de la radio un poco a la derecha y un poco a la izquierda, y una expresión incrédula le inundó la cara. Movié la perilla hacia el extremo izquierdo, tanto como podía. No había ninguna estación allí, ni siquiera el zumbido de una nota de transmisión, pero la radio decía *dit-dit-dit, dit-dit-dit*.

Movié la perilla hacia el extremo derecho. *Dit-dit-dit*.

George apagó la radio y miró a Maisie sin verla, lo cual no era fácil.

—¿Algo malo, George?

—Espero que sí —dijo George Bailey—. Por cierto espero que sí.

Pensó en tomar otra copa y cambió de idea. Tuvo la repentina corazonada de que algo importante estaba ocurriendo y quería estar sobrio para evaluar las cosas.

No tenía la menor idea de cuán importante era.

—George, ¿qué quieres decir?

—No sé qué quiero decir. Mai-

sie, demos un paseo hasta el estudio, ¿eh? Creo que habrá cosas interesantes.

5 de abril de 1957; ésa fue la noche en que llegaron los ondulantes.

Había empezado como una noche más. Ya no lo era.

George y Maisie esperaron un taxi, pero como no venía ninguno tomaron el subterráneo. Ah sí, los subterráneos aún funcionaban en esos días. Los dejó a una cuadra del edificio de la emisora.

El edificio era un manicomio. George, sonriendo, atravesó el lobby llevando a Maisie del brazo, tomó el ascensor hasta el quinto piso y sin ninguna razón dio un dólar al ascensorista. Nunca en su vida había dado propina a un ascensorista.

El joven le dio las gracias. —Le conviene no acercarse a los gerentes, señor Bailey —dijo—. Le arrancarán las orejas a dentelladas a cualquiera que tan sólo se atreva a mirarlos.

—Maravilloso —dijo George.

Desde el ascensor fue directamente hacia la oficina del propio J. R. McGee.

Se oían voces estridentes detrás de la puerta de vidrio. George estiró la mano hacia el picaporte y Maisie trató de detenerlo. —Pero George —susurró—, ¡te despedirán!

—Hay momentos para todo —dijo George—. Aléjate de la puerta, primor.

Apartó a Maisie con suavidad pero también con firmeza.

—Pero George, ¿qué te propones...?

—Observa —dijo él.

Entreabrió la puerta y las voces

frenéticas cesaron. Al asomar la cabeza todos los ojos se volvieron hacia él.

—*Dit-dit-dit* —dijo—. *Dit-dit-dit*.

Se echó hacia atrás y hacia un costado justo a tiempo para escapar del vidrio astillado por el pisapapeles y el tintero que atravesaron el panel de la puerta.

Aferró a Maisie y corrió hacia las escaleras.

—Ahora beberemos una copa —le dijo.

Había una multitud en el bar de enfrente, pero era una multitud extrañamente silenciosa. Por respeto al hecho de que la mayoría de los clientes eran gente de la radio ese bar no tenía televisor sino un gran gabinete de radio, y casi todos estaban agolpados alrededor.

—*Dit* —decía la radio—. *Dit-da-d'-da-di-daditda-dit...*

—¿No es hermoso? —le susurró George a Maisie.

Alguien movió la perilla. Alguien preguntó qué banda era ésa y alguien dijo: “La policial.” Alguien dijo “Busca la onda corta”, y alguien la buscó. “Esto debería ser Buenos Aires”, dijo alguien. “*Dit-d'-da-dit*”, dijo la radio.

Alguien se pasó los dedos por el pelo y dijo: “Apaguen esa maldita cosa.” Alguien la apagó y alguien la encendió de nuevo.

George sonrió y se dirigió hacia un reservado donde había visto a Pete Mulvaney sentado a solas con una botella delante. George y Maisie se sentaron frente a Pete.

—Hola —dijo George, muy serio.

—Demonios —dijo Pete, que era jefe del personal de investigación técnica de la radio.

—Una bella noche, Mulvaney —dijo George—. ¿Viste la luna remontando las algodinosas nubes cual un áureo galeón arrojado sobre olas de plateada cresta en un huracanado...

—Cállate —dijo Pete—. Estoy pensando.

—*Whisky sour* —le dijo George al mozo. Se volvió hacia Pete—. Piensa en voz alta, para que oigamos todos. Pero antes, ¿cómo escapaste del manicomio de enfrente?

—Me patearon, me echaron, me despidieron.

—Choca esos cinco. Y luego explícale. ¿Les dijiste *dit-dit-dit*?

Pete lo miró con repentina admiración. —¿Eso hiciste?

—Tengo una testigo. ¿Qué hiciste tú?

—Les dije lo que pensaba que era y creen que estoy loco.

—¿Lo estás?

—Sí.

—Bien —dijo George—. Entonces queremos oírlo... —Chasqueó los dedos. —¿Qué pasa con la televisión?

—Lo mismo. El mismo sonido en audio, y la imagen tiembla y se desdibuja con cada punto o guión. En este momento es sólo un borrón.

—Maravilloso. Y ahora dime qué ocurre. No me importa lo que sea, mientras no sea una trivialidad, pero quiero saber.

—Creo que es el espacio. El espacio está distorsionado.

—El viejo amigo, el espacio —dijo George Bailey.

—George —dijo Maisie—, cállate por favor. Quiero oír esto.

—El espacio —dijo Pete— también es finito. —Se sirvió otra copa. —Recorres cierta distancia

en cualquier dirección y vuelves al punto de partida. Como una hormiga arrastrándose alrededor de una manzana.

—Mejor una naranja —dijo George.

—De acuerdo, una naranja. Ahora supongamos que las primeras ondas de radio jamás emitidas acaban de terminar el viaje de vuelta. En cincuenta y seis años.

—¿Cincuenta y seis años? Pero pensé que las ondas de radio viajaban a la misma velocidad que la luz. Si es así, en cincuenta y seis años sólo pudieron recorrer cincuenta y seis años-luz, y *eso* no puede ser todo el universo porque se sabe que hay galaxias a millones o quizá miles de millones de años-luz. No recuerdo las cifras, Pete, pero nuestra galaxia sola tiene mucha más extensión que cincuenta y seis años-luz.

Pete Mulvaney suspiró. —Por eso digo que el espacio debe estar distorsionado. Hay un atajo en alguna parte.

—¿Un atajo *tan* corto? No puede ser.

—Pero George, escucha lo que se está recibiendo. ¿Entiendes el código?

—Ya no. No a esa velocidad, al menos.

—Bien, yo sí lo entiendo —dijo Pete—. Esa es la jerga de los primeros radioaficionados norteamericanos. Son los sonidos que llenaban el aire antes que se iniciaran las emisiones radiales normales. Es la jerga, las abreviaturas, la cháchara del granero al altílo de los aficionados con claves, con cohesores Marconi o detectores Fessenden... y pronto oirás un solo de violín. Te diré cuál es.

—¿Cuál?

—El *Largo* de Händel. El primer disco fonográfico transmitido por radio. Fessenden lo emitió desde Brant Rock en 1906. Oirás su CO-CO en cualquier momento. Te apuesto un trago.

—De acuerdo. ¿Pero qué era el *dit-dit-dit* que empezó todo esto?

Mulvaney sonrió. —Marconi, George. ¿Cuál fue la señal más poderosa jamás emitida, cuándo y por quién?

—¿Marconi? ¿*Dit-dit-dit*? ¿Hace cincuenta y seis años?

—Eres un buen alumno. La primera señal transatlántica, el 12 de diciembre de 1901. Durante tres horas la gran estación de Marconi en Poldhu, con postes de más de sesenta metros, envió una S intermitente, *dit-dit-dit*, mientras Marconi y dos asistentes, en St. Johns, Terranova, remontaban una antena a ciento veinte metros en una cometa hasta que al fin captaron la señal. A través del Atlántico, George, con chispas que saltaban de las grandes botellas de Leyden en Poldhu y 20.000 voltios brincando de las tremendas antenas...

—Un minuto, Pete, hay algo que no encaja. Si eso fue en 1901 y la primera emisión radial fue en 1906, pasarán cinco años antes que la emisión de Fessenden llegue aquí por la misma ruta. Aun si hay un atajo de cincuenta y seis años-luz en el espacio y aun si esas señales no se debilitaron tanto en el viaje como para que no podamos oír-las... es una locura.

—Te previne que lo era —dijo Pete desanimadamente—. Caray, esas señales serían tan infinitesimales después de viajar tan lejos que en la práctica no existirían. Más

aún, están en todas las bandas, desde las microondas para arriba, y en todas tienen la misma fuerza. Y, como dices tú, ya hemos recibido casi cinco años en dos horas, lo cual no es posible. Te dije que era una locura.

—Pero...

—Sshhh. Escucha —dijo Pete.

Una voz borrosa pero inequívocamente humana venía de la radio, mezclándose con los chasquidos del código. Y luego una música débil y cascada, pero inequívocamente de violín. El *Largo* de Händel.

Sólo que de pronto se agudizó como si escalara de clave en clave, hasta volverse tan estridente que lastimaba el oído. Y siguió hasta pasar el límite de lo audible y no pudieron oír-la más.

—Apaguen ya esa maldita cosa —dijo alguien. Alguien la apagó, pero esta vez nadie volvió a encenderla.

—Yo mismo no lo creía —dijo Pete—. Y hay otro elemento en contra, George. Esas señales afectan también la televisión, y las ondas de radio no tienen la longitud adecuada para eso. —Meneó la cabeza lentamente. —Tiene que haber otra explicación, George. Cuanto más lo pienso, más me convengo de que estoy equivocado.

Tenía razón: estaba equivocado.

—Descabellado —dijo el señor Ogilvie.

Se quitó las gafas, frunció el ceño, y se las caló de nuevo. Miró a través de ellas los papeles que tenía en la mano y los arrojó desdeñosamente sobre el escritorio. Los papeles resbalaron hasta descansar contra la placa triangular que rezaba:

B. R. OGILVIE
Jefe de redacción

—Descabellado —repitió.

Casey Blair, su mejor reportero, sopló un anillo de humo y lo atravesó con el índice. —¿Por qué? —preguntó.

—Porque... caramba, es *absolutamente* descabellado.

—Ahora son las tres de la mañana —dijo Casey Blair—. La interferencia ha durado cinco horas y no hay un solo programa por televisión ni por radio. Todas las estaciones importantes de radio y televisión del mundo entero han dejado de transmitir. Por dos razones. Una, sólo estaban gastando corriente. Dos, las secretarías de Comunicaciones de sus respectivos gobiernos les solicitaron que cesaran de transmitir para colaborar en las campañas de rastreo. Hace cinco horas, desde el comienzo de la interferencia, que están trabajando con todo lo que tienen. ¿Y qué han averiguado?

—¡Es descabellado! —dijo el jefe de redacción.

—De acuerdo, pero es cierto. Greenwich, a las once de la noche hora de Nueva York (traduciré todas las horas a la de Nueva York) encontró algo en la dirección de Miami. Viró hacia el norte hasta que a las dos la dirección era aproximadamente la de Richmond, Virginia. A las once San Francisco encontró algo en la dirección de Denver; tres horas más tarde viró al sur, hacia Tucson. En el hemisferio sur: señales captadas en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, viraron de la dirección de Buenos Aires a la de Río de Janeiro, mil quinientos kilómetros al norte. Nueva York a las

once recibía señales débiles de Madrid, pero a las dos no recibía ninguna señal. —Soltó otro anillo de humo. —¿Quizá porque las antenas de cuadro que usan sólo giran en un plano horizontal?

—Absurdo.

—Me gusta más "descabellado", señor Ogilvie. Es descabellado, pero no absurdo. Yo estoy muerto de miedo. Esas líneas, y todas las señales de que hemos oído hablar, corren en la *misma dirección* si uno las toma como líneas rectas trazadas como tangentes de la Tierra en vez de curvarlas alrededor de la superficie. Yo lo hice con un pequeño globo terráqueo y un mapa estelar. Convergen en la constelación de Leo. —Se inclinó y tocó con el índice la primera página del artículo que acababa de entregar. —Las estaciones que están directamente bajo Leo no reciben ninguna señal. Las estaciones que están en lo que sería el perímetro de la Tierra respecto de ese punto reciben las señales más fuertes. Escuche, si prefiere haga revisar esas cifras por un astrónomo antes de publicar la nota, pero hágalo pronto... a menos que quiera leer la noticia en otros diarios primero.

—Pero la ionosfera, Casey... ¿no se supone que detiene todas las ondas de radio y las hace rebotar?

—Claro que sí. Pero quizá hay una filtración. O quizá las señales pueden atravesarla desde afuera aunque no puedan salir desde adentro. No es una pared sólida.

—Pero...

—Lo sé, es descabellado. Pero allí está. Y nos falta sólo una hora para cerrar. Será mejor que mande esta nota pronto y la haga componer mientras hace revisar mis datos

y direcciones. Además, usted quedará cerciorarse de algo más.

—¿Qué?

—Yo no tenía los datos para corroborar la posición de los planetas. Leo está en la eclíptica; un planeta podría interponerse entre aquí y allá, Marte, tal vez.

Los ojos del señor Ogilvie se iluminaron y se opacaron de nuevo.

—Blair —dijo—, si usted se equivoca seremos el hazmerreír del mundo.

—¿Y si tengo razón?

El jefe de redacción tomó el teléfono y ladró una orden.

Titular del 6 de abril del *Morning Messenger* de Nueva York, última edición (6 de la mañana):

INTERFERENCIA RADIAL
VIENE DEL ESPACIO
SE ORIGINA EN LEO

Seres ajenos al sistema solar
intentarían comunicarse

Todas las emisiones de radio y televisión fueron suspendidas.

Las acciones de las empresas radiales y televisivas abrieron varios puntos por encima de la cotización del día anterior, y luego bajaron abruptamente hasta mediodía, cuando una moderada estampida de compradores las hizo subir un poco.

La reacción del público era ambigua; la gente que no tenía radio salió precipitadamente a comprar una, y las ventas subieron, especialmente en aparatos portátiles y de mesa. Por otra parte, no se vendió ningún televisor. Con la suspensión de las emisiones no había imágenes en las pantallas, ni siquiera imágenes borrosas. Los circuitos de audio, cuando se los en-

cendía, emitían el mismo murmullo que los receptores de radio. Lo cual, como Pete Mulvaney le había señalado a George Bailey, era imposible; las ondas de radio no pueden activar los circuitos de audio de los televisores. Pero éstas los activaban, y eran ondas de radio.

En los aparatos de radio parecían ondas de radio, aunque horriblemente trituradas. Nadie podía escucharlas mucho tiempo. Había momentos fugaces en que, por varios segundos consecutivos, uno podía reconocer la voz de Will Rogers o Geraldine Farrar, o pescar instantes de la pelea Dempsey-Carpentier o la excitación de Pearl Harbor (¿recuerdan Pearl Harbor?). Pero las cosas dignas de oírse eran raras. En general era una mezcla ininteligible de radioteatro, publicidad y jirones desafinados de lo que una vez había sido música. Era totalmente indiscriminado, y totalmente insoportable.

Pero la curiosidad es una motivación poderosa. Hubo un breve auge de venta de radios por unos días.

Hubo otros auges, menos explicables, más difíciles de analizar. Hubo un alza repentina en la venta de escopetas y armas portátiles que evocaba el pánico causado en 1938 por los marcianos de Wells-Welles. Las Biblias se vendían tanto como los libros de astronomía, y los libros de astronomía se vendían como pan caliente. Una zona del país demostró un repentino interés en los pararrayos; los constructores fueron inundados con pedidos de instalación inmediata.

Por alguna razón que nunca se ha aclarado del todo hubo una fiebre de venta de anzuelos en Mobi-

le, Alabama; todas las ferreterías y tiendas deportivas los vendieron en pocas horas.

Las bibliotecas públicas y las librerías fueron despojadas de los libros de astrología y los libros sobre Marte. Sí, sobre Marte, pese a que Marte estaba en ese momento del otro lado del sol y que toda nota periódica sobre el tema enfatizaba que *ningún* planeta se interponía entre la Tierra y la constelación de Leo.

Algo extraño ocurría, y no se disponía de noticias sobre las novedades excepto a través de los diarios. La gente se apiñaba frente a los edificios de los diarios a la espera de cada edición. Los jefes de producción enloquecían.

La gente también se reunía en pequeños grupos de curiosos alrededor de los silenciosos estudios y estaciones de emisión, hablando en voz baja como en un velorio. Las puertas de la emisora estaban cerradas, aunque había un portero encargado de hacer entrar a los técnicos que intentaban encontrar una respuesta al problema. Algunos de los técnicos que habían trabajado el día anterior acababan de pasar más de veinticuatro horas en vela.

George Bailey despertó al mediodía, con sólo una pequeña jaqueca. Se afeitó y duchó, salió, tomó un desayuno ligero y se sintió mejor. Compró las primeras ediciones de los diarios de la tarde, las leyó, sonrió.

Su razonada había sido correcta; fuera lo que fuese, no era una trivialidad.

Pero ¿qué era?

Las últimas ediciones de los diarios de la tarde lo anunciaron.

INVADEN LA TIERRA SEGÚN CIENTÍFICO

El cuerpo treinta y seis era el mayor que tenían; lo usaron. Ni un solo diario fue distribuido esa tarde. Los repartidores eran prácticamente asaltados cuando iniciaban su recorrido. Vendían diarios en vez de repartirlos; los más listos los vendían a un dólar el ejemplar. Los tontos y honestos que no querían venderlos porque pensaban que los diarios correspondían a los clientes regulares del reparto los perdieron de todos modos. La gente se los arrebató.

Las últimas ediciones apenas cambiaron el titular. Es decir, apenas desde un punto de vista tipográfico. Pero el cambio en el significado era tremendo. Decía:

INVADEN LA TIERRA SEGÚN CIENTÍFICOS

Es increíble el efecto que puede producir una sola S.

Carnegie Hall rompió esa noche todas las tradiciones con una conferencia a última hora. Una conferencia no programada ni publicitada. El profesor Helmetz había bajado del tren a las once y media y una multitud de reporteros lo estaba esperando. Helmetz, de Harvard, había sido el científico (en singular) que figuraba en el primer titular.

Harvey Ambers, jefe del directorio del Carnegie Hall, se había abierto paso en la multitud. En el trayecto perdió las gafas, el sombrero y el aliento, pero aferró el brazo de Helmetz y se colgó de él hasta que recobró el habla. —Queremos que hable usted en Carnegie,

profesor —gritó al oído de Helmetz—. Cinco mil dólares por una conferencia sobre los invasores.

—Desde luego. ¿Mañana a la tarde?

—¡Ahora! Tengo un taxi esperando. Venga.

—Pero...

—Le conseguimos público. ¡De prisa! —Se volvió hacia la multitud.— Abran paso. Es imposible oír al profesor aquí. Vengan al Carnegie Hall y él les hablará. Y corran la voz en el camino.

Tanto se corrió la voz que el Carnegie Hall estaba atestado cuando el profesor empezó a hablar. Poco después instalaron un sistema de altoparlantes para que la gente de afuera pudiera oír. A la una de la mañana las calles estaban atestadas en cuadras a la redonda.

No había en la Tierra un patrocinador con un millón de dólares a su nombre que no hubiera dado gustosamente un millón de dólares por el privilegio de patrocinar esa conferencia en televisión o radio, pero no fue emitida por radio ni por televisión. Ambas líneas estaban ocupadas.

—¿Alguna pregunta? —dijo el profesor Helmetz.

Un reportero de la primera fila se adelantó a los demás. —Profesor —dijo—, ¿todas las estaciones rastreadoras de la Tierra han confirmado lo que usted nos dijo esta tarde sobre los cambios de dirección?

—Sí, absolutamente. Alrededor del mediodía todas las indicaciones direccionales empezaron a debilitarse. A las tres menos cuarto, hora del Este, cesaron por completo. Hasta entonces las ondas radiales

procedían del cielo, cambiando continuamente de dirección con respecto a la superficie de la Tierra, pero *constantes* con respecto a un punto en la constelación de Leo.

—¿Qué estrella de Leo?

—Ninguna estrella visible en nuestros mapas. Tampoco venían de un punto en el espacio o de una estrella demasiado débil para nuestros telescopios.

—Pero a las tres menos cuarto de la tarde de hoy (o mejor dicho de ayer, pues ya ha pasado medianoche) todos los rastreadores de dirección dejaron de funcionar. Aun así las señales persistían, y venían de todas partes por igual. Todos los invasores estaban aquí.

"No se puede llegar a otra conclusión. Ahora la Tierra está rodeada, totalmente cubierta, por ondas de tipo radial que no tienen un punto de origen, que viajan incesantemente alrededor de la Tierra en todas las direcciones, cambiando de forma a voluntad. Esa forma actualmente sigue imitando las señales radiales originadas en la Tierra que les llamaron la atención y las trajeron aquí.

—¿Cree usted que era de una estrella que no podemos ver, o pudo haber sido realmente un mero punto en el espacio?

—Quizá de un punto en el espacio. ¿Y por qué no? No son criaturas materiales. Si vinieron aquí desde una estrella, tiene que ser una estrella muy oscura para que nos resulte invisible, pues estaría relativamente cerca de nosotros... a sólo veintiocho años-luz, que es muy poco en términos de distancias estelares.

—¿Cómo puede usted saber la distancia?

—Partiendo del muy razonable supuesto de que iniciaron el viaje cuando descubrieron nuestras señales de radio: la emisión en código de Marconi hace cincuenta y seis años, las eses intermitentes. Como ésa fue la forma adoptada por los primeros en llegar, suponemos que iniciaron el viaje cuando encontraron esas señales. Las señales de Marconi, viajando a la velocidad de la luz, habrían llegado a un punto a veintiocho años-luz de distancia hace veintiocho años; los invasores, viajando también a la velocidad de la luz, necesitarían el mismo tiempo para llegar hasta nosotros.

—Como sería de esperar, sólo los primeros en llegar cobraron forma de código Morse. Los siguientes llegaron con la forma de otras ondas que encontraron y pasaron, o quizás absorbieron, en su viaje a la Tierra. Ahora están vagando alrededor de la Tierra, como quien dice, fragmentos de los últimos programas que se irradiaron, pero todavía no han sido identificados.

—Profesor, ¿puede usted describir a uno de esos invasores?

—Tanto como puedo describir una onda de radio. De hecho, son ondas de radio, aunque no provengan de ninguna emisora. Son una forma de vida que depende del movimiento de las ondas, tal como nuestra forma de vida depende de la vibración de la materia.

—¿Tienen tamaños diferentes?

—Sí, en dos sentidos de la palabra tamaño. Las ondas de radio se miden de cresta a cresta, medida que se conoce como longitud de onda. Como los invasores cubren todo el espectro de recepción de nuestros aparatos de radio y televisión es obvio que sucede una de dos

cosas: o vienen en todos los tamaños cresta-a-cresta o cada cual puede cambiar su medida cresta-a-cresta para adaptarse a la sintonía de cualquier receptor.

—Pero eso es sólo en cuanto a la longitud cresta-a-cresta. En un sentido puede decirse que una onda de radio tiene una longitud general determinada por su duración. Si una emisora irradia un programa que tiene una duración de un segundo, una onda que lleva ese programa tiene un segundo-luz de longitud, unos 300.000 kilómetros. Un programa de media hora continúa está, por así decirlo, en una onda continua de media hora-luz de longitud, y así sucesivamente.

—Tomando esa forma de longitud, cada invasor varía en longitud desde unos miles de kilómetros, una duración de una pequeña fracción de segundo, hasta un millón de kilómetros de longitud, una duración de varios segundos. El fragmento continuo más largo de cualquier programa que se haya observado ha sido de unos siete segundos.

—Pero, profesor Helmetz, ¿por qué supone usted que esas ondas son seres vivientes, una forma de vida? ¿Por qué no meras ondas?

—Porque si fueran “meras ondas” como dice usted, seguirían ciertas leyes, tal como la materia inanimada sigue ciertas leyes. Un animal puede trepar cuesta arriba, por ejemplo; una piedra no puede hacerlo a menos que la impulse una fuerza externa. Estos invasores son formas de vida porque demuestran volición, porque pueden cambiar de rumbo, y ante todo porque conservan su identidad; dos señales nunca se confunden en el mismo

receptor de radio. Se siguen una a otra pero no llegan simultáneamente. No se mezclan como lo harían normalmente las señales en la misma longitud de onda. No son "meras ondas".

—¿Diría usted que son inteligentes?

El profesor Helmetz se quitó las gafas y las lustró pensativamente.

—Dudo que alguna vez lo sepamos —dijo—. La inteligencia de tales seres, si existe, estaría en un plano tan distinto del nuestro que no habría un punto común desde el cual iniciar una comunicación. Nosotros somos materiales; ellos son inmateriales. No existe un terreno común a ambos.

—Pero si tienen algún grado de inteligencia...

—Las hormigas son inteligentes, en cierto modo. Llámelo instinto si quiere, pero el instinto es una forma de inteligencia; al menos las capacita para realizar algunas de las cosas que la inteligencia las capacitaría para realizar. Aun así no podemos establecer comunicación con las hormigas, y es mucho menos probable que podamos establecer comunicación con estos invasores. La diferencia genérica entre la inteligencia de las hormigas y la nuestra no sería nada comparada con la diferencia genérica entre la inteligencia de los invasores, si la tienen, y la nuestra. No, dudo que alguna vez nos comuniquemos.

El profesor estaba en lo cierto. Jamás se llegó a establecer comunicación con los invasores.

Las acciones de las compañías radiales se estabilizaron en la bolsa al día siguiente. Pero un día después alguien hizo al doctor Hel-

metz una pregunta crucial y los diarios publicaron su respuesta:

—¿Reiniciar las emisiones? No sé si alguna vez lo haremos. Por cierto no podremos hacerlo hasta que se vayan los invasores, y no tienen por qué irse. A menos que la comunicación radial sea perfeccionada en algún planeta lejano y sean atraídos hacia allá.

"Pero al menos algunos de ellos regresarían en cuanto reiniciáramos las transmisiones.

Las acciones de la radio y la televisión bajaron prácticamente a cero en una hora. Sin embargo, no hubo escenas frenéticas en centros financieros; no hubo ventas frenéticas porque no había compras, ni frenéticas ni de ninguna clase. Ninguna acción de las radios cambió de manos.

Los empleados y actores de radio y televisión empezaron a buscar otro trabajo. Los actores no tuvieron problema en encontrarlo. Todas las demás formas de espectáculo florecían como nunca.

—Van dos —dijo George Bailey. El barman le preguntó qué quería decir.

—No sé, Hank. Es sólo una co-razonada.

—¿Qué clase de co-razonada?

—Ni siquiera sé eso. Báteme otro de éstos y luego me iré.

La batidora eléctrica no funcionaba y Hank tuvo que batir la bebida a mano.

—Buen ejercicio. Es justo lo que necesitas —dijo George—. Te quitará un poco de grasa.

Hank gruñó, y el hielo tintineó alegremente mientras él inclinaba la coctelera para servir el trago.

George Bailey se tomó su tiempo para beberlo y luego salió a un

chaparrón de primavera. Se detuvo bajo el toldo y esperó un taxi. También había un viejo esperando.

—Qué tiempo —dijo George.

El viejo le sonrió. —Lo ha notado, ¿verdad?

—¿Eh? ¿Si he notado qué?

—Sólo observe un rato, amigo. Sólo observe un rato.

El viejo siguió su camino. No pasaba ningún taxi vacío y George estuvo bastante tiempo allí hasta que se dio cuenta. Se le aflojó la mandíbula. Luego cerró la boca y entró de nuevo en el bar. Fue a una cabina telefónica y llamó a Pete Mulvaney.

Marcó tres números equivocados hasta que al fin lo atendió Pete.

—Habla George Bailey, Pete. Escucha, ¿te has fijado en el tiempo?

—Claro que sí. No hay *relámpagos*, y tendría que haberlos en una tormenta como ésta.

—¿Qué significa, Pete? ¿Los invasores?

—Claro. Y esto es sólo el comienzo si... —Un crujido en la línea le tapó la voz.

—Eh, Pete, ¿aún estás allí?

El sonido de un violín. Pete Mulvaney no tocaba el violín.

—Eh, Pete, ¿qué cuernos...?

De nuevo la voz de Pete. —Ven aquí, George. El teléfono no durará mucho tiempo. Trae... —Hubo un zumbido y luego una voz dijo: ...vengan a Carnegie Hall. Las mejores melodías vienen...

George colgó bruscamente.

Caminó por la lluvia hasta la casa de Pete. En el camino compró una botella de whisky. Pete había empezado a decirle que trajera algo y tal vez era eso.

Era eso.

Se sirvieron un trago cada uno y brindaron. Las luces fluctuaron brevemente, se apagaron, y luego se encendieron de nuevo pero con menos intensidad.

—No hay relámpagos —dijo George—. No hay relámpagos y pronto no habrá iluminación. Están adueñándose del teléfono. ¿Qué hacen con los relámpagos?

—Supongo que los comen. Deben comer electricidad.

—No hay relámpagos —dijo George—. Demonios. Puedo arreglarme sin teléfono, y las velas y las lámparas de aceite no alumbran mal... pero echaré de menos los relámpagos. Me gustan los relámpagos. Demonios.

Las luces se apagaron por completo.

Pete Mulvaney bebió despacio en la oscuridad. Dijo: —Luz eléctrica, refrigeradores, tostadoras eléctricas, aspiradoras...

—Tocadiscos automáticos —dijo George—. Piénsalo, no habrá que aguantarlos más. No habrá más altoparlantes, ni... Oye, ¿y las películas?

—No habrá películas, ni siquiera mudas. No puedes hacer funcionar un proyector con una lámpara de aceite. Pero escucha, George, no habrá automóviles... ningún motor de gasolina funciona sin electricidad.

—¿Por qué no, si usas una manivela en vez de conectar el arranque?

—La chispa, George. ¿Cómo crees que se produce la chispa?

—Correcto. Tampoco habrá aviones, entonces. ¿Ni siquiera aviones de reacción?

—Bien, supongo que algunos aviones de reacción podrían adap-

tarse a la falta de electricidad, pero no harías mucho con ellos. Un avión de reacción tiene más instrumentos que motor, y todos esos instrumentos son eléctricos. Y no puedes hacer volar ni aterrizar esos aviones por intuición.

—No habrá radar. Pero ¿para qué lo necesitamos? No habrá más guerras en mucho tiempo.

—Un tiempo demasiado largo.

George se incorporó de golpe. —Oye, Pete, ¿y la fisión atómica? ¿La energía atómica? ¿Aún funcionará?

—Lo dudo. Los fenómenos subatómicos son básicamente eléctricos. Te apuesto a que también pierden los neutrones sueltos.

(Habría ganado la apuesta; el gobierno no había anunciado que una bomba A probada ese día en Nevada se había apagado con el siseo de un cohete mojado y que las pilas atómicas estaban dejando de funcionar.)

George meneó la cabeza lentamente, intrigado. —Tranvías y autobuses —dijo—, transatlánticos... Pete, esto significa que volveremos a la fuente original de los caballos de fuerza. Los caballos. Si quieres invertir, compra caballos. Sobre todo yeguas. Una yegua reproductora valdrá mil veces su peso en platino.

—Correcto. Pero no olvides el vapor. Aún tendremos máquinas de vapor, estacionarias y móviles.

—Claro, tienes razón. De nuevo el caballo de hierro para los viajes largos. Pero el noble bruto para los cortos. ¿Sabes montar, Pete?

—Sabía, pero creo que ya estoy un poco viejo. Me inclinaré por una bicicleta. Oye, será mejor que consigas una bicicleta mañana a

primera hora, antes que todos corran a comprarlas. Sé que yo iré a comprar una.

—Buen dato. Y yo solía ser buen ciclista. Será magnífico sin autos que estorben. Y otra cosa...

—¿Qué?

—También compraré una corneta. Tocaba una cuando era chico y puedo empezar de nuevo. Y quizá luego me encierre en alguna parte y escriba esa nove... Oye, ¿qué pasará con la imprenta?

—Se imprimían libros mucho antes de la electricidad, George. Llevará un tiempo readaptar la industria editorial, pero seguirá habiendo libros. Gracias a Dios.

George Bailey sonrió y se levantó. Caminó hasta la ventana y observó la noche. La lluvia había cesado y el cielo estaba limpio.

Un tranvía estaba parado, sin luces, en medio de la calle. Un auto se detuvo, luego arrancó más despacio, se detuvo de nuevo; los faros se opacaban rápidamente.

George miró el cielo y bebió un sorbo de whisky.

—No hay más relámpagos —dijo con tristeza—. Echaré de menos los relámpagos.

El cambio fue menos violento de lo que nadie hubiera imaginado.

El gobierno, en una sesión de emergencia, tomó la sabia decisión de crear un comité con autoridad absolutamente ilimitada y debajo de él sólo tres comités subsidiarios. El comité principal, llamado Secretaría de Readaptación Económica, tenía sólo siete miembros y su función era coordinar los esfuerzos de los tres comités subsidiarios y decidir, rápidamente y sin apelaciones, toda querella jurisdiccional entre ellos.

El primero de los tres comités subsidiarios era la Secretaría de Transporte. Inmediatamente se hizo cargo, en forma temporaria, de los ferrocarriles. Ordenó que las máquinas Diesel fueran llevadas a vías laterales y abandonadas, organizó el uso de las locomotoras de vapor y resolvió los problemas creados por ferrocarriles sin telegrafía ni señales eléctricas. Luego decretó qué se debía transportar: alimentos en primer lugar, luego carbón y fuel oil, y artículos manufacturados esenciales en el orden de su importancia relativa. Un cargamento tras otro de radios nuevas, cocinas eléctricas, refrigeradores y otros artículos inútiles fueron amontonados irrespetuosamente a lo largo de las vías para ser usados más tarde como chatarra.

Todos los caballos fueron declarados bajo protección gubernamental, clasificados de acuerdo con su capacidad, y puestos a trabajar o a reproducir. Los caballos de tiro eran usados sólo para los acarreo más esenciales. El programa de reproducción recibió el mayor énfasis posible; la secretaría estimó que la población equina se duplicaría en dos años, se cuadruplicaría en tres, y que en seis o siete años habría un caballo en cada garaje del país.

Los granjeros, privados provisionalmente de sus caballos, y con los tractores oxidándose en los campos, recibieron instrucciones para usar bovinos para arar y otras faenas, incluyendo el acarreo de corta distancia.

El segundo comité, la Secretaría de Reempleo Humano, funcionaba tal como uno deduciría del título. Otorgaba beneficios por desempleo a los millones privados temporariamente de trabajo y contribuía a

reemplazarlos, una tarea no tan difícil teniendo en cuenta el gran incremento de la demanda de mano de obra en muchos campos.

En mayo de 1957 había treinta y cinco millones de desocupados; en octubre, quince millones; en mayo de 1958, cinco millones. En 1959 la situación estaba totalmente dominada y la demanda competitiva ya empezaba a elevar los salarios.

El tercer comité tenía la función más difícil de los tres. Se llamaba Secretaría de Readaptación de las Fábricas. Encaraba la tremenda tarea de convertir fábricas llenas de máquinas operadas por electricidad y, en su mayoría, adaptadas para producir otras máquinas operadas por electricidad, para la producción, sin electricidad, de artículos esencialmente no eléctricos.

Las pocas máquinas de vapor estacionarias disponibles trabajaban las veinticuatro horas en esos primeros días, y lo primero que se les encomendó fue la activación de los tornos, estampadores, cepillos mecánicos y molinos que trabajaban para fabricar más máquinas de vapor estacionarias de todos los tamaños. Éstas, a su vez, fueron puestas a trabajar para fabricar aún más máquinas de vapor. El número de máquinas de vapor creció exponencialmente, tal como el número de caballos. El principio era el mismo. Uno podría, y muchos lo hicieron, referirse a esas primeras máquinas de vapor como a sementales. Al menos, no faltaba metal para fabricarlas. Las fábricas estaban llenas de maquinaria no convertible que esperaba para ser fundida.

Sólo cuando las máquinas de vapor —base de la nueva economía

fabril— estuvieron en plena producción, fueron asignadas a la maquinaria destinada a manufacturar otros artículos: lámparas de aceite, ropas, cocinas de carbón, cocinas de petróleo, bañeras, y camas.

No todas las grandes fábricas fueron convertidas. Pues mientras continuaba el período de conversión, las artesanías individuales se desarrollaron en miles de lugares. Pequeños talleres de uno o dos operarios fabricaban y reparaban muebles, zapatos, velas, todas las cosas que podían hacerse sin maquinaria compleja. Al principio esos pequeños talleres hicieron pequeñas fortunas porque no tenían competencia de la industria pesada. Más tarde, compraron pequeñas máquinas de vapor para impulsar pequeñas máquinas y sobrevivieron, creciendo con el florecimiento causado por la normalización del empleo y el poder adquisitivo, expandiéndose gradualmente hasta que muchos de ellos rivalizaron con las fábricas más grandes en productividad y las superaron en calidad.

Durante el período de readaptación económica hubo sufrimiento, pero menos del que había habido durante la gran depresión de la década del treinta. Y la recuperación fue más rápida.

La razón era obvia: al combatir la depresión, los legisladores trabajaban en la oscuridad. No conocían la causa—mejor dicho, conocían mil teorías conflictivas sobre la causa— y no conocían el remedio. Los trababa la idea de que el problema era temporario y se solucionaría por sí solo si no intervenían. En pocas palabras, no sabían de qué se trataba, y mientras ellos ex-

perimentaban el fenómeno cobraba proporciones gigantescas.

Pero la situación que enfrentaba el país—y todos los demás países— en 1957 era nítida y obvia. No habría más electricidad. Había que volver al vapor y la tracción a sangre.

Era así de sencillo y claro, y no había peros ni alternativas. Y toda la gente—excepto los chiflados de siempre— respondió.

En 1961...

Era un lluvioso día de abril y George Bailey esperaba bajo el techo de la pequeña estación de ferrocarril de Blakestown, Connecticut, para ver quién vendría en el de las 3:14.

Entró a las 3:25 y frenó entre bufidos, tres vagones de pasajeros y uno para el equipaje. La portezuela del vagón de equipajes se abrió. Descargaron una bolsa de correspondencia y la portezuela se cerró de nuevo. No había equipaje, de modo que quizá no hubiera pasajeros.

De pronto, al ver a un hombre alto y moreno que bajaba del estribo del último vagón, George Bailey soltó un hurra de alegría. —¡Pete! ¡Pete Mulvaney! ¿Qué diablos...?

—¡Bailey, por todos los cielos! ¿Qué haces aquí?

George aferró la mano de Pete. —¿Yo? Yo vivo aquí. Hace dos años. Compré el *Blakestown Weekly* en el 59, por una bicoca, y me hice cargo... redactor, reportero y ordenanza. Tengo un impresor que me ayuda con esa parte, y Maisie se encarga de las noticias sociales. Ella es...

—¿Maisie? ¿Maisie Hetterman?

—Ahora es Maisie Bailey. Nos

casamos cuando compré el diario y nos mudamos aquí. ¿A qué has venido, Pete?

—Viaje de negocios. Sólo pasaré la noche. Debo ver a un tal Wilcox...

—Ah, Wilcox. Nuestro excéntrico local... pero no me interpretes mal; es un individuo bastante listo. Bien, podrás verlo mañana. Ahora vendrás conmigo. Cenarás y dormirás en casa. Maisie se alegrará de verte. Vamos, tengo el carro afuera.

—Claro. ¿Has terminado con el asunto que te traía aquí?

—Sí. Sólo venía a enterarme de quién llegaba en el tren. Y has llegado tú, así que vamos.

Subieron al carro, y George empuñó las riendas y azuzó a la yegua:

—Vamos, Bessie. —Luego preguntó:— ¿Qué haces aquí, Pete?

—Investigo. Para una compañía de gas. Estuve trabajando en una gasa incandescente más eficaz, que dará más luz y será menos destructible. El tal Wilcox nos escribió que tenía algo en esa línea; la compañía me envió a echarle un vistazo. Si tiene lo que él dice, lo llevaré conmigo a Nueva York y dejaré que los abogados de la compañía se arreglen con él.

—¿Cómo andan los negocios, por lo demás?

—Muy bien, George. *Gas*, ésa es la clave ahora. En cada casa nueva se instalan cañerías para eso, y en muchas de las viejas. ¿Qué cuentas tú?

—Nos va bien. Por suerte teníamos una de esas viejas linotipias que fundía los tipos con un mechero de gas, de modo que la instalación ya estaba hecha. Y nuestra casa está encima de la oficina y el taller, de modo que sólo tuvimos

que prolongar las cañerías hacia arriba. El gas es grandioso. ¿Cómo anda Nueva York?

—Bien, George. Ha llegado a tener un millón de habitantes, y se ha estabilizado allí. No hay apiñamiento y sobra lugar para todos. El aire... vaya, es mejor que Atlantic City, sin el humo de los escapes.

—¿Aún hay suficientes caballos?

—Casi. Pero lo que está de moda es la bicicleta; las fábricas no alcanzan a cubrir la demanda. Hay un club de ciclistas en casi todas las cuadras, y los que están físicamente capacitados van y vienen del trabajo en bicicleta. Les hace bien, además; en pocos años los médicos estarán en apuros.

—¿Tú tienes una bicicleta?

—Claro, una anterior a la invasión. Hago un promedio de siete kilómetros diarios en ella, y como igual que un caballo.

George Bailey rió. —Diré a Maisie que incluya un poco de heno en la cena. Bien, aquí estamos. Alto, Bessie.

Arriba se abrió una ventana, y Maisie se asomó y miró hacia abajo. —¡Hola, Pete!—saludó.

—Un plato extra, Maisie—dijo George—. Subiremos pronto, en cuanto guarde la yegua y le muestre a Pete la planta baja.

Cuando salieron del establo, hizo entrar a Pete por la puerta trasera del taller. —¡Nuestra linotipia! —anunció orgullosamente, señalándola.

—¿Cómo funciona? ¿Dónde está tu máquina de vapor?

George sonrió. —Aún no funciona; todavía ponemos los tipos a mano. Sólo pude conseguir una máquina de vapor y tuve que usarla

para imprimir. Pero he mandado pedir una para la linotipia, y llegará en un mes. Cuando la tengamos, Pop Jenkins, mi impresor, me enseñará a manejarla y se quedará sin trabajo. Con la linotipia en marcha, puedo encargarme de todo personalmente.

—¿No es duro para Pop?

George meneó la cabeza. —Pop espera ese día con ansiedad. Tiene sesenta y nueve años y quiere jubilarse. Se quedará sólo hasta que yo pueda arreglarme sin él. Aquí está la imprenta... una pequeña Miehle, una joya; y la hacemos trabajar bastante. Y aquí al frente tienes la oficina. Desordenada, pero eficaz.

Mulvaney echó una mirada y sonrió. —George, creo que has encontrado tu vocación. Tenías pasta para editor de pueblo.

—¿Pasta? Me enloquece hacerlo. Me divierto más que nadie. Créaslo o no, trabajo como un perro y me gusta. Ven arriba.

En la escalera, Pete preguntó: —¿Y la novela que ibas a escribir?

—A medio terminar, y no está mal. Pero no es la novela que iba a escribir; entonces era un cínico. Ahora...

—George, creo que los ondulantes fueron tus mejores amigos.

—¿Ondulantes?

—Dios mío, ¿cuánto tardan las palabras nuevas en llegar de Nueva York al campo? Los invasores, desde luego. Un profesor cuya especialidad es estudiarlos describió a uno de ellos como un lugar ondulante en el éter, y "ondulante" prendió en el público... Qué tal, Maisie. Luces espléndida.

Comieron lentamente. Casi disculpándose, George trajo cerveza,

en botellas frías. —Lo lamento, Pete, no tengo nada más fuerte para ofrecerte. Pero últimamente no he bebido. Supongo...

—¿Tú estás abstemio, George?

—No exactamente abstemio. No hice un juramento ni nada por el estilo, pero hace casi un año que no bebo ningún licor fuerte. No sé por qué, pero...

—Yo sé —dijo Pete Mulvaney—. Yo sé exactamente por qué no bebes... porque yo no bebo mucho tampoco, por la misma razón. No bebemos porque no hay por qué beber... Oye, ¿eso no es una radio?

George rió. —Un recuerdo. No la vendería por nada del mundo. De vez en cuando me gusta mirarla y pensar en el palabrerío horrible que yo inventaba para ella. Y luego me acerco, muevo la perilla y no hay nada. Sólo silencio. A veces el silencio es lo más maravilloso del mundo, Pete. Claro que no podría hacer eso si hubiera un poco de electricidad, porque entonces habría invasores. Supongo que la situación sigue siendo la misma.

—Sí, la Secretaría de Investigación revisa diariamente. Tratan de obtener corriente con un pequeño generador activado por una turbina de vapor. Pero no hay caso; los invasores la absorben en cuanto es generada.

—¿Suponen que ellos se irán?

Mulvaney se encogió de hombros. —Helmetz piensa que no. Piensa que se propagarán en proporción con la electricidad disponible. Aun si el desarrollo de la emisión de radio en otra parte del universo los atrajera hacia allí, algunos se quedarían aquí... y se multiplicarían como moscas en cuanto

intentáramos usar de nuevo la electricidad. Entretanto viven de la electricidad estática del aire. ¿Qué hacen aquí en la noche?

—¿Qué hacemos? Leemos, escribimos, nos visitamos, vamos a los grupos de aficionados... Maisie es presidenta de los Actores de Blakestown, y yo hago pequeños papeles. Al no haber cine todo el mundo se interesa en el teatro y hemos descubierto verdaderos talentos. Y está el club de damas y ajedrez, y los viajes en bicicleta y los picnics... el tiempo no alcanza para todo. Por no mencionar la música. Todo el mundo toca un instrumento, o lo intenta.

—¿Tú?

—Claro, la corneta. Primera corneta de la Silver Concert Band, con partes solistas. Y... ¡cielos! Esta noche hay ensayo, y damos un concierto el domingo a la tarde. Lamento dejarte, pero...

—¿Puedo ir y participar? Tengo mi flauta en el maletín, y...

—¿Flauta? Nos faltan flautas. Tráela y Si Perkins, nuestro director, prácticamente te obligará a quedarte para el concierto del do-

mingo... Y sólo faltan tres días, así que ¿por qué no? Tráela ahora mismo; tocaremos algunas viejas melodías para entonarnos. ¡Eh, Maisie, deja esos platos y ven a acompañarnos con el piano!

Mientras Pete Mulvaney iba al cuarto de huéspedes a sacar su flauta del maletín, Geoger Bailey tomó su corneta de la tapa del piano y sopló unas notas suaves y plañideras. Un sonido perfecto; tenía los labios en buena forma esa noche.

Y con ese objeto brillante y plateado en la mano se acercó a la ventana y se puso a mirar la noche. Afuera oscurecía y había cesado la lluvia.

Un brioso caballo pasó al trote y se oyó el timbre de una bicicleta. Enfrente alguien rasgueaba una guitarra y cantaba. George inhaló profundamente y soltó el aire despacio.

El olor de la primavera era suave y dulce en el aire húmedo.

Paz y atardecer.

Un trueno rodando a lo lejos.

Demonios, pensó, si tan sólo hubiera unos relámpagos.

Echaba de menos los relámpagos.

Título del original en inglés: *The Waveries*. Del libro *Angels and Spaceships*, © 1954 by Fredric Brown. Traducción de Rafael Urbino. Publicado por acuerdo con el autor y su agente, Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York, N. Y. 10022, USA.

El canto

Había terminado de escribir algo y ya dejaba el escritorio. De pronto volví y escribí: "Cuando llegué se había hecho tarde: sólo quedaba el canto, pero el pájaro se había ido".

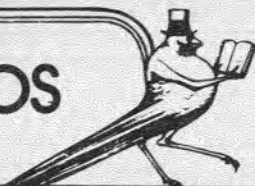
Pensé que eso nada tenía que ver con lo que había escrito. También me pregunté por qué lo habría escrito.

Al día siguiente busqué el papel y no lo encontré. Entonces, tratando de recordar escribí: "A veces oigo el canto de un pájaro."

Después, desde la ventana, vi al pájaro silencioso. Salí y lo hice volar; volví y escribí: "El pájaro ya no está. Por fin puedo volver a oír su canto."

(Nuevos tratados y otros ejercicios, © 1982 Arca Editorial.)

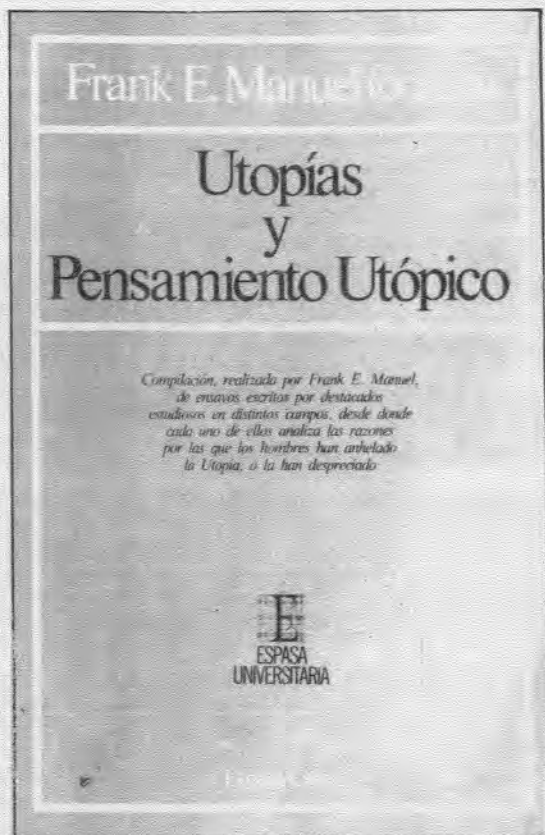
LIBROS



Pablo Capanna
LA IMAGINACIÓN
AL PODER

No es demasiado original afirmar que así como el mundo antiguo se nutría espiritualmente en los mitos, el moderno lo ha hecho con las utopías; quizá esté justificado decir que los mitos fueron las utopías de la Antigüedad o que las utopías son los mitos modernos.

Lo cierto es que mientras los antiguos creían en la decadencia y ponían la perfección en la Edad de Oro de los remotos orígenes, los modernos creyeron en el progreso indefinido y soñaron con un futuro ideal. El momento en que se inició esta inversión de la polaridad histórica, dejando de añorar la Edad de Oro para comenzar a desear el mundo perfecto del futuro, parece que debemos situarlo en el siglo XII, a partir del mesianismo del monje italiano Gioacchino da Fiore (hispanizado como Joaquín de Floris), quien puso en marcha un movimiento político-religioso basado en la expectativa de una era futura, donde reinaría el Espíritu; las proyecciones de esta idea se-



FRANK E. MANUEL (compilador): *Utopías y pensamiento utópico (Utopias and Utopian Thought)*. Traducción de Magda Mora. Espasa-Calpe, Madrid, 1982; 380 págs.

rían incalculables, y llegan hasta los revolucionarios y los idealistas más recientes.

Esta espera de un futuro perfecto parece haber sufrido otra mutación a partir de la Revolución Francesa, arquetipo de la utopía encarnada en la historia, y los revolucionarios posteriores, empezando por Marx, han execrado la utopía, que identifican con la ilusión, y han propuesto a su vez utopías "practicables". Las descripciones literarias de islas, estados y sociedades ideales (surgidas a partir de la novela *Utopía*, de Santo Tomás Moro) que habían llegado a proliferar hacia el siglo XVIII, fueron desplazadas por concepciones de la historia y planes de acción orientados a la experimentación social concreta, como en el caso de Saint-Simon, Owen, Fourier o las comunidades y falansterios del siglo XIX.

Pero la utopía como ideal de felicidad social ha ido desapareciendo, y en nuestro siglo se ha visto desplazada por su variante negativa, llamada antiutopía o distopía, cuyo paradigma es *Un mundo feliz*, de Huxley; recordemos que esta obra estaba encabezada precisamente por una cita de Berdiaev en la que se recordaba que el problema de hoy no es realizar la utopía sino evitar que llegue a realizarse. La ciencia ficción, en buena medida, se entronca con esta tendencia, aunque circunstancialmente vuelva a incursionar en el utopismo clásico.

Durante los años Sesenta, mientras en Occidente se preparaba el más colosal brote utópico de los últimos tiempos, aquel que comenzaría con la "fiesta" parisina

del '68 e iría paulatinamente degradándose en el nihilismo terrorista, el mundo académico comenzó a manifestar cierta curiosidad por el pensamiento utópico, relegado hasta entonces en la literatura, e intuyó quizás que se acercaba un reavivamiento de éste, traído por las sacudidas de la "revolución juvenil".

Esta preocupación, que se inicia con los libros de Ruyer, Mannheim, Bloch, Polak y Mucchielli, se manifestó en el Coloquio de Royaumont sobre el porvenir del hombre (1961), el simposio de Olivetti sobre la utopía (1958), y los volúmenes colectivos hechos a partir de encuentros convocados por las prestigiosas publicaciones *Eranos* (1963) y *Daedalus* (1964-65).

El libro que tenemos entre manos reúne precisamente las ponencias de las Conferencias Daedalus, auspiciadas por la Academia Americana de Artes y Ciencias y puestas bajo la dirección de un historiador y filósofo de historia: Frank E. Manuel, especialista en Saint-Simon y en el pensamiento social utópico francés del siglo pasado.

Algunos de los más ilustres participantes, como Tillich, Mumford y Eliade, ya han muerto, y hoy resultaría muy difícil reunir un grupo de análogo nivel. La temática de los trabajos es forzosamente heterogénea, si se tiene en cuenta la cantidad de enfoques teóricos, históricos y aun prácticos con los cuales se analiza la viabilidad de la utopía, su "utilidad" para la prospectiva, el planeamiento y la política, sus posibilidades y su papel como estimulante de la cultura.

Conociendo la trastienda de algunos simposios, en muy contados casos puede decirse que se hayan logrado tan bien los objetivos como en éste; es un trabajo interdisciplinario, profundo, incitante y valioso; un libro para la consulta y para retomarlo más de una vez, al cual los años transcurridos desde su publicación (1966) no hacen más que agregar interés.

Las ponencias han sido agrupadas en cinco títulos, que representan otros tantos momentos en el planteo del problema: tras la reseña histórica de las variedades del género utópico, desde Platón hasta los socialistas, se discuten sus posibilidades y su función en la cultura. Algunos autores, bajo un título por demás elocuente ("La utopía ha muerto") se inclinan por la tan conocida como discutida tesis según la cual ha llegado el fin de la ideología y los asuntos políticos tienden a hacerse cada vez más técnico-administrativos.

Un grupo de científicos analiza luego las posibilidades y los límites de cierto optimismo utópico, cifrado en el sueño de la prosperidad universal y el mejoramiento metódico del hombre por la ciencia.

Otro grupo de colaboradores analiza, histórica y sistemáticamente, los logros y los fracasos de las comunidades utópicas experimentales, y el papel de la utopía en el pensamiento político.

En la parte final ("La utopía, lo humano eterno") se abordan las cuestiones más profundas que suscita el tema: la relación entre utopía, mito y escatología, que arroja una nueva luz sobre muchos procesos históricos, sin negar por

ello los factores políticos y económicos. Cierra el libro un muy adecuado texto de Paul Tillich, donde el teólogo y filósofo existencial, en un trabajo escrito para otra ocasión, sintetiza magistralmente los distintos elementos del problema, con un esquema ternario: el valor positivo de la utopía, su negatividad y su trascendencia, es decir su poder activador de la cultura.

El organizador del simposio, Frank E. Manuel, se ha reservado para sí mismo la introducción y un estudio histórico, donde intenta una tipificación psicológica de las utopías. Manuel llama "utopías de la felicidad tranquila" a las clásicas, desde Tomás Moro hasta el siglo pasado; de algún modo reproducen el esquema de los griegos, y ello ocurre aun con la *Nueva Atlántida*, de Francis Bacon, que muchos prefieren ver como el origen de la utopía del progreso científico.

El siglo XIX se caracteriza, según Manuel, por la "utopía de final abierto"; esto significa que así como la obra de Moro podía haberse llamado "Eu-topía", el "buen lugar", las creaciones del siglo XIX incorporan la dimensión histórica, un dinamismo prospectivo del que carecían las anteriores; ello permite que se las denomine "eu-cronías", los "buenos tiempos". Quizá lo más original del trabajo de Manuel sea su concepto de "eu-psi-quía", con el que caracteriza las fantasías de realización plena y expansión espiritual de algunos pensadores contemporáneos, entre quienes incluye a Abraham Maslow (y con él buena parte de los psicólogos "humanistas"), a Teilhard de Chardin, Nor-

man Brown y B. F. Skinner, por distintos que puedan ser sus esquemas.

El crítico Northrop Frye se ocupa de la historia de las utopías literarias, contraponiendo el "contrato social" como mito original y la utopía como escatología o mito final; si pasamos por alto cierta aridez erudita, veremos que incluye fuentes poco conocidas, como una sorprendente novela de 1883 que predecía con gran exactitud el actual sistema de autopistas.

Lewis Mumford, el gran historiador de la tecnología, añade un enfoque inesperado; sostiene que, siendo la utopía el Estado o Ciudad ideal, habrá que buscar en la propia Ciudad, "inventada" a fines del neolítico, el origen de toda utopía; la Ciudad es el espacio sagrado, cercado y destinado a alcanzar la perfección, que se recorta de la "barbarie" rural. Teniendo en cuenta el tratamiento literario y toda la sensiblería que suelen engendrar las grandes ciudades, convertidas en verdaderos objetos de culto, la idea no es desdenable.

El historiador Crane Brinton, por su parte, asume la defensa de esa utopía en la cual la mayoría del género humano aún aspira a vivir: la democracia; piensa que su fuerza radica en no estar atada a un guión utópico y ser la más "realista", lo cual la hace superior a las visiones más radicales. Judith Shklar, desde el punto de vista de la ciencia política, coincide en esta postura, concluyendo que la desaparición de la utopía es un hecho del cual no vale la pena lamentarse. El soviólogo Adam Ulam aporta una jugosa información sobre ciertos rasgos desconocidos, como el ra-

cismo de Bakunin o el difuso antisemitismo de los grandes ideólogos revolucionarios de izquierda, y es aún más radical en cuanto a decretar la muerte definitiva de la utopía.

Todos estos trabajos históricos, que siguen el clima académico del momento en que fueron escritos, se limitan a los nombres clásicos y sólo se atreven a llegar (como ya lo hacía Ruyer) hasta Huxley, Zamiatín o Stapledon. En cuanto a todo el material literario rotulado como "ciencia ficción", sólo aluden a él pudorosamente; aún faltaban algunos años para que el mundo académico comenzara a ocuparse del género, y en nuestro medio todavía no lo ha hecho.

Tres científicos encaran los condicionantes físicos y biológicos de toda utopía posible. El biólogo Paul B. Sears recuerda los "límites del crecimiento", dando un enfoque ecológico a la cuestión, y pone serias objeciones a las fantasías de opulencia universal. Otro biólogo, el inglés John Maynard Smith, contribuye a enfriar bastante las expectativas de mejora de la especie humana y el incremento artificial de la inteligencia, tanto mediante eugenesia selectiva como por ingeniería genética. Algunos de sus argumentos son sumamente convincentes: por ejemplo, si la eugenesia diera resultado, nadie explica por qué los griegos clásicos se caracterizaron por su creatividad e inteligencia, mientras que sus descendientes, los bizantinos, que siendo una población mucho más numerosa debieran haber multiplicado esos talentos por simple selección, fueron un verdadero modelo de estancamiento.

También es muy interesante su argumentación en torno del caso de la "anemia falciforme", que hoy es enarbolada por los defensores de la esterilización compulsiva con fines eugenésicos; el punto de vista del experto ayuda a ver la complejidad de una cuestión que parece obvia.

Otro grupo de autores se ocupa de las "aplicaciones" de la utopía. El economista francés Bloch-Lainé sostiene la necesidad y la "utilidad" del razonamiento utópico para una política reformista, no-revolucionaria, incorporando elementos utópicos para la reforma gradual de las condiciones de vida, y evitando que se acumulen en torno de un modelo revolucionario acabado, que suele negarse a sí mismo en la práctica. Bertrand de Jouvenel hace un planteo análogo para la prospectiva, estudiando cómo debería ser "un día bueno"; es algo así como una utopía "práctica" donde no deja de fustigar ciertas falacias estadísticas (el "esclavo energético" de F. Buckminster Fuller) con las cuales parece demostrarse que la escasez no existe.

También de la "buena vida" se ocupa George Kateb, en uno de los trabajos más densos del libro, analizando y descartando uno tras otro todos los objetivos que se han propuesto para una vida liberada de las necesidades: la concepción del estado utópico como expansión del placer (Marcuse, Brown), como juego sin otra finalidad "útil" (Huizinga y varios ideólogos marxistas) o como "vida activa" en sentido político (Hannah Arendt). La postura por la cual se inclina Kateb es nada más y nada

menos que el rescate de la "vida contemplativa", la búsqueda desinteresada del conocimiento tal como la proponía el viejo Aristóteles.

Uno de los trabajos más estimulantes del libro es la tesis de Maren Lockwood sobre las utopías experimentales en Estados Unidos durante el siglo pasado. El trabajo resume un texto mucho mayor que rastrea en particular la historia de la comunidad utópica de Oneida, aún subsistente en nuestros días, si bien totalmente asimilada a la cultura norteamericana corriente. Junto a Oneida, se evocan New Harmony, los *shakers* y los mormones, casi un centenar de experimentos sociales emprendidos a mediados del siglo pasado en EE. UU. En el origen de todos ellos están la disidencia y la radicalización religiosas, que llevaron a aislarse y procurar el "perfeccionismo" a través de la comunidad de bienes, el autoabastecimiento, la autoeducación, y aun la curación por la fe, para prescindir de los servicios médicos del mundo exterior. Oneida, en particular, conoció la prosperidad y el equilibrio, con sus manufacturas de productos que vendía en el mercado exterior, y sus experimentos educativos comunitarios. Prácticamente se ensayaron en estas comunidades todas las variantes imaginables de las relaciones familiares, desde la poligamia de los mormones hasta el matrimonio de grupo y diversas experiencias promiscuas. También es interesante rastrear el porqué de su extinción: desgaste de los dirigentes o desaparición del jefe carismático, el retorno a la familia monogámica y a la vivienda

familiar privada, el contacto con el mundo exterior, la incorporación indiscriminada de nuevos miembros.

Repasando estos hechos, se entiende de dónde provienen los *hippies* del '60 y también la "polisexualidad" de la sociedad norteamericana actual; el llamado "Sueño Americano" aparece teñido de colores utópicos, que no siempre muestran la épica de la conquista del Oeste, por ejemplo.

En la misma línea de este trabajo se ubica el valioso texto de Mircea Eliade. El gran historiador de las religiones enfoca la formación de América a la luz de la escatología y la utopía. Leyendo a Eliade reparamos en algo que no por ser conocido ha sido entendido adecuadamente: la entera conquista y colonización de América se hizo bajo el signo del delirio místico y la escatología, orientados a realizar el Reino de Dios en la tierra. En una primera parte de su trabajo, Eliade se ocupa de las ideas utópicas en la colonización de América del Norte; allí descubrimos que la conocida metáfora de Hegel, según la cual el espíritu sigue la trayectoria del Sol, de Este a Oeste, ya aparecía en los teólogos ingleses del siglo XVII y en los predicadores puritanos que creían estar cerrando la historia al fundar el Reino de los Justos en América; sólo tenían un enemigo: las potencias católicas, especialmente España, y los jesuitas, vistos como encarnación del Anticristo. Hay que recordar este trasfondo para entender las raíces del menosprecio norteamericano por América latina, la tutela paternalista y el "Gran Garrote", así como el mito mormón que hace de

los indios sudamericanos pecadores que han sido castigados por Dios con el color oscuro de su piel, y que sólo habrán de ser redimidos por sus pintorescos misioneros ciclistas, cuando se conviertan.

En cuanto se refiere a América latina, Eliade rescata un texto de Cristóbal Colón donde éste afirma que Dios "lo hizo mensajero del nuevo cielo y la nueva tierra" y recuerda que el Gran Almirante creía haber descubierto los cuatro ríos del Paraíso en el golfo de Paria. También los portugueses buscaban el Paraíso en Brasil, tanto como los indígenas. Según los aportes de antropólogos brasileños, que rescata Eliade en su trabajo, los tupi-guaraníes sufrieron durante cuatro siglos los embates de un movimiento religioso escatológico, destinado a buscar el "Pais-Sin-Mal" en algún lugar de la Tierra. En busca de este paraíso se lanzaron hacia el Atlántico en sucesivas oleadas, cuando españoles y portugueses hacían lo mismo desde Europa, con más éxito. Algunas tribus emprendieron la peregrinación hacia el Oeste y fue-

ron desde Pernambuco hasta Perú, cruzando el continente por la parte más ancha. Estos tupinambá que llegaron al Perú entre 1539 y 1549 tomaron contacto con los españoles, y con sus relatos contribuyeron a crear la leyenda de Eldorado, motivando la infortunada expedición de Pedro de Ursúa. De allí en más, de la confluencia de la utopía guaraní y la española, siguieron todas las búsquedas de Eldorado (al cual en realidad había que buscar en Colombia), que llevaron a los conquistadores tan lejos como California y la Patagonia.

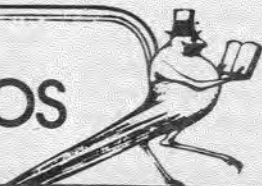
El origen utópico de América está pues tanto detrás del mesianismo tecnológico del Norte como de los desencantos y las ilusiones del Sur, tanto del Sueño Americano como del Sueño Bolivariano; en el mismo marco mítico se recorren Hollywood y la doctrina Monroe así como los caudillos, dictadores iluminados, guerrilleros y Juntas de América latina. Un dato para ponernos a pensar en términos más realistas o para entender utopías más recientes.

Viendo este panorama, puede

llegarse a la conclusión de que la utopía ha perdido fuerza en la medida en que fue minándose la fe en el progreso indefinido, en la bondad natural del hombre (al cual simplemente había que liberar de sus alienaciones) o la expectativa de un cambio escatológico que de la esfera religiosa se fue desplazando al terreno histórico.

Hemos aprendido a jugar con la utopía, y uno de nuestros juegos favoritos es la ciencia ficción, que encierra tanto la actitud lúdica como la expresión de deseos que ya no se atreven a manifestarse con la ingenuidad de la utopía de antaño. Describiendo la situación de su generación alemana de posguerra, Paul Tillich escribió algo que de algún modo refleja el sentir de este fin de siglo, aun cuando dejemos a un lado las escatologías pesimistas y los profetas de la decadencia: "Mi sentir profundo es que la nuestra es una época en que el *kairós*, el momento oportuno para la realización utópica, se halla muy alejado de nosotros, invisible, en tanto que nos rodea un hueco, un espacio no ocupado, un vacío."

LIBROS



Elvio E. Gandolfo
LOS PAÍSES
DE LA MENTE

Para Henri Michaux, nacido en Bélgica y nacionalizado francés, los viajes imaginarios y reales han tenido una importancia especial. Según los datos que aportó en 1958 en una esquemática autobiografía en tercera persona, éstos han servido para ayudarlo a soportarse a sí mismo y a soportar el mundo, en el que se sentía un extranjero. "Indiferencia. Inapetencia. Resistencia." Así caracterizó su vida infantil. El primer gran impacto liberador fue el descubrimiento del diccionario; "de las palabras que aún no pertenecen a las frases, a los fabricantes de frases, las palabras en cantidad, de las que uno puede servirse a su modo". Y cuando su padre le enseñó el latín, a los catorce años, siente que es "una bella lengua, que lo separa de los demás, lo transplanta: su primera partida".

Los viajes reales y extensos, en el espacio, comenzaron en 1920, cuando luego de abandonar sus estudios de medicina se embarcó



HENRI MICHAUX: *En otros lugares (Ailleurs)*; traducción de Julia Escobar; Alianza Editorial, Madrid, 1983; 197 págs.

en una goleta en Boulogne-Sur-Mer. En los dos años siguientes recorrerá diversos puertos de Estados Unidos y América del Sur, incluyendo Buenos Aires. Cuando en 1921 se ve obligado a permanecer inactivo como marinero debido al estancamiento de la actividad marítima después de la primera guerra, se siente atrapado, bruscamente apartado de esos desplazamientos, que no eran sólo externos sino también hacia adentro de sí mismo: "La gran ventana se cierra. Debe apartarse del mar. Regresa a la ciudad y a las personas destestadas. Asco. Desesperación. Oficios y empleos diversos, mediocres y mediocremente ejercidos."

Los tres libros que integran *En otros lugares* dan cuenta tanto de la variedad de los viajes como del disgusto y el rechazo sentido hacia las bajezas y debilidades humanas, incluidas las propias. Fueron escritos entre 1936 y 1946, y en parte son como el revés de la trama de *Un bárbaro en Asia* (1933), una especie de diario de impresiones acerca del choque que significó para él el descubrimiento de la India en 1931 ("primer pueblo que parece responder en conjunto a lo esencial").

Aunque ese pueblo y los de Indonesia y China lo dejaron en un estado de deslumbramiento, el tono anímico que predomina en *Viaje a la Gran Garabaña* (primero de los tres libros de este volumen), es el rechazo experimentado por un yo incierto, casi inexistente, ante una larga serie de pueblos extraños captados en apuntes rápidos, incisivos, que evitan cuidadosamente los elementos clásicos de

las guías turísticas (paisajes, costumbres folklóricas), para concentrarse en los rencores, las torturas, los medios de castigo, la gramática íntima de las relaciones interpersonales.

El humor no deja de aparecer, pero fugazmente, y sin romper la atmósfera general de irritación, de angustia: "Los emanglones no soportan estar en la misma habitación que una mosca. Esta cohabitación les resulta algo monstruoso. Se sienten profundamente heridos pero sobre todo se sienten disminuidos, abrumados, y hasta ha habido personas que apenas conseguían salir a rastras. La peor de las perfidias consiste en entrar en la casa de alguien a quien se quiera perjudicar con una mosca escondida en el bolsillo, soltarla en el comedor y seguidamente hacerle el insultado."

La estructura que Michaux impone a esta especie de antropología poética se diferencia de la que emplearon la mayoría de sus antecesores en la descripción de lugares imaginarios. No le importa crear un mundo verosímil o convincente: la descripción física de los distintos pueblos es mínima o inexistente, la distancia con respecto a lo tratado es cambiante, coloidal, a veces recostada en el juego de palabras o la imagen pura, a veces remansada de pronto en un breve relato autosuficiente. Tampoco hay progresión lineal, argumental, o la unión a través de un yo coherente e identificado, que narre lo ocurrido. Más que a Swift o a Michael Ende o a Tolkien, Michaux se acerca a las *Historias de cronopios y de famas* de Cortázar (con un prisma mucho más trá-

gico) o a esos apuntes veloces, magistrales y sugerentes sobre culturas reales o fantásticas que salpican la obra de Borges.

La diferencia entre los tres libros incluidos en *En otros lugares* es sobre todo tonal. En *Viaje a la Gran Garabaña* (1936) es donde más se imponen la alarma, la fatalidad y la opresión, que Borges consideraba características básicas de la obra de Michaux. A pesar de la invención de múltiples nombres extraños para sus distintos pueblos (emanglones, omobules, orbuses, escoravietas, gaüres, etcétera) uno no deja de tener la sensación de que el viajero habla lisa y llanamente del ser humano en general, tramando costumbres extrañas para aludir a sus tendencias e impulsos más oscuros. La crueldad general de esos pueblos, empeñados en feroces luchas en el barro, en matanzas, en castigos atroces, se traslada a sus dioses. A uno de ellos "no le basta con el sacrificio. Hay que martirizar y martirizar precisamente lo que uno ama. A ese dios, llamado 'El Simple', no se le satisface con la sangre, ni con la vida, ni con salsas. Sólo quiere lo íntimo".

Como dijimos, la atmósfera opresiva puede estar relacionada con el viaje real de Michaux a Asia. La angustia parece provocada sobre todo por las consecuencias del apiñamiento, de la infinita cantidad de individuos que se frotan, se entrematan, o borran toda identidad en el comportamiento colectivo. Hasta el fútbol es modificado por esa superabundancia de cuerpos: "Nada de pequeñas refriegas como en Europa. No, son partidos inmensos en terrenos accidenta-

dos, con un centenar de hombres y siete u ocho balones de los que hay que meter cinco en la portera en menos de ocho minutos y que se celebran por la noche preferentemente. Ningún ojo de gato podría ver a tiempo las masas de jugadores rodando cuesta abajo. Juegan de oído."

En el país de la Magia (1941), segundo viaje del volumen, nos hace recorrer una región menos deprimente que la Gran Garabaña, aunque el inicio no sea prometedor en ese sentido: "El país de la Magia está rodeado de islotes minúsculos: son boyas. En cada una de ellas hay un muerto." El alivio de la presión puede provenir de que aquí lo que importa son los hechos, lo que ocurre o lo que es provocado por los magos. La magia del país de la Magia se aleja de la que puede verse en circos, o de las magias negras, blancas y/o esotéricas clásicas, para acercarse al mundo personal de Michaux, hecho de un helado surrealismo, de momentos de terror existencial, como cuando un mago le retira al visitante el horizonte causándole "una angustia tal que no me hubiese atrevido a dar un paso". A veces los acontecimientos descriptos se relacionan curiosamente con los del mundo original del autor: "Los matrimonios mal avenidos constituyen un peligro mágico y se ha

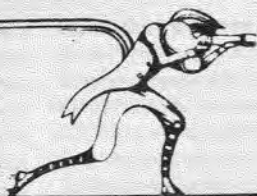
llegado a ver cómo todas las casas de un pueblo caían convertidas en polvo, consumidas por la violencia de los sentimientos hostiles de un marido hacia su mujer, sentimientos que posiblemente intentaba ocultarse a sí mismo hasta ese día, cuando al caer el pueblo convertido en polvo, tuvo que rendirse a la evidencia."

En *Aquí, Podema* (1946), por último, Michaux regresa en parte al tono que empleó para desplegar diez años antes el mundo de la Gran Garabaña. Como en aquel caso hay aquí momentos plenamente identificables con el mundo del que proviene el viajero y en el que vivimos nosotros: "Se considera que el hombre más peligroso es aquel cuyos pensamientos elaboran un solo crimen. Hay que detenerle inmediatamente, antes de que pueda actuar, mientras que aquel a quien le han sido descubiertos cien crímenes en ciernes, que realmente está mariposeando en torno al asesinato, no representa ningún peligro pues no llega a plasmar ninguno. Esa carnicería interior le mantiene en una feliz actividad hasta una edad avanzada. Por eso le dejan en paz, cuidándose mucho de no comunicarle su expediente, pues o bien apenas es consciente de su estado, o bien cree ingenuamente que todo el mundo es tan asesino como él."

Al mismo tiempo, *Aquí, Podema* es de los tres libros el que más se acerca a la ciencia ficción, ya que varias de sus páginas se concentran en describir a los "podemaenses de tiesto", seres cultivados artificialmente en macetas, más frágiles y vulnerables que los podemaenses normales. Ese grupo se somete mansamente a distintos sufrimientos (tatuajes que no cicatrizan, inyección de un líquido carmesí que permite verlos mejor, recubrimiento con laca y barniz antes de combatir, etcétera), como si se tratara de un rebaño destinado a recibir la descarga del sofisticado sadismo de sus compatriotas.

Cuando *En otros lugares* llega a su última página, lo hace sin transmitir una sensación de final. Su estructura fragmentaria y a la vez fluida, convierte al libro en una especie de cinta de Moebius que se muerde la cola y disuelve la idea de un principio, un desarrollo y un fin. De hecho la mejor lectura es la interrumpida, incluso la salteada, la consulta extendida en el tiempo de esta pequeña enciclopedia gélida, sutil, finamente elaborada, que en vez de aportar la solidez estática y visual de un manual informativo, aunque fuese fantástico, tiene la elusividad de lo poético, con bruscos brochazos de crueldad y de humor.

CINE



Ángel Faretta
DOS FILMS

Fausto en el Amazonas

"Los árboles en masa pueden ser casi terribles. Los demonios se guarecen en los grandes bosques de pino del norte, en la exuberante selva ecuatorial. A solas en un bosque percibimos a veces el silencio —el silencio denso, cuajado, viviente de los árboles; advertimos nuestro aislamiento en medio de un vasto concurso de presencias ajenas."

ALDOUS HUXLEY, "El olivo"

Buena parte del dudoso prestigio del que goza Werner Herzog entre el público local (y eso se repite en varias capitales del mundo) consiste en su aureola de director de cine puntualmente "contestatario"; más que por sus temas, por la forma que tiene de encararlos, Herzog pareciera participar en cierta medida de esa confusión. El carácter *bizarro* de sus personajes (Aguirre, Kaspar Hauser, Bruno S), o ciertas circunstancias de su filmación (un elenco completo de enanos para *También los enanos comenzaron pequeños*, o de actores hipnotizados para *Corazón de*



Herzog dirigiendo una escena de *Fitzcarraldo*

FITZCARRALDO (*idem*; República Federal Alemana, 1981-1982). *Producción*: Werner Herzog, para Werner Herzog Filmproduktion/Project Filmproduktion im Filmverlag der Autoren GmbH (Munich). *Dirección y Guión*: Werner Herzog. *Dirección de las secuencias operísticas*: Werger Schroeter. *Fotografía*: Thomas Mauch. *Música*: Popol Vuh. *Escenografía*: Henning von Gierke y Ulrich Bergfelder. *Montaje*: Beate Mainka-Jellinghaus. *Vestuario*: Gisela Storch y Franz Blumauer. *Intérpretes*: Klaus Kinski, Claudia Cardinale, José Lewgoy, Paul Hilscher, Miguel Ángel Fuentes, Peter Berling, Enrique Bohorquez, Grande Otelo, Milton Nascimento. *Distribuidora*: Transeuropa Films SRL. *Estreno en Buenos Aires*: 15-9-83.

¿QUIÉN PUEDE MATAR A UN NIÑO? (*idem*; España, 1975). *Producción*: Manuel Pérez, para Penta Films (Madrid). *Dirección*: Narciso Ibáñez Serrador. *Guión*: Luis Feñafiel —Narciso Ibáñez Serrador—, sobre la novela de Juan José Plans. *Fotografía*: José Luis Alcaine. *Música*: Waldo de los Ríos. *Escenografía*: Ramiro Gómez. *Montaje*: Juan Serra y Antonio Ramírez de Loaysa. *Intérpretes*: Lewis Fiander, Prunella Ramsone, María Druille, Lourdes de la Cámara, Roberto Nauta, José Luis Romero, Javier de la Cámara, Marián Salgado, Cristina Torres, Luis Mateos, Antonio Iranzo, Marisa Porcel, Miguel Narros. *Distribuidora*: Transeuropa Films SRL. *Estreno en Buenos Aires*: 8-9-83.

vidrio) contribuyen —repetimos— a esta suerte de cotilleo menudo.

Esta no será la primera vez en que afirmemos que para nosotros Herzog es una suerte de Murnau tardío, y más que en su *remake* de *Nosferatu*, donde se complicó en un homenaje por demás pueril a su maestro (*Nosferatu* es un film básicamente, irrepetible), el cine de Herzog logra sus cimas de intensidad en obras como su última película, *Fitzcarraldo*, estrenada este año en la Argentina.

Poco importa la anécdota deliberadamente apócrifa de este Brian Sweeney Fitzgerald (llamado Fitzcarraldo por los lugareños de Iquitos), un furioso amante de la ópera italiana en general y de Enrico Caruso en particular que intenta construir un teatro en medio de la selva amazónica. Para ello emprende una aventura (que le reportará los medios materiales para su sueño) cuyo climax es el ascenso de un barco por una montaña con la ayuda de miles de indígenas de la tribu de los jibaros. Todo esto, decimos, es una mera excusa de Herzog para centrar su film en uno de esos perpetuos buscadores de lo absoluto, uno de esos personajes alucinados que enfrentan sus límites con voluntad fáustica.

Decimos fáustica porque si hay un tema esencialmente alemán en Herzog es ese método alucinatorio que —según Borges— emplea este pueblo para relacionarse con el universo. Una sed de absoluto que lleva repetidamente a estos personajes por el reino de las tinieblas, con un afán de revelación que por lo general acaba con ellos. No se crea que esta revelación es necesariamente "diabólica", sino

simplemente fugaz, como una vela que ilumina el muro de una prisión. Por ello esa profusión de paisajes "exóticos", de ríos corrientosos, de tribus extrañas, de zonas desconocidas, no describen tanto menos una geografía física que un paisaje anímico.

La caótica profusión de formas, colores y sonidos, lo retorcido y lo enmarañado, adquieren en los films de Herzog un carácter tan emblemático como *El corazón de las tinieblas* de Conrad, que sirvió de base a *Apocalypse Now* de Coppola, un film con el que *Fitzcarraldo* guarda una profusa relación simétrica. El viaje río arriba que culmina al fin en una revelación tiene en Herzog, sin embargo, una diferencia: en éste la revelación ya existe y es creada, milagrosamente, por los otros (los indígenas que esperan a un dios blanco y cambian el curso del viaje del protagonista). En otros términos: en Coppola lo sacro es un camino, una conquista, en Herzog es —tal vez— sólo parte de un azar absoluto.

En *Minotauro 2* habíamos hablado del carácter intrínsecamente fantástico de la imagen cinematográfica; en el número anterior J. G. Ballard hablaba de los paisajes interiores de sus ficciones. Ambos elementos parecen articularse perfectamente para una descripción de *Fitzcarraldo*, un film donde el mero transcurrir de las cosas es viaje y éste sólo puede realizarse a través de un paisaje, que si bien parte de lo "real" es la transcripción de un estadio de la imaginación contemporánea.

Entre intentos y frustraciones el rodaje de *Fitzcarraldo* llevó más de cuatro años. Un realizador nortea-

mericano, Les Blank, rodó un film de noventa minutos que documenta la otra aventura, la protagonizada por Werner Herzog. *Burden of Dreams* fue presentada (junto con la visita de su director) a la semana del estreno de *Fitzcarraldo* en Buenos Aires. En él vemos a Herzog argumentar sobre la selva, como "una plena fornicación de las formas", como "una maldición o burla de Dios —si es que éste existe— a los humanos, al crear algo inacabado, terrible".

Estos interrogantes blasfemos son también los límites que Herzog ha impuesto a sus viajes hacia lo absoluto.

N.B.: Con pertinaz saña comercial el metraje original de *Fitzcarraldo* (157 minutos) fue reducido en su versión local a casi diez minutos menos. Las razones: "aligerar" comercialmente un film para su explotación. Los mismos distribuidores y exhibidores son los que luego se quejan de la censura.

Isla tomada

Tras un primer y decepcionante film, *La residencia*, una suerte de *grand-guignol* de mediocre factura, Narciso Ibáñez Serrador realizó en 1975 el film *¿Quién puede matar a un niño?*, que tras una larga prohibición se estrenó a mediados de setiembre último en Buenos Aires, en medio de una absoluta indiferencia de crítica y de público.

Sin embargo, *¿Quién puede...?* es —como suele decirse— una grata sorpresa, especialmente porque Ibáñez Serrador ha demostrado en muchas oportunidades (en sus *Historias para no dormir*, en sus adaptaciones de Bradbury, tam-

bién para televisión) a un brillante realizador y creador de narraciones fantásticas, donde por encima de ocasionales efectos de gusto dudoso, logró ese clima de inquietud y de suspensión de la incredulidad—como reclamaba S. T. Coleridge— indispensable para disfrutar de un relato de horror.

Este film nos muestra a Ibáñez Serrador como un sagaz lector y degustador de algunas de las más fascinantes zonas de la literatura fantástica: desde su amado Poe a Lovecraft, pasando por el William Golding de *El señor de las moscas*, hasta el magistral y poco conocido Roal Dahl que tanto influyó, por lo demás, en el primer Cortázar.

En *¿Quién puede matar...?* un matrimonio británico, de vacaciones en la Costa del Sol española, visita una isla pequeña —Almazorra— y en ella asiste al paulatino y ominoso descubrimiento de que los chicos del lugar han formado una secta cuyo único rito y culto consiste en exterminar a los mayores. Ibáñez Serrador sabe orquestar este detalle en base a una suerte de documental con la que se

abre el film (los niños víctimas de las guerras) y el comentario de un conserje de hotel sobre los huérfanos de guerra, pero el film crece en maestría al revelar progresivamente —bajo ese bello y terrible sol del Mediterráneo— una implacable conspiración que se ha adueñado de la isla y amenaza con extenderse al resto del mundo.

Secuencias como la llegada del matrimonio a la isla, ambientes como el bar abandonado donde se refugian de la resolana, los detalles cotidianos que se tornan inquietantes (el televisor que sigue funcionando sin imagen alguna, el *spiedo* que continúa girando, los helados derretidos) preparan al espectador para el gradual descubrimiento de los asesinatos y, poco después, de que la isla entera ha sido tomada.

La inversión —tópico fundamental del relato fantástico— tiene en *¿Quién puede matar...?* apasionantes matices: desde la desesperación de una voz que llama por teléfono en un idioma desconocido (tal vez holandés) pidiendo ayuda, mientras la cámara recorre esas

posadas perfectas que invitan al turismo y el ocio de lujo, o al hombre que en la iglesia de la aldea atisba tras las puertas un culto abominable y blasfemo al cual se entregan los pequeños sectarios con un cadáver.

Bajo el sol abrasador van creciendo también las posibilidades de especulación, mientras diversos elementos se enlazan insidiosamente: una breve teoría deslizada al azar por el protagonista (es biólogo), el estado de gravedad de la mujer; el ritmo del film es perfecto, acompasado, y alcanza su clímax en el asedio nocturno, con los protagonistas protegidos en la celda de la estación de policía local, donde comprendemos que esa isla es también el Mundo.

N.B.: También en este caso debemos decir al lector que el metraje original de *¿Quién puede matar a un niño?* fue reducido en la copia de su estreno local en nada menos que veinte minutos. Como quién dice, producto de otra conspiración; aunque ésta sea mucho más pedestre, mercenaria y muy del reino de este mundo.

DEFINITIVA EVIDENCIA DE VIDA INTELIGENTE EN EL PLANETA:

Revista

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

- * Concurso permanente de cuentos breves.
- * Acertijos matemáticos.
- * Enigmas de la lógica.
- * Ajedrez y fantasía.
- * Go, Backgammon, Cubo mágico.
- * Crucigramas.
- * Paradojas y delirios.

**Juegos para gente de mente
significa
juegos para gente de mente.**

Una vez por mes, piénselo en su kiosko.

PRÓXIMAMENTE

Cuentos y artículos de:

STANISLAW LEM
J. G. BALLARD
ANA MARÍA SHUA
BARRINGTON BAYLEY
PABLO CAPANNA
THEODORE STURGEON

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto 1° 545, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto 1° 545, teléfonos 362-1222/1332/1616. Distribución en librerías: Editorial Sudamericana S.A. Fotocomposición: Ecos Producciones Gráficas, Rivadavia 2515. Oficina 1, teléfonos 47-1322/1429. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1983, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 3.000 ejemplares, se terminó de imprimir en offset en el mes de noviembre de 1983, en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S.A. Alsina 2049 -Buenos Aires - Argentina

CARLOS GARDINI
MI CEREBRO ANIMAL

MARIO LEVRERO
AGUAS SALOBRES

ANGELICA GORODISCHER
KALPA IMPERIAL
LIBRO I: LA CASA DEL PODER



MINOTAURO

Los tres primeros libros de una colección que abarcará los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

MINOTAURO

